

Tauromaquia añeja

Historias

Fernando García Bravo

Autor

Fernando García Bravo

Edición

Los Sabios del Correo

Diseño y Maquetación

Imagen Beta, S. L.

Dayo 2000, S. L.

MonoComp, S. A.

Impresión

Edigrafos, S. A.

Volta, 2. Polígono Industrial San Marcos

28906 GETAFE (Madrid)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de esta publicación puede reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, escaneado o grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del editor.

Tauromaquia añeja. Historias

© Fundación Escalera del Éxito

Avda. Filipinas, 50 - Esc. 2 - 1.º B

28003 Madrid - España

Tel.: 91 725 80 26 / Fax: 91 725 80 45

e-mail: fundacion@escaleradelexito.com

www.sabiosdeltoreo.com

© Fernando García Bravo

Depósito legal: M-48832-2009

JUSTIFICACIÓN DE TIRADA

De esta edición de **Tauromaquia añeja. Historias**, se han impreso QUINIENTOS EJEMPLARES, sobre papel estucado mate de 100 grs., cartulina de 200 grs. y páginas a 4/4 y cubierta a 4/0 con solapas:

450 Ejemplares nominados y numerados, para los «**amigos de la cultura**».

25 Ejemplares numerados en números romanos del **I al XXV**, **destinados al autor**.

15 Ejemplares numerados en números romanos del **XXVI al XL**, **destinados al editor**.

10 Ejemplares destinados a Organismos Oficiales y a la Biblioteca Nacional marcados B. N.

EJEMPLAR NÚMERO

De don



Agradecimientos

Mi agradecimiento por su colaboración y ayuda a las siguientes personas: César Palacios, Charo Ramos Pérez, Fernando Claramunt, Gumer Galbán, José Luis Galicia, José María Moreno Bermejo, Miguel Moreno Ardura, Mariano Arenillas, Luis García Cubero, Valentín Valcuende.

Mi especial agradecimiento a Salvador Sánchez-Marruedo, mi editor, por su constante y entusiasta apoyo.



Índice

Prólogo	9
Nota preliminar	11
Curiosidades telegráficas	13
Oficios desaparecidos: Los ganapanes	17
El origen del nombre: Monosabio	23
El tendido de los sastres	29
El origen de la muleta	35
Oficios desaparecidos: El pregonero y el verdugo	41
Un torero ajusticiado	47
La leyenda de «Tragabuches»	53
La vida torera del perro Paco	59
El origen de la Corrida de la Prensa	65
Los billetes de toros	71
Las prohibiciones papales	77
Don Tancredo	83
La pierna de «El Tato»	89
Partes médicos	95
El origen del toreo cómico: «Las mojigangas»	101
El sorteo de los toros	109
Brindis y saludos	115
Las andanzas del toro <i>Churro</i>	123

Los últimos encierros celebrados en Madrid y en Sevilla	129
El primer toro transportado en un cajón	137
El asesinato de un torero aristocrático	145
El estoque de cruceta	151
Un torero polivalente	159
Los apodos toreros	165
Las banderillas: Historia y origen	175
Un bandolero metido a picador	183
Mariano Montes, de Portillo (Toledo). Nuevo en esta plaza	191
Las últimas luchas de fieras	199
La fatalidad de los tres «pepetes»	207
Perros al toro	215
El periodismo taurino	223
Los reglamentos taurinos	233

Prólogo

Tener un libro entre las manos es un acierto, querido lector, tener este libro es un gran acierto. No todo el mundo sabe escoger lo que le conviene, o no tiene la suerte de poder escogerlo, claro que para poder hacer esto ha sido necesario que Fernando García Bravo escribiese *Tauromaquia añeja. Historias*.

¿Cuántos libros se han publicado y se publican sobre toros? Muchísimos. Más interesantes y bien escritos como éste, son muy pocos.

Este libro tiene la rareza de ser esa fuente de agua cristalina que nace en un inesperado rincón en una montaña, y digo inesperado porque este es un libro sorprendente, donde cada capítulo es una narración completa, unas veces llena de humanidad, otras de gracia, o de un gran interés informativo, siempre interesantes, escritas de forma clara y directa, convirtiendo cada una de ellas en una original obra literaria.

Fernando tiene la virtud al relatarte un hecho en apariencia poco trascendente en hacerlo apasionante, y lo realiza con una gran sencillez —la difícil sencillez—, que es lo más arduo de conseguir en cualquier arte.

En cada uno de estos capítulos está recogido todo un mundo, un mundo completo del toreo. Me viene a la memoria lo que le pasó al gran escritor estadounidense Mark Twain (1839-1910) autor de *Las Aventuras de Tom Sawyer* y de *Las Aventuras de Huckleberry Finn*. Un editor le pidió que escribiese una o dos cuartillas para una publicación, sabiendo lo ocupado que estaba.

Imposible, le contestó, si usted me hubiese solicitado veinte folios, yo podía habérselos entregado pasado mañana, pero para una o dos cuartillas necesito cerca de un mes.

Tenía razón, pues lo difícil es resumir todo en un corto relato, como hace Fernando García Bravo.

Los aficionados nos acordamos de aquellas medias verónicas que un día vimos, de aquellos únicos pases de tal torero tal tarde, no de los toreros que repiten y repiten, alargando la faena innecesariamente, hasta oír el toque de atención que le envía la Presidencia. Nosotros llamamos a estos toreros pegapases.

Estamos en este libro ante un Gran Maestro, donde cada capítulo —para emplear un lenguaje taurino— es una gran faena de gran altura.

Desde estas líneas yo le doy las gracias al autor por sus escritos, por los ratos agradables e instructivos que me han hecho pasar con su lectura, y espero que a ti, lector, te pase lo mismo.

Enhorabuena. Vale. (Vale, palabra prestada por Cervantes, pues es la última del Quijote.)

JOSÉ LUIS GALICIA

Nota preliminar

Los artículos que encierra este trabajo tienen su origen en la lectura de libros raros y curiosos, manuscritos, documentos originales, periódicos y revistas antiguas, todos ellos existentes en los diferentes archivos y bibliotecas.

Si lo que el lector tiene en sus manos tiene justificación, es porque la historia de la tauromaquia no es un coto cerrado, sino un camino abierto a cuantos quieran penetrar en él, y los orígenes y hechos relevantes de las corridas de toros, que han representado uno de los principales espectáculos públicos durante largo tiempo, es lo menos conocido por el gran público aficionado.

Sí, tenemos miles de obras taurinas, pero sería necesario abordar una tarea de desgranar la tauromaquia en cada una de las materias que la componen y refundirlas en una sola obra monográfica.

Aclarar las grandes lagunas y constantes interrogantes que festerizan la historia taurina. Constatar el valor de las relaciones de viajeros extranjeros como fuente documental de indudable valor y autenticidad, parte importante que no se debe —no se puede— rechazar *a priori* como fuente documental de indudable valor y autenticidad.

Con este trabajo de *Tauromaquia añeja* pretendemos acercarnos a la reflexión glosada, con rigor en la investigación de los temas tratados y la búsqueda de los datos, que se ha llegado hasta donde humanamente se ha podido, teniendo en cuenta la exigencia del editor en medir la extensión del texto.

Pero a pesar de reconocer muchos obstáculos, que un trabajo de este género conlleva (solo son treinta y tres artículos y esperamos que pronto lleguemos al ciento), se ha intentado realizar por varias razones: la primera, porque hoy en día es de imprescindible necesidad dar difusión a algunos orígenes de las corridas de toros y diferentes situaciones que se han dado en su historia (cada uno de estos relatos es una instantánea que capta un momento de la fiesta de los toros).

La segunda, aclarar algunos errores —errores forzosos, pero errores al fin— que es preciso desterrar de la historia de la tauromaquia.

Y tercera y principal, porque voluntariamente todos los que colaboramos con *Los Sabios del Toreo* hemos adquirido esta ineludible obligación: la de trabajar con anhelo para el bien de la Fiesta.

El objetivo con este tipo de trabajo, no es pretender terminar con el oscuro panorama del origen del toreo, sino aportar algunos hechos a todas las personas que deseen iniciarse en el conocimiento del proceso histórico, que vamos esclareciendo, logrando así una idea de conjunto de las rarezas y evolución de la Fiesta en sus siglos de historia y que, pensamos, tendría cierto valor de amenidad, si no llega a valor documental.

FERNANDO GARCÍA BRAVO

Curiosidades telegráficas

No hace tantos años, el sistema de comunicación más práctico, rápido y dinámico para informar de los acontecimientos, eran los telegramas, además, por la ventaja de la comodidad a la hora de remitir y recibir un mensaje, que se entrega al destinatario con el texto de la comunicación.

En el mundo de los toros este medio fue el sistema habitual de los revisteros y cronistas taurinos que trabajaban repartidos por toda la geografía. El papel azul, de forma, dobladura y cerramiento característico, con la noticia fresca, para que el lector estuviese informado de la corrida. Se amontonaban en las mesas de redacción de los diarios, y así, dar puntual información, al día siguiente, de lo ocurrido en los ruedos, y que, en muchas fechas del calendario taurino, no podían plasmar todo cuanto les llegaban, por sobrepasar con creces el espacio destinado a la sección del periódico.

Igualmente era un hábito general que los diestros o sus allegados ordenaran al mozo de espadas que, con toda diligencia, se acercara a la estafeta más próxima y poner un «cablegrama» a familiares y amigos íntimos —sobre todo a las sufridas madres y a las sacrificadas esposas— notificando que todo fue bien, o al menos sin percances.

Hay telegramas curiosos y a ellos nos vamos a referir. Recordamos algunos:

Cuando a «Lagartijo» se le suspendía alguna corrida por lluvia, telegrafiaba a su esposa: «*Suspendía la corría por llovía.*— Tu *marío*, Rafael».

Ricardo Torres «Bombita» ponía en sus despachos: «Saltillos, superiores. — Ricardo». (Esta frase indicaba que el diestro había tenido una gran tarde, porque la calificación que daba del ganado se refería a su trabajo). Cuando no estaba bien ponía: «Toros, mansurrones».

Telegramas de Antonio Fuentes: «Veraguas, buenos. —1-4-3.— Antonio». (La traducción es: mal, superior y bien. El famoso espada tenía la clave 1, 2, 3, 4, números equivalentes a mal, regular, bien y superior).

Antonio Montes graduaba la calificación conforme a la distancia a donde los enviaba, midiendo las leguas de donde había actuado. Así, una mala tarde en San Sebastián la telegrafió: Para Bilbao: «Montes, regular»; para Madrid: «Montes, bien»; para Valencia: «Montes, superior»; para Sevilla: «Montes, superiorísimo».

Joselito «El Gallo» tenía este modelo «Sin novedad» si no estaba la cosa muy católica, y «Sin novedad, contento», si se había dado muy bien.

Juan Belmonte no era muy amigo de telegrafiar; pero su mozo de espadas se despachaba a su gusto, cuando el matador hacía una faena importante; escribía: «Belmonte, colosalísimo». (Decía que para las faenas grandes de su matador no le bastaba con decir «colosal».)

El corresponsal de un periódico de Huelva, que no tenía afición a los toros, se olvidó que Miguel Báez Quintero «Litri» toreaba en Madrid. Al dar la conferencia telegráfica al periódico le dijeron: «Bueno: pero no nos ha dicho usted nada de nuestro paisano “El Litri”. ¿Cómo ha estado?» «¡Ah, sí!, superior —respondió—; le han traído a hombros hasta la Cibeles». (La corrida se había suspendido por mal tiempo).

Luis Mazzantini, ya en el declive de su gran personalidad artística, toreó una corrida en la plaza de Tudela, mano a mano con José García «Algabeño», en plena juventud y notabilísimo estoqueador.

El éxito mayor fue en toda la tarde para «Algabeño».

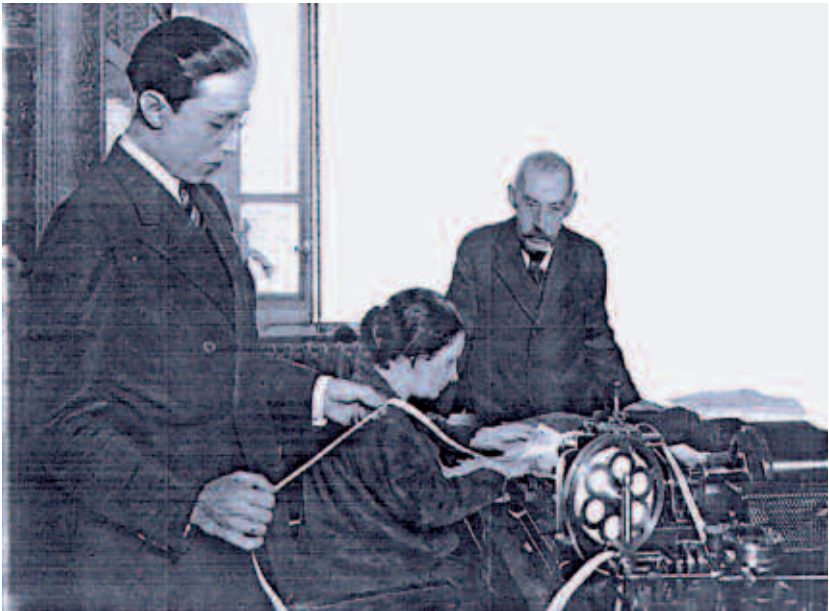
Acabada la corrida, don Luis fue personalmente a la oficina de Telégrafos, donde puso un telegrama para uno de sus amigos. El despacho decía: «Carriquiris, regulares. “Algabeño”, regular. Yo, muy bien».

«Peterete», el mozo de espadas de «Algabeño», por encima del hombro leyó la comunicación y sin poderse contener dijo a Mazzantini: don Luis... eso no es verdad.

Mazzantini, impertérrito, se limitó a contestarle: ¿Es que va usted a pagar el telegrama?

José Gallego «Pepete», pero en los carteles siempre aparecía con el apellido Claro, sevillano de la Puerta de la Carne, considerado más que valiente, temerario, hizo concebir a sus paisanos que era otro «Espartero», fue uno de los tres «pepetes» que murieron trágicamente. Luego de debutar en la plaza de toros de Santander, telegrafió a su familia: «Se me ha *dao* superior. El público navarro *mu gueno*».

El más original le ocurrió a Enrique Fernández «El Carbonero», un matador madrileño, hijo de unos pequeños industriales del ramo del carbón y leña, residente en el castizo barrio de Embajadores. Fue uno de esos toreros que cuando era novillero se enfrentaba



Momento de ser recibido el despacho en Madrid. El Jefe de Telégrafos inspecciona el servicio.

a morlacos serranos, bichos a veces ya toreados, duros y resabiados. «El Carbonero», que siempre dio la nota de valentía, era muy torpe y muy desgraciado, resultaba cogido casi siempre que se ponía el vestido de torear. Su apoderado —que era el revistero Maximiliano Clavo, que firmaba sus artículos con el sobrenombre de *Corinto y Oro*— un día recibió un despacho en el que decía: «Carbonero, herido de gravedad». El apoderado contestó: «Ampliar detalles cómo fue la cogida». Y recibió la siguiente respuesta: «Fue cogido al hacer el paseíllo».



Oficios desaparecidos: Los ganapanes

El origen de las mulillas

El tema que tratamos aparentemente no es importante, pero que sí tiene su interés histórico en el conjunto del espectáculo: la innovación de sacar con mulillas los caballos y toros muertos en la plaza, que se presenció por primera vez en la Plaza Mayor de Madrid el 4 de mayo de 1623.

En aquel entonces reinaba Felipe IV, y con motivo de querer matrimoniar a su hermana, la infanta María, con el heredero de Inglaterra Carlos Eduardo, príncipe de Gales, en su visita a Madrid, y en su honor, se celebraron todo tipo de espectáculos y fiestas de toros.

El príncipe heredero salió el 2 de marzo de Londres por el puerto de Dover, disfrazado, y por la posta con solo ocho criados y el marqués de Buckingham, que venía en secreto para tratar el casamiento y las capitulaciones y celebrar el matrimonio con la infanta María, que estaba propuesto hacía algunos años, arribando en Madrid el 26 de marzo.

Habiéndose tenido y casi publicado por resuelto el casamiento, quiso el rey Felipe IV festejar la futura boda con fiestas reales de toros, señalándose para el día 27 de abril una corrida de toros en la Plaza Mayor de Madrid. La corrida se suspendió por lluvia por lo que hubo que aplazarla hasta el 4 de mayo de 1623. En esta fiesta se puso por primera vez en ejecución el sacar los toros muertos de la plaza arrastrados por medio de mulas con novedad de grandes penacheros encarnados y blancos en la entonces recién

estrenada Plaza Mayor de Madrid, aunque muchos autores dan como válida la referencia de Alfonso de Castro¹.

Por aquel entonces ostentaba el cargo de Corregidor de la Villa Juan de Castro y Castillo, el cual dispuso, por mandato del conde de Olivares, que en obsequio del príncipe de Gales se celebrara una fiesta de toros en su honor, en la que rejonearon los nobles de mejor cuño, entre otros los afamados caballeros: duques de Cea y Maqueda, el marqués de la Velada, don Cristóbal Gaviria y don Gaspar Bonifaz. Fueron fiestas reales deslumbradoras y se desplegó lujos sin reparar en gastos, en la presentación de las carrozas, entrada de padrinos —por entonces era costumbre que un noble de alta alcurnia apadrinara a un caballero acompañándole y presentándole en la plaza—, alabarderos, trompetas, chirimías y guardia de todas las clases. «Hubo muy lindas suertes, ninguna desgracia, aunque algunos caballos heridos y lacayos —toreros de a pie— estropeados. Duró la fiesta casi dos horas. Mataron veintidós toros²».

Aunque el príncipe juró el cumplimiento del matrimonio, si bien su corazón no parecía que llevara tal intento, según después y antes se reconoció, se volvió a Inglaterra seis meses después de su llegada, una vez que se juraron capitulaciones y nombrar un poder para casarse, con la promesa de llevarse luego a la infanta fiando de sus palabras el cumplimiento de sus promesas.

Por razones de Estado, a las que no fue ajena la religiosidad católica de nuestra infanta, el proyectado enlace no se llegó a efectuar.

¹ Don Alfonso de Castro, en su obra *Combates de toros en España y Francia*, aclara que: «Tal innovación empleóse en Burgos en el año 1615, con ocasión de la fiestas que se celebran para regocijar el casamiento de Isabel de Borbón con Felipe IV y doña Ana de Austria con Luis XIII de Francia (...) entran cuatro mulas, no domadas, con sus cuerdas tirantes. Y estando el toro desjarretado (cortar los tendones de las patas traseras del toro a la altura de la corva, con una medialuna, que este es instrumento cortante que tiene esta forma y colocada en un palo largo), las meten en el coso y amarran al toro, y como van huyendo de él [por estar vivo el toro], tiran tanto que lo hacen saltar».

A la vista de los datos que nos aporta el manuscrito, si nos detenemos en el texto, más que sacar los toros arrastrados, lo que hacen es una acción «bufonesca» de mal gusto, estando el toro vivo.

² Francisco López Izquierdo. *Los toros en la Plaza Mayor de Madrid —Documentos—*. Unión de Bibliófilos Taurinos. Madrid, 1993.

La corona española exigió la conversión del príncipe de Gales al catolicismo. También influyó en el ánimo del príncipe de Gales lo poca agraciada que era la infanta María.

Este príncipe fue coronado rey de Inglaterra en 1625 como Carlos I de Inglaterra y por su tiranía y traición fue decapitado en 1649. Era práctica común que el verdugo levantara la cabeza del ajusticiado y la mostrara a la muchedumbre.

Y volviendo al tema que traemos entre manos, exponer que, antes de emplear las mulillas el sistema era por medios manuales, es



Dibujo de Jean Lhermite. Corrida de 28 de julio de 1592 en Valladolid.



El arrastre. Año 1785. Óleo sobre plancha de hojalata. 41 × 30 cms.
Colección Duques de Medinaceli. Sevilla. (Procedencia Colección Torrecilla.)

decir, unos mozos remolcaban al toro tras de sí, tirando de él con una maroma, y sacaban al astado y a los caballos muertos hasta los exteriores del recinto o plaza pública. Estos portadores eran unos hombres rudos y toscos llamados «ganapanes», que se ganaban la vida llevando y transportando de una parte a otras cargas o lo que les mandasen.

Era costumbre el arrastrar en el ruedo los caballos, antes que los toros, que se les despojaba de la montura estando aún el toro en la plaza y se les ataba por las patas, arrastrándolos a contrapelo, forma que se levantan más, para así hacer menos resistencia al tirar de ellos; además, en la práctica se vio que no salían las tripas durante la carrera.

Otros modos eran con carros, preparados al efecto, que cargaban con el peso de las reses muertas o de los caballos de los picadores, ejecutándose la operación más lenta y menos vistosa.

En Pamplona existe una costumbre que marca el protocolo antes de comenzar las corridas de toros. Se denomina «El paseo de las mulillas», y consiste en marchar los dos grupos de tres mulillas adornadas con cascabeles y banderolas y un total de catorce mulilleros desfilan desde la plaza Consistorial, y al ritmo de pasodobles de la banda municipal La Pamplonesa atraviesan las calles del Casco Viejo camino a la plaza de toros. Multitud de curiosos se unen al cortejo y se suman las peñas con sus ruidosas charangas.

Las mulillas, que tienen una importante misión que cumplir en el espectáculo taurino, constituyen una de las más pintorescas notas y deben ser cuidadas con el mayor esmero en su presentación, que tanto contribuye al colorido de la Fiesta.

La invención de arrastrar los toros con acémilas, que data de 1623, corresponde al Corregidor Juan de Castro y desde entonces no se ha interrumpido el uso de las mulillas, diminutivo éste, que empezó a generalizarse durante el siglo XIX.



El origen del nombre: Monosabio

En la fiesta española es cosa lógica que llamen torero al que torea, picador el que pica y banderillero al que banderillea. Sus nombres, pues, no necesitan explicación.

En cambio, sí requiere aclaración el poco taurino nombre de «mono» y, además de «sabio» a los mozos de caballos o de cuadra puestos a las órdenes de los picadores para asistirlos, ayudarles a montar y levantarlos, cuando caen a la plaza. La primera vez que recogen el dato curiosísimo de la procedencia del término «monosabio» apareció en la prestigiosa revista *La Lidia*, semanario que tuvo gran aceptación, por la naturaleza de sus firmas y por sus magníficas ilustraciones en color; el artículo lleva la rúbrica de don José Sánchez de Neira.

Sabemos que estos mozos de caballos no fueron uniformados hasta la mitad del siglo xix, presentándose cada cual ante el público vestidos según sus posibles, generalmente desaliñados, mal vestidos y sucios. El empresario de la plaza de Madrid, Justo Hernández, los uniformó con calzón y medias y según recoge una nota de prensa³, en la que anuncia que: «a partir del día 17 de abril de 1881 los *monosabios* de la plaza de toros de Madrid usarán en vez de calzón y media, pantalones con franjas amarillas y encarnados». Hoy su indumentaria está compuesta por blusa, pantalón y gorriila de colores encarnado y azul.

³ *Boletín de loterías y de toros*, 28 de marzo de 1881.

El nombre de *monosabio* se debe a que llegó a Madrid un artista de circo extranjero de ignorada nacionalidad, como casi todos los artistas circenses; un buen mozo de ojos azulados y amplio bigote en rizosas puntas, acompañado de una *troupe* de hábiles y obedientes monos amaestrados que exhibía en un circo que instaló Thomas Price en un barracón de armadura poligonal en las inmediaciones de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá⁴ —concretamente en la manzana que comprende las calles de Recoletos, Cid y Serrano—. La maestría con que jugaban aquellos mudos y sabios artistas, fue celebrada por el público madrileño, siempre dicharachero, festivo y popular, el cual aceptó con alborotado júbilo humorista el nombre de «monos sabios», con que el director de los cuadrúmanos los había anunciado. Llamaron la atención los monos por sus raras habilidades, y aquel domador tenía de tal modo amaestrado a su *troupe*, para interpretar números ingeniosos, que el público aceptó con agrado el adjetivo de *sabios*, con que los asignaba su dueño. Asimismo, vestían unos trajes rojos y azul, y como este color era del mismo tono de la indumentaria de los mozos de caballos en la plaza de toros, y éstos no se distinguían por su belleza, el público burlón les puso el nombre de *monos sabios*, en referencia a los simios de circo, además, por la labor de escuderos en la plaza en sortear las embestidas de los toros, ágiles como unos monos, para librar de ellas a caballos y montados. El mote, que por primera vez aparece en la prensa como tal en el año 1853, pasó a ser genérico de los dedicados a servir de amparadores de la gente de a caballo.

Ellos son los más valiosos auxiliares del picador y, con alguna frecuencia se da el caso de recibir ovaciones por su valor. Al apartar del peligro con extraordinaria habilidad y, en muchas

⁴ Sánchez de Neira, en el artículo referido, afirma: «que los *monos sabios* se exhibieron en un teatrillo llamado Cervantes en la calle de Barquillo, esquina a Alcalá». Existió tal teatro, y allí actuaron los *monos sabios*, según nota aparecida en la revista *El Enano*, de 19 de agosto de 1851, pero con el nombre de Teatro —Circo Paúl, llamado también por temporadas, de la Bolsa y de Lope de Rueda—, en los números 5 y 7 de la calle Barquillo, fundado por Mr. Paúl Laribau, empresario circense, de quien tomó el nombre definitivo. Este teatro fue derribado en 1888.

**CIRCO Y TEATRO
DE PRICE**
FANFARRINA DE PASADIZOS
FIESTAS REALES
GRAN EXPOSICION DE FIERAS
FAMILIARES Y ATRACCIONES DEL CIRCO, CUERDA, A LA
HERMOSA FAMILIA CUADRUMANA

MONOS SABIOS



del Lago Arrial 26 Madrid
DIVERTIDA
Comienzo por **JUEVES** 24 de ABRIL
a las 3 1/2 de la tarde
LA CABRA FIORA
presentada por la familia de los monos
LA CABRA ESMERALDA
del Lago Arrial 26 Madrid
Mme LA MARQUESA BATAVIA
del Lago Arrial 26 Madrid
GRAN WALS
del Lago Arrial 26 Madrid
EL TRIBUNAL SUPREMO
FUNCION TODOS LOS DIAS
a las 3 1/2 de la tarde
PREGUNTAS: Páase una entrada 20 rs 10 cent. Billetes con este
voto: 4 rs. Entrada general 3 rs. Mesas extrañas para
nuestro amoroso de noche y de día y de día y de noche, 2 rs.
Adm. - Sección de la casa de la familia de los monos, 26 de Arrial, 26 de Madrid.

Cartel de la actuación circense que originó el nombre de *monosabios*.

Plaza de Toros de Barcelona
ANTIGUA DE LA BARCELONETA



El Domingo 24 de Mayo 1910

Salvador
Fuente

El torero de la plaza de Barcelona, Salvador, Fuente, en su caballo blanco, se enfrenta al toro negro, machaquito, en la plaza de toros de Barcelona. El torero, vestido de traje de luces, se encuentra en una posición de ataque, con el estoque en la mano. El toro, de color negro, se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja. El caballo blanco del torero se encuentra en una posición de ataque, con la cabeza baja. El caballo negro del toro se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja.

9-10-05-9

TRES CHOCOS

Conejito • Algabeño • Machaquito

Ante el Sr. D. D. **CONEJITO** - José Giron, **ALGABENO** - Rafael Giron, **MACHAQUITO**

Novel de la Plaza de Toros de Barcelona, en su caballo blanco, se enfrenta al toro negro, machaquito, en la plaza de toros de Barcelona. El torero, vestido de traje de luces, se encuentra en una posición de ataque, con el estoque en la mano. El toro, de color negro, se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja. El caballo blanco del torero se encuentra en una posición de ataque, con la cabeza baja. El caballo negro del toro se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja.

NOTAS

El torero de la plaza de Barcelona, Salvador, Fuente, en su caballo blanco, se enfrenta al toro negro, machaquito, en la plaza de toros de Barcelona. El torero, vestido de traje de luces, se encuentra en una posición de ataque, con el estoque en la mano. El toro, de color negro, se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja. El caballo blanco del torero se encuentra en una posición de ataque, con la cabeza baja. El caballo negro del toro se encuentra en una posición de defensa, con la cabeza baja.

Monosabio a caballo sujetando a otro. Atribuido a Marcelino de Unceta.

ocasiones, con inminente riesgo de sus vidas, han salvado la de los picadores y aun la del caballo, llamando la atención al toro con la varita de que van provistos, coleándoles o arrojándoles la gorra.

Muchos han sido los accidentes que han sufrido en el ejercicio de su profesión; cornadas graves, roturas de huesos, lesiones importantes, etc. Pero en los anales del toreo solo hay que lamentar una tragedia: la muerte del *monosabio* Pablo Toro en la plaza de toros de Valladolid, hecho ocurrido el día 5 de julio de 1896, que fue corneado por un novillo de la ganadería de Victoriano Angoso, cuando andaba haciendo un quite a un banderillero y al intentar que el caballo de un picador avanzase hacia el bicho, éste se le arrancó hacia él, y al llegar a las tablas le alcanzó, derribó y recogió, metiéndole una gran cornada en la región suprarrenal izquierda, falleciendo a los dos días de ser herido.

Y es que los *monosabios* siempre están atentos y prestos a cualquier incidente en los demás tercios de la lidia. Para muestra les voy a relatar un suceso ocurrido en la plaza de toros de Madrid el día 25 de febrero de 1883: se lidiaba una novillada de Nazario Carriquiri; terminado el primer tercio, el cuarto novillo persiguió a un banderillero, y tan cerca le tenía que lo iba a alcanzar, un *monosabio* trató de cortarle el viaje tirándole la gorra, en cuanto la vio el bicho, dejó de perseguir al peón, se paró a olerla y acabó por comérsela. Después de la suerte de banderillas devolvió el toro la gorra, pero hecha trizas. El astado fue estoqueado por «Punteret», después de un breve trasteo.

En tiempos pasados el empleo de *monosabio* conllevaba la preparación de los caballos dispuestos para la lidia, desde la prueba hasta su presentación en la plaza, también en su cometido de correr y cansar a los jacos por medio de ejercicio fatigoso hasta ahorrarlos para la lidia y, además, eran grandes conocedores de sus enfermedades y experimentados «zurcidores» de las cornadas, que los «chisperos» llamaban al lugar donde hacían estas operaciones «el taller de reparaciones». También tenían la labor, fuera de la plaza, de ir a buscar con el caballo al picador y llevarlo de nuevo a casa, una vez acabada la corrida. Escena que solo podemos contemplar en ilustraciones y fotografías antiguas de épocas románticas del toreo.



Reproducción de la litografía publicada en *La Lidia*, el día 17 de mayo de 1886.

Varios han sido los espadas y picadores que antes de abrazar la profesión han comenzado su andadura taurina como auxiliar de los picadores. Entre los primeros destacar a Felipe García, Fausto Barajas, Rafael Llorente, «Saleri I» y excepcionalmente Ignacio Sánchez Mejías, y entre los segundos, que en el pasado ingresaban en el servicio de caballos como aprendizaje y escuela para hacerse picadores, han salido Pepe «El Largo», «Badila», «Cantaritos», los hermanos «Chano», Agujetas, Epifanio Rubio «El Mozo» y la saga de los «Pimpis».

El tendido de los sastres

La cultura de los toros y el vocabulario taurino están formados en gran parte de frases célebres y aforismos que se han popularizado, tomando índole de expresión acuñada. Los vocablos taurinos se emplean en el léxico cotidiano de nuestras conversaciones y en las plumas de los más afamados escritores de nuestro entorno. También se pueden ver en trabajos de periodistas ágiles y chispeantes. Igualmente muchos de los más ilustres oradores han aplicado la terminología de la lidia para sus discursos parlamentarios, usando expresiones del argot taurino, fáciles de entender y con la intención de sentenciar o hacer un chiste de buen gusto, según el tono de la plática.

Una de las frases acuñadas y que su origen es menos conocido por una gran mayoría de los aficionados y de las gentes que habitualmente la usan, es la locución de: *el tendido de los sastres*. Muchos se preguntan, ¿de dónde viene esta expresión mezcla de gradería descubierta en las plazas de toros y persona que tiene el oficio de cortar y componer trajes? ¿Cuál es su procedencia?

Como todo conjunto de palabras que forman un sentido, tiene un significado al hilo de su frase, del mismo modo que muchos de los dichos que abundan en nuestro léxico son casi siempre referentes al tema en que tratamos y generalmente sentenciosos.

El *tendido de los sastres* no es que fuera uno de los tendidos de la plaza donde era ocupado en su mayoría por costureros, pero a la sombra de ella se formó.

Pues bien, la antigua y vetusta plaza de toros de Madrid, situada en la Puerta de Alcalá, inaugurada en 1749, carecía de algunas

dependencias, y hubo un tiempo en que «el taller de reparaciones» donde se cosían las tripas de los caballos heridos se instalaba en pleno campo, fuera del recinto de la plaza de toros. La gente que no tenían posibles para comprar una localidad pululaba por los alrededores formando corro para presenciar la operación de tan repugnantes costuras y, como aquél era un lugar más donde se congregaban espectadores, y éstos iban a ver coser, de ahí vino el llamar a dicho punto el *tendido de los sastres*, en referencia a los aficionados que no podían permitirse el lujo de una entrada, ya fuera pasando por la reventa o por los canales lógicos de la taquilla y estar presente en las operaciones de cosido de las lesiones abiertas de los caballos. También en este emplazamiento se veía pasar a los toreros desde la capilla a la plaza y de este modo, sin haber estado en la corrida, podían conocerse elementos tan importantes como los trajes de los toreros, toros que habían recibido banderillas de fuego, colocación de la espada, apreciando la muerte que había llevado por el sitio que tenía marcada la estocada o toreros heridos, puesto que la enfermería tenía salida junto a la puerta de caballos.

Desde ese lugar contiguo los aficionados imaginaban lo que ocurría en la lidia y discutían de la misma, teniendo como principales referencias las voces y los ruidos que el público producía.

En el famoso *tendido de los sastres* se reunían «lo mejorcito de cada casa», donde la animación reinaba en tan grande o mayor escala que dentro del ruedo.

Entre los «abonados» de dicho tendido había aficionados que luego fueron revisteros, entre otros Ángel Caamaño «El Barquero», que en más de una ocasión, orgulloso decía: «yo me hice buen aficionado en *el tendido de los sastres*». Estos tenían el abono perpetuo en el mismo y pase de «libre circulación» para las cuadras llenas de tísicos jamelgos, el cuartillo de capilla, situado a mano derecha del patio, habitación cuadrada, en cuyo fondo se levantaba un sencillo altar con la imagen de la Madre del Redentor y decoraban las paredes algunos trofeos taurinos, en los que no faltaba ni una sola de los atributos taurómacos, el desolladero y demás dependencias anejas al coso taurino. Todas las dependencias constituían un edificio de un cuerpo, situadas en la parte que hoy recoge la calle Claudio Coello y hacia las casas números 1 y 3.



La gente que no tenía posibiles para comprar una localidad pululaba por los alrededores formando corro.



El tendido de los sastres lo formaban dos pretiles a ambos lados de la puerta de arrastre.

El tendido de los sastres lo formaban dos pretiles a ambos lados de la puerta de arrastre, cuya empinada cuesta subían trabajosamente las mulillas al sacar los caballos y los toros muertos.

La concurrencia al famoso «tendido» se agolpaba por ver el cadáver del cornúpeto, siguiéndole luego con gran algarada hasta la puerta del desolladero, contiguo a la caballeriza.

Después al volver las mulillas, y al abrir las puertas para su entrada en la plaza, toda la concurrencia se subía en lo alto de la cuestecita para ver al otro toro en el redondel; y los más arriesgados procuraban colarse entre los mulilleros, derrochando luego ingenio por los oscuros pasillos hasta alcanzar el tendido.

No había tiempo para el aburrimiento. Se oía muy bien el toque de clarín y el pasodoble de la salida de las cuadrillas. Enseguida empiezan los comentarios y las cábalas acerca de quién quedará mejor. Suenan aplausos y unos y otros se enzarzan en discusiones sobre las verónicas, pases que está dando tal torero, después de un silencio y una ovación tremenda, y alguien dogmatiza. «¡Menuda estocada le ha dado; sin puntilla ha caído el toro!». La cuestión era gozar en *el tendido de los sastres* cuando la corrida era buena, y pasar el rato cuando era mala. Porque cuando ello ocurría y al «tendido» llegan los silbidos y las palmas de tango, eco de aburrimiento, sus ocupantes se divertían jugando al chito o la raya o a cara o cruz una moneda y pasaban la tarde entretenidos.

¿Los alrededores de la plaza? ¡Una verdadera feria! Infinitos tenderetes de tiro al blanco; numerosas ruletas con vistosos colores; aguaderos ambulantes con refrescos de todo tipo y al alcance de todas las fortunas; echadores de cartas que hacen milagros y adivinan el futuro.

Hoy todavía, en algunas plazas de pueblos o portátiles, se pueden ver a algunos aficionados que desde sus balcones o ventanas aciertan ver una corrida de toros sin obstáculo, por la topografía del terreno, al ser estos miradores más altos que las gradas que cubren la plaza. A pesar de los tiempos, estos espectadores se les pueden caracterizar a los primitivos aficionados que el ingenio popular bautizó con el gráfico apelativo del *tendido de los sastres*.



El origen de la muleta

La invención de la muleta se remonta a los tiempos primitivos del toreo. En sus inicios era un capotillo que se arrollaba al brazo izquierdo del lidiador y se utilizaba para llamar la atención del toro y marcarle la salida. Si bien las primeras muletas se remontan al último tercio del siglo xvii, con objeto de desviar al toro de su viaje natural y evitar las cogidas, además de poder matar al toro de frente.

Su tamaño varió mucho. Las primitivas fueron pequeñas y airosas y de cualquier color, hechas de lino, cáñamo o algodón, y como objeto el indicado, esto es, desviar al toro de su viaje, y con un ligero movimiento del «trapo», no ser arrollado y a la vez poder vaciar la embestida del toro y sacarle de la jurisdicción. Ya mediado el siglo xix comenzaron a agrandarlas.

Muchos historiadores dan como veraz la noticia arrastrada, dato que publicó Nicolás Fernández de Moratín en su *Carta histórica*⁵, en dar la paternidad de su creación a Francisco Romero (padre de Juan y abuelo de la saga de los Romero, entre los que destacó Pedro), afirmando que el repetido Francisco Romero «fue de los primeros que perfeccionaron este Arte, usando de la muletilla...», y estas palabras de Moratín, interpretadas sin rigor por tratadistas posteriores, han convertido a dicho diestro de Ronda, de uno de

⁵ Nicolás Fernández de Moratín: *Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España...* Madrid, 1777. 48 p. 4.º.

los primeros, en el primero de todos. Esta noticia está muy divulgada; pero no existen pruebas fehacientes de ello, ni tan siquiera que Francisco Romero fuese torero.

Y es más; negamos, si hubiera existido tal toreo, que fuera el inventor, o al menos dudándolo mucho, pues todos los historiadores convienen en que Francisco nació en Ronda hacia el año 1700, y, sin embargo, en la *Cartilla en que se notan algunas reglas de torear a pie...* obra conocida como la *Cartilla de Osuna* —tratado manuscrito del siglo xvii escrito en verso y en prosa— ya se habla de la muleta y se explica su uso en la regla XVI, que dice así:

*Es la suerte más extraña
la que un país no se usa,
pues mi afición no la excusa
para quien tuviese maña:
pues a ninguno daña
que es con un lienzo llamar
al toro, y con esta acción
se logra la perfección
en el modo de torear.*

Y agrega: «Lo vistoso de esta suerte es ser solo por su ejecución con un lienzo blanco lo que con una capa, concurriendo las mismas circunstancias que en las demás suertes; solo si es preciso ponerse más cerca, por el menor ámbito que tiene el lienzo que la capa...»

Pues bien; este lienzo blanco al principio no era otra cosa que la muleta primitiva, y, así, lo describe igualmente Eugenio García Baragaña⁶, primer tratadista que escribió una tauromaquia para los toreros de a pie. En referencia a la muleta dice: «Hay una suerte muy vistosa, aunque muy poco usada que llamamos a ley, que es un lienzo blanco en vez de capa; sirve ésta para burlar al toro, como para matarle (...). Cuando se hace con capas dicha suerte

⁶ Eugenio García Baragaña: *Noche phantastica, ideatico divertimento, que demuestra el methodo de torear a pie...* Madrid, Imp. de Antonio Pérez de Soto, 1750. 2 h., 12 p. 8.º.

(...) se debe procurar que la estocada se la meta por la espaldilla —es decir, bajonazo— aunque más vistosa entre las astas». Sin duda, por lo aclarado del tratadista, hasta la mitad del siglo xvii solamente se usaba la muleta para estoquear a la res y se usaba indistintamente la capa, seguramente liada en un palo a guisa de muleta.

Los antiguos viajeros extranjeros, turistas del pasado que venían a España a conocer nuestras costumbres, nos han dejado algunas notas sueltas sobre la muleta. Como ya hemos dejado patente y aclarado en otros escritos sobre el desarrollo de la Fiesta, éstos siempre dejaban datos minuciosos de todo cuanto ocurría en los festejos taurinos y no dejaban nada sin comentar en sus escritos, referencias silenciadas, por nuestros relacionistas, al darse por conocidas.

Es hacia 1770 cuando el viajero inglés Richard Twiss llega a España y presencia una corrida en el Puerto de Santa María; después de hacer una descripción meticulosa de todo cuanto presencia (no se olvida ni de la divisa de los toros, medida de la espada, etc.), habla de la muleta en los siguientes términos: «Se presentó el primero de los tres —espadas—, llevando en la mano izquierda un palo sobre el que iba atada una capa».



Combat de Taureaux en Espagne, Emmanuel Witz (1717-1797).



Torero de mediados del siglo XVIII.

Otro compatriota suyo, Henry Swinburne, seis años más tarde presencia una corrida en Aranjuez (Madrid). Asiste al encierro de los toros y, al verlos tan pacíficos, exclama: «Por mucho que se quiera decir acerca de su ferocidad en el ruedo cuando están irritados por los dardos (...) no son tan peligrosos como en Inglaterra son los nuestros». De la muleta aporta los siguientes datos: «(...) Entonces un campeón —torero— llevando en su mano izquierda una capa parda suspendida al extremo de un palo, y en la otra una espada (...) provoca la lucha».

Por primera vez aparece el color rojo de la muleta, esta vez leemos al viajero Joseph Townsend. La corrida que nos describe la presencié en la plaza de toros de Madrid el 19 de junio de 1786. Reproducimos lo concerniente a la muleta: «Si no consiguen obli-

garle a embestir, le presentan la *moleta* (sic) o pequeña bandera escarlata que siempre llevan en la mano izquierda, e incitándole para que se precipite contra ella se esquivan y le eluden».

El artista y literato barón de Taylor, que había nacido en Bruselas y vino a España por primera vez en el ejército de los *cientos mil hijos de San Luis*, nos deja en su obra publicada *Voyage pittoresque*⁷ apuntes de especial interés. Al tratar el último tercio indica: «Pero el momento de la muerte del toro ha llegado; la inevitable orquesta da la señal. El matador o espada toma con la mano izquierda un palo largo de un metro que sirve para fijar por el medio, sobre el listón, una larga tela escarlata cuyos dos cabos vienen a unirse en la mano del matador, formando así una especie de bandera, único escudo del combatiente...»

La muleta, que en su inicio se utiliza como ayuda, y que servía únicamente para burlar la embestida del toro y no ser arrollado y, además, para poder matar de frente, pierde de forma paulatina su carácter, se convierte en el principal trebejo del matador, cambiando la técnica y arte. El toreo de muleta es la secuencia más esperada de una corrida de toros, la parte principal de la lidia en la que el matador, solo frente al toro, instrumenta pases variados y, además, la más valorada por su riesgo, entrega, variedad y profundidad artística de los pases y adornos.

⁷ Isidoro Justino, Barón de Taylor: *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur de la côte d'Africa*. París, 1835.



Oficios desaparecidos: El pregonero y el verdugo

Algunos aficionados miran con menosprecio los estudios históricos taurinos, por creer equivocadamente que su conocimiento no aprovecha en la práctica, y créese que pierde el tiempo quien se dedica a investigar sucesos que acaecieron en otras épocas.

No opina de esta forma el bibliófilo taurino Rafael Berrocal, que en diferentes números de la revista *Los Sabios del Toreo* reproduce ilustraciones del romántico viajero suizo Emmanuel Witz (1717-1797), cuya obra escrita bajo el título de: *Combat de Taureaux en Espagne*, nos ha legado un tesoro a los investigadores taurinos y costumbristas, por la gran aportación de datos y detalles del desarrollo de las corridas de toros en el siglo XVIII.

En la lámina núm. 4 de dicha obra, aparecen en la escena unos personajes casi desconocidos; el pregonero y el verdugo, que tuvieron protagonismo en su época, y era obligada su presencia en las plazas de toros, con objeto de salvaguardar el buen orden. Su labor se denominaba la ronda y el bando, y su trabajo se ejecutaba en la plaza una vez hecho el despejo por los alguaciles, que descabalgaban de sus monturas e iban en busca del verdugo y pregonero que se ubicaban en un habitáculo a la izquierda de la puerta de toriles y, allí, permanecían hasta terminar el festejo.

El pregonero envuelto con capa tradicional, tenía la función de dar lectura a un bando antes de comenzar el festejo. Desplegaba un papel que llevaba en la mano de la manera más visible, y solía leer el siguiente bando:

—En nombre del Rey, nuestro señor, que Dios guarde muchos años y en su nombre el Alcalde, ordena que: toda persona que origine pendencia o bajara a la arena sin autorización se le darán doscientos latigazos y a tres vueltas a la plaza en asno sentado hacía atrás, con la cara hacia la cola del animal y se le mandará a trabajos forzados y si es reincidente se le mandará a galeras.

—¡No se arrojará a la plaza, tendidos, ni otro sitio de ella, perros, gatos, cáscaras de melón, sandía, naranjas, ni hacer uso del pederal, ni otra cosa alguna!

Este pregón lo daba en cuatro puntos diferentes de la plaza, indicando en el último punto: «que certifica, que esta lectura ha sido hecha con voz alta e inteligible, para que no haya medio de alegar luego ignorancia». El verdugo seguía los pasos del pregonero, haciéndose acompañar de un asno que portaba todos los artilugios precisos para ejecutar el mandato y detener a los alborotadores, que por lo regular no se llevaba a efecto, porque solía bajar tal multitud en el último toro que se hacía del todo imposible capturar a nadie. Según el dibujo de la época, se puede apreciar en el lomo del pollino, grilletes, cadenas, látigos y cuerdas, herramientas disuasorias —pues rara era la vez que detenían a alguna persona— y por delante y a pie iban los alguaciles; de esta forma se ejecutaba la ronda y el bando.

La ronda y el bando estuvo vigente hasta el 7 de junio de 1834, que se suprimió, a petición del pregonero y del verdugo⁸, por la mofa de los espectadores y los silbidos y rechiflas que duraban tanto como el pregón, cuyas sanciones y prohibiciones siempre, por lo demás, han sido letra muerta. El público les decía un repertorio de insultos inagotables, además de arrojarles todo tipo de proyectiles, generalmente formados por mondas de naranjas, de patatas, cáscaras de sandía, de melón y hasta gatos muertos. La serie de improperios continuaba, esta vez contra los alguaciles tras recibir la llave para dar salida a los toros, con nuevas muestras de mala voluntad y odio de la «canalla»; y éstos aprovechando su momento de libertad, sentados en los graderíos de la plaza, desahogaban su antipatía, que parecía tomar venganza.

⁸ Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Leg. 11387, n.º 52. *Los escribanos del crimen de Madrid piden que se suprima en las corridas, la ronda que ellos hacen, titulada de bando, por la befa que sufren de los espectadores*. Madrid, 31 de mayo de 1834.



Combat de Taureaux en Espagne, Emmanuel Witz (1717-1797).

A partir de la citada fecha de 1834 fue la fuerza pública de diferentes cuerpos (Alabarderos, Guardias Nacionales, etc.) quien se encargaba de hacer la labor del despejo de plaza; hasta el año 1865⁹, que por una Real Orden de 3 de julio, prohíbe a la fuerza pública hacer el despejo. A partir de aquí vuelven a hacer este simulacro los alguacilillos montados a caballo, con la vestimenta negra tradicional, compuesta de golilla, capa corta y sombrero tocado de plumas, limitándose a recoger la llave de chiqueros, acompañar a las cuadrillas en el paseíllo, transmitir órdenes al presidente y amonestar a los toreros.

Del verdugo de Madrid sabemos que era un personaje representativo de la justicia y brazo ejecutor de penas de azotes y otros tormentos; así, en las funciones de toros celebradas en la Plaza Mayor el verdugo tenía localidad, cuyo sitio estaba junto al Peso Real. Este derecho del verdugo madrileño como asistente a las funciones taurómacas continuó cuando la villa y corte tuvo su pri-

⁹ Hasta el último tercio del siglo XIX, se permitía al público que paseara por la arena antes del comienzo de cada corrida y entonces se hacía evacuar el ruedo a algunos aficionados obstinados por una compañía de caballería, precedida de dos alguaciles a caballo, que daban vueltas a la plaza, al paso, deteniéndose ante cada puerta (en la plaza de toros de Madrid, Puerta de Alcalá, había dos; la de arrastre y la de cuadrillas) hasta que todo el mundo salía.

mer coso de fábrica, el construido extramuros de la Puerta de Alcalá en 1749 a expensas del rey Fernando VI, coso que éste cedió a los Reales Hospitales de la capital.

En ocasiones los públicos después de pagar una entrada exigían el derecho de expresar su opinión con toda su energía. Los decretos de los alcaldes, a modo de bando, querían poner límites a los desahogos verbales de los espectadores. Por ejemplo, el 6 de junio de 1841, el alcalde de Madrid publicó una «Advertencia al público» ante «los excesos y demasías cometidos por los concurrentes a la última corrida de toros (...) y respeto a la autoridad que presidía», ordenaba que «se guardará la moderación debida entre los concurrentes, evitando toda clase de palabras que puedan ofender al público o a los lidiadores». El motivo de la nota del alcalde fue por los graves desórdenes cometidos en la plaza de toros el día 31 de mayo de 1841. Cuatro de los cinco picadores que



Alguacilillo del siglo XIX, según un grabado de Pannemaker.



Un Alguacilillo. Foto J. Laurent.

intervenían en la corrida fueron heridos por los toros del marqués de Casa-Gaviria y de Veragua y Osuna, quedándose como único varilarguero Antonio Guisado, que actuaba como tercer reserva, por lo cual no se picaron el quinto, sexto y séptimo toro.

Pero como recuerdo de otras épocas, se insertó el bando hasta el último tercio del siglo XIX, y siguieron apareciendo en los carteles anunciadores de las corridas la siguiente nota de advertencia: «Se prohíbe arrojar a la plaza cáscaras de naranja, piedras y palos, ni otra cosa que pueda perjudicar a los lidiadores, que nadie pueda entrar entre barreras sino los precisos operarios, ni bajar de los tendidos hasta que no esté enganchado el último toro, todo bajo pena de multa».



Un torero ajusticiado

«Manuel Lucas Blanco» murió en el patíbulo de la Puerta de Toledo, en Madrid

La política no ha sido ajena en el mundo de los toros. Los que visten de luces en todos los escalafones, banderilleros, picadores y espadas, en muchas épocas han alternado su profesión taurina con aficiones políticas. En ocasiones llevaron a las plazas la pasión política, en la que envolvieron a los públicos, que los aplaudió o censuró rabiosamente según las circunstancias.

Se tiene como el punto de arranque de la actividad político-aurina la invasión francesa que hirió la fibra patriótica del pueblo español, y comenzó éste a mirar mal a los afrancesados. Ya hubo entonces un torero de alguna popularidad que huyó a Portugal, y de allí no regresó hasta que desapareció todo el peligro de tener que divertir a los extranjeros. Fue éste el famoso «Curro Guillén», a quien los partidarios del rey intruso quisieron darle más de un disgusto que él supo esquivar.

Tras éste vinieron otros muchos, que bien pueden denominarse toreros políticos, que como tales se significaron.

Antonio Ruiz «El Sombrerero» y Juan León fueron realista el primero y liberal el segundo en la época en que cuando predominaban unos eran perseguidos los otros. Llevaron su pasión política y su atrevimiento aquellos diestros hasta el extremo de salir un día en Sevilla, el 13 de junio de 1824, Juan León con vestido negro y «El Sombrerero» con blanco, pues «negros y blancos» se llamaba a liberales y absolutistas respectivamente. La imprudencia pudo costar cara a Juan León, a quien los realistas persiguieron fuera de la plaza y en poco estuvo que no pagara a alto precio su osadía.

Años más tarde, cuando había terminado el imperio de los realistas, «El Sombrerero» actuó en la plaza de toros de Madrid el 20 de agosto de 1832, junto a su hermano Luis Ruiz y Francisco Montes «Paquiro». El público recibió a los hermanos con cencerros, campanillas y cuernos. Les silbaron por todo a pesar de querer agradar en todo momento y ante el cariz que tomaba el asunto la Junta de Hospitales rescindió los contratos de Antonio y Luis por motivos políticos.

Un caso diferente fue el ocurrido al diestro Manuel Lucas Blanco, del que nos vamos a ocupar. Este matador de toros había nacido en el popular barrio de San Bernardo, de la capital sevillana, en 1793.

Hijo de familia humilde de empleados del matadero, allí trabajó también desde niño, donde surgió su vocación taurina de su contacto con ganado destinado al sacrificio, y practicando un rudimentario aprendizaje, tanto en los corrales de dicho establecimiento como en algunas funciones en los pueblos próximos a la capital.

Su amigo y valedor Antonio Ruiz «El Sombrerero», se erigió en su protector y maestro al que le dedicó su atención en las enseñanzas a torear, corrigiéndole su primitivo estilo.

Al lado de «El Sombrerero» trabajó Lucas desde 1813 a 1816, pasando luego a las órdenes de Francisco González «Panchón», quien le cedió toros en provincias para que practicara el manejo de la muleta y el estoque, ya que las aspiraciones del diestro sevillano fueron, desde sus comienzos, el llegar a la categoría de matador de toros. Como peón y banderillero aventajado, logró el ascenso a media espada. En Madrid se presentó el 29 de abril de 1821, con Juan León, para estoquear como medio espada los dos últimos toros, y ya en el año 1823 trabaja como matador de toros, categoría a la que se llegaba por los pasos acostumbrados de aquella época. Pero un suceso histórico, que tomó su importancia por su connotación política, fue la noticia que reunió la atención de todo Madrid en el año 1837.

Lucas Blanco era ferviente partidario de la política absolutista (carlista), lo cual era peligroso, declarándose partidario exaltado de dicha política, ingresando de voluntario realista, perteneciendo a la sección conocida por *la cáscara amarga*, por su constante perse-

cución de los liberales, llegando a exponer sus ideas con vehemencia en la misma plaza de toros, y eso le causó muchos disgustos e influyó en su desgraciada muerte. Fue famoso el brindis que dirigió al infante Francisco de Paula en la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla: «A mi señor infante D. Francisco; va por usía, por la mujer, por la familia de aquí y por la de allá». Era conocido que el infante mantenía relaciones extramatrimoniales con una cortesana francesa.

En la noche del 18 de octubre de 1837, estaba Manuel Lucas en un colmado llamado las Delicias de la Bética, en la calle de Fuenarral, con varios individuos de su cuadrilla, con el objeto de festejar su última corrida de la temporada en Madrid, y allí se encontró con Manuel Crespo de los Reyes, sargento de caballería de



Manuel Crespo de los Reyes cae muerto de un certero navajazo. Alegoría.

la milicia nacional y conocido suyo, por haber sido picador y contratista de caballos para la plaza de toros de Madrid, con quien emprendió animada conversación mientras bebían unos vasos de vino.

Al punto se terció la conversación sobre política y se hizo general, pero hallándose acalorado por el vino, el miliciano increpó duramente contra el torero, la disputa se agrió, saliendo los dos a la calle y a poco el miliciano nacional caía muerto, herido por un certero navajazo en la ingle izquierda, por la que se desangra y



Manuel Lucas Blanco subiendo al patíbulo. Alegoría.

muere a los pocos minutos. Lucas Blanco huyó del lugar, siendo detenido en la calle de Caballero de Gracia por dos serenos y los nacionales de caballería, quienes le pusieron en manos de la justicia.

La gran expectación motivada por el juicio de un personaje público como era el torero Lucas Blanco fue aún mayor de lo esperado y el veredicto fue sentenciar a Lucas Blanco a la pena de garrote vil.

Los toreros Francisco Montes «Paquiro» que en aquella época era ídolo taurino, acudió a la reina Cristina, acompañado de Juan León y de otros matadores de fama, en demanda del indulto. La soberana quiso concederlo, pero la presión de la Milicia fue tan agobiadora, que no se atrevió a otorgarlo, y Manuel Lucas Blanco fue ejecutado el jueves el día 9 de noviembre de 1837, a las doce de la mañana en «el sitio acostumbrado», a las afueras de la Puerta de Toledo, a los 21 días después de cometer el accidentado asesinato.

En el mismo lugar, el día 6 de noviembre, es decir, tres días antes, llevaron al patíbulo al famoso bandolero Luis Candelas. Dando prueba de entereza se permitió hablar al público presente antes de su ejecución y entre otras cosas, dijo: «He sido pecador como hombre, pero nunca se mancharon mis manos con la sangre de mis semejantes».

Manuel Lucas Blanco era un diestro que contaba con muchos amigos y grandes simpatías y admiración por ser un lidiador con valor, sereno, seguro, que se adornaba poco, pero daba grandes estocadas y fue el único toreo en toda la dilatada historia de la tauromaquia que ha de escalar las grada del patíbulo. Quizá si no se hubiera significado como político, no habría sufrido tan vergonzosa muerte.



151

La leyenda de «Tragabuches»

Su biografía aparece por primera vez
en la novela *Los siete niños de Écija*, escrita
por Manuel Fernández y González,
publicada en 1863

Nuestro protagonista murió sin haber nacido, por eso la historia de este torero es muy difícil de explicar, por eso mismo que no la tiene. Nos referimos al torero José Ulloa «Tragabuches», que tenía ese apodo por haberse comido en una ocasión él solo un pollino nonato en adobo.

Unos biógrafos cuentan que era natural de Ronda (Málaga), otros afirman que había nacido en Arcos de la Frontera (Cádiz), que era de raza gitana, de porte elegante, de gran figura y sus ojos de azabache tenían una mirada profunda. Contrajo matrimonio con una célebre «bailaora» de aquellos tiempos apodada «La Nena», gitana como él, hermosa mujer dotada de garbo, gracia y de una gran belleza, que encandilaba a todos con sus movimientos explosivos cuando taconeaba.

«Tragabuches», que en un principio se dedicaba al contrabando por la serranía de Ronda, decidió hacerse torero, ingresando en la cuadrilla de su amigo y mentor, el torero cordobés Francisco González «Panchón».

Corría el año 1814, cuando fue ajustado como segundo espada para torear tres corridas en la plaza de toros de Málaga. Pero sucedió que, a dos leguas de Ronda, tropezó el jaco cogiéndole desprevenido; le volteó por las orejas, y «Tragabuches» se rompió una costilla, produciéndose, además, varias contusiones y rozaduras. Pronto vio que no podía torear en esas condiciones, con lo que decidió retornar a Ronda.



¿«Tragabuches»? (Col. Conde de Colombí).

A la una de la noche llegó a la puerta de su casa, después de llamar insistentemente y no tener una respuesta, observó que la luz de un candil se movía por el dormitorio. Una vez que abrió la puerta, al ver a su mujer nerviosa y temblorosa temió lo peor, que le engañaba con otro hombre. Después de buscar en toda la casa sin hallar rastro alguno, «Tragabuches» estuvo a punto de creer que se había equivocado y pidió perdón a su esposa ofendida.

Se dirigió a la cocina con la intención de beber agua, metió el cacho en la tinaja pero algo impidió que el cazo penetrara hasta el fondo, introdujo la mano y apareció un hombre ante su vista, aquel hombre era un adolescente, sacristán de la parroquia de Ronda, conocido como «Pepe el listillo». «Tragabuches» sacó la navaja guadalixera y la sepultó con rabia en la garganta del infeliz, degollándole al instante. Lleno de furia se lanzó en busca de su mujer, la arrastró hasta la ventana y la precipitó de cabeza a la calle, donde quedó muerta del golpe.

Huido a la sierra, fue juzgado en rebelión y condenado a garrote vil. Se unió a la famosa partida de bandoleros conocidos como *Los siete niños de Écija*, donde se descubre a lo vivo de qué modo siete valientes derrotan y ponen en vergonzosa fuga, en cuantas batallas libran, a siete mil carabineros, y hubieran derrotado en la misma forma a siete millones, dada su infinita bravura.

«Tragabuches» goza en esa época de una siniestra celebridad, por ser el más sanguinario de todos. «El Cojo», otro miembro de banda, al ser capturado y declarando ante los jueces dice gráfico y sincero de su compañero de andanzas *El gitano*, como era conocido: «Ha matado hombres suficientes para llenar un cementerio y siempre con una crueldad espantosa». En 1817 fueron capturados y ahorcados los miembros de la banda, pero nada se supo de «Tragabuches», desapareciendo misteriosamente. Durante muchos años se cantó en las cárceles andaluzas una copla llamada la «copla de Tragabuches» porque, al parecer, la creó el torero gitano; se cantaba con voz quebrada y corta, en tono de carceleras:

*Una mujer fue causa
de mi perdición primera
que no hay desgracia en el mundo
que de la mujer no venga.*

Su vida está envuelta en un halo de leyenda imaginativa del reputado novelista Manuel Fernández y González —su creador—, al que nadie le aventaja en invención y habilidad para darle interés y movimiento y crear héroes e ídolos aventureros. Cuando el autor de la novela da vida a este personaje, éste llevaba ocho

años de bandolero de ser *Niño de Écija* y de estar sentenciado a la horca. Al reseñar las características tangibles, describe: «Era un hombre de treinta y cuatro años, de seis pies de altura, de una anchura proporcionada, de mirada torva, de color moreno, y muy bien parecido, con una magnífica dentadura, que enseñaba continuamente, valiéndose para ello de una sonrisa sesgada». Posiblemente estos rasgos, la visión del autor de la novela pensaba en alguno de los toreros con quien se le veía. Con frecuencia alternaba alzando sus vasos de manzanilla con «El Tato», espada de rumbo y tronío que paseaba sus patillas de boca de «jacha» y su chaquetilla corta de dorados caireles tirando los «jayeres» por los colmados. Los mismos que ganaba, volcándose al volapié sobre el morrillo bien armado y con arrobas de los colmenareños y los veaguas.

Para mí, es más que dudosa la existencia de este torero gitano, al no haber encontrado su nombre en ningún cartel taurino, contrato, nómina u otros documentos probatorios, después de revisar los archivos de las Maestranzas de Ronda y Sevilla, y los documentos de las plazas de toros que hubo en Málaga, Córdoba, Cádiz y Madrid.

La máxima autoridad en cuestiones de torería; autoridad así mismo, en todo el campo de las letras: Me refiero —como es fácil de suponer— a don José María de Cossío. Este ilustre académico inserta en el tercer volumen de su obra *Los Toros* la biografía del diestro gitano. A la biografía acompaña un pretendido retrato del diestro, de cuya vera efigie no responde, pues pone junto a su pie el signo de interrogación, y los que dieron como segura la representación del tal en dicho retrato pecaron de ligeros.

Pero, veladamente y conociendo el relato y la realidad de esta leyenda, el Dr. Fernando Claramunt, en su extraordinaria obra de consulta y referencia *Historia ilustrada de la Tauromaquia*, acertadamente indica: «Si no existiera «Tragabuches», tendríamos que inventarlo».

Sin embargo, la estampa forajida, la leyenda fantástica y apasionada de José Ulloa «Tragabuches», se agiganta y casi idealiza románticamente. Es héroe de poetas y de noveleros folletinistas, tanto él como sus compañeros de malas andanzas, guapezas

y ladrones asaltadores de caminos. Y en ocasiones adquiere tonos líricos y fuertes rasgos, como el bello romance de Fernando Villalón:

*Siete bandoleros bajan
de los alcores del Viso
con sus hembras a la ancas.
Cafites, rojos pañuelos,
patillas de boca de hacha.
Ellas, navaja en la liga;
ellos, la faca en la faja;
ellas, la Arabia en los ojos;
ellos, el alma en la espalda.
Por los alcores del Viso
siete bandoleros bajan.
Siete caballos caretos,
siete retacos de plata,
siete chupas de caireles,
siete mantas jerezanas.
Siete pensamientos puestos
en siete locuras blancas.
Tragabuches, Juan Repiso,
Satanás y Mala-Facha,
José Candio y el Cencerro
y el capitán Luis de Vargas
Siete caballos caretos,
los siete niños llevaban.*



La vida torera del perro Paco

Murió en una becerrada del gremio de los taberneros

Rápidamente cundió la noticia por todo Madrid. ¡Un aficionado falto de vergüenza torera ha matado al perro «Paco»!

«Paco» era un chucho negro, con el pecho blanco, rabón, pequeño, de raza mestiza y de una inteligencia poco común. «Paco» no tenía dueño. El primitivo y único dueño del perro «Paco» fue Francisco Lozano, un mayoral de «Frascuero», quien le trajo a Madrid cuando el maestro era concesionario de la línea de la diligencia entre Colmenar de Oreja, Chinchón y Madrid. Y en esta línea es donde «Paco» prestaba sus servicios, al ayudar, con sus ladridos, al mayoral que animaba a las mulas y las arreaba para que anduviesen mejor. Un día no quiso regresar de vuelta y decidió dejar la vida de trashumante y hacerse bohemio.

La calle de Sevilla era su punto de parada durante las horas del día y por la noche se retiraba a dormir al café de Fornos, en el Veloz Club, en la Gran Peña o en cualquiera otra parte donde tenía protectores.

Una noche, en pleno centro de Madrid, acertó en cruzarse en el camino de don Gonzalo Saavedra y Cueto, marqués de Boraña, que se dirigía a cenar con un grupo de amigos al café «Fornos» y estando allí le echó un trozo de chuleta. Pasaron bastantes días, y otra noche, en distinto establecimiento, al entrar el marqués, le salió al paso, haciéndole grandes demostraciones de alegría. El marqués, que pocos años más tarde sería alcalde de Madrid y un juerguista de saneada fortuna, mandó que le sirvieran una chuleta, y que todos los días le sirvieran un sabroso bistec con patatas,

imponiéndole el nombre de «Paco», por ser aquel día festividad de San Francisco de Asís, santo protector de los animales, para más casualidad. El acto del bautizo se celebró de una manera extravagante a modo de rito sacramental, y con palabras en un latín grotesco, le regó el hocico y la cabeza con champán.

Aquella ocurrencia del marqués fue la comidilla de todas las tertulias de Madrid y pronto otros quisieron imitarle y se tomó como signo de distinción hacerse acompañar por el perro «Paco».

Desde entonces ningún lugar donde se reunía la sociedad madrileña estaba vedado «Paco». Comía en los principales restaurantes, penetraba en los cafés, concurría a los colmados, a los estrenos teatrales, asistía a las carreras de caballos, y para vitorear al vencedor, ladraba, y por todos los sitios donde se hablase de toros. En los locales cerrados no levantaba el ladrido nunca.

Pero donde realmente era popular «Paco» era en la plaza de toros, por ser un gran aficionado a las corridas y, como buen madrileño de su tiempo, era un apasionado de la fiesta de los toros. Siempre iba a los encierros, prueba de caballos y apartados, saliendo al ruedo cuando los mansos solían retirar algún toro. No faltaba a ninguna corrida de toros, novilladas o encerronas de aficionados. Asistía a cualquier evento, aullando a los toreros si no estaban acertados y lanzándose a la arena en acto de reprimir al matador con gruñidos. Excepto a Salvador Sánchez «Fras-cuelo», que por muy negada que tuviese la tarde no se movía de su asiento.

Por lo general, ocupaba un lugar en el tendido 8, una vez que había pasado por la puerta de cuadrillas, aunque recorría todas las localidades de la plaza. Pero no se estaba quieto. En los intermedios entre toro y toro saltaba al callejón, corría hacia la puerta de arrastre que se encontraba abierta, y se daba unas vueltas por el ruedo entre las aclamaciones de la multitud y luego se volvía tranquilamente a su localidad. En el último toro solía saltar al ruedo, y acompañaba luego a los matadores hasta la salida, para co-ger la calesa que les llevaba hasta el hotel o a la pensión.

«Paco» alcanzó tal altura de fama y una popularidad tan extraordinaria, que la prensa hablaba de él y las imprentas le dedicaron hojas-aleluya con viñetas, dedicaron una danza habanera, que se la compuso José Vicente Arche, y una polka que llevaban

su nombre; esta última se estrenó en la tarde del 11 de junio de 1882 en la plaza de toros de Madrid. Igualmente, su efigie grabada aparecía en bastones, corbatas, petacas y carteras con la marca «Perro Paco», y se vendía un vino manzanilla que llevaba su nombre; incluso se le incorporó como personaje en la mojiganga *Las bazañas de Bou-Amena*, pantomima de ambiente marroquí en la que el perro «Paco» representaba el papel de guía conocedor del terreno, y en la obra de teatro *Las mil y una noches*, que se representó en el Teatro Español.

El suceso de su muerte ocurrió el día 21 de junio de 1882, en una becerrada en la que actuaron los aficionados Isidro Grané, Ernesto Jiménez, José Rodríguez y Enrique Gaire y fue dirigida por Santos López «El Pulga». En el transcurso de la lidia del quinto de los becerros, el matador encargado, José Rodríguez —que más tarde sería concejal del Ayuntamiento de Madrid—, conocido como el de «Galápagos» —por tener una taberna en la calle de Hortaleza, frente a la fuente de los Galápagos, esquina a Santa Brígida—, demostró tanto pánico, que la gente se lo tomó a guasa. Tocaron a muerte y siguió la sinfonía de pitos y risas, hasta que el presidente mandó retirar vivo al burel, circunstancia que aprovechó



El perro Paco, dibujo de Eloy Morales, 1994.

«Paco» para tirarse al ruedo y jugar con el astado, al mismo tiempo de echarle en cara al matador su falta de valor a fuerza de ladridos; momento que aprovechó el maletilla, atravesándole con el estoque, dejándole gravemente herido en la arena de la plaza.

Un gran clamor de protesta se alzó en todos los ámbitos de la plaza, teniendo que proteger la Guardia Civil al torero.

Su protector, el conocido empresario teatral y fundador del *Heraldo de Madrid* Felipe Ducazcal, lo recogió mal herido, se lo llevó a su casa, donde llamó a un veterinario que lo atendiese día y noche. Todo inútil; «Paco» dejaría de existir al siguiente día 26, re-



Ilustración aparecida en la revista *Índice de artes y letras*, n.ºs 163-64-65.

cogiendo la noticia de su fallecimiento todos los periódicos de la capital. Siguiendo indicaciones de Felipe Ducazcal, fue enterrado en los jardines del Buen Retiro, y hasta hubo una iniciativa para levantarle un monumento por suscripción popular que finalmente no cuajó.

Esta muerte representó un gran duelo en Madrid, que adoraba al perro gentil y amable, al que todos querían, desde los aristócratas a los castizos. El perro «Paco» era casi una institución madrileña, cuando vino a morir de tan airada manera.

Era tan popular y querido, que se le recordaba cantando esta triste coplilla:

*El perro «Paco» se ha muerto
y lo llevan a enterrar
entre cuatro torerillos
por la calle de Alcalá.*

Todo Madrid sintió la pérdida del perro golfo que nunca quiso tener dueño y sí muchos amigos. Que vino de su tierra natal, Colmenar de Oreja, para quedarse a vivir en una ciudad declarada como de alegría permanente, donde hizo disfrutar y disfrutó con la compañía de las gentes, que era lo que más le agradaba, haciéndose querer por todas las clases sociales. Aunque alguno tuvo el empeño de adoptar a «Paco» y llevarlo a su casa, él se negó sistemáticamente a cualquier intento de apropiación y optó siempre por la libertad.





El origen de la Corrida de la Prensa

La famosa corrida de la Asociación de la Prensa tiene una causa curiosa e interesante, digna de ser relatada y conocida por los aficionados a las lecturas taurinas e investigadores.

El proyecto fue ideado por el periodista Miguel Moya al terminar una fiesta en el popular y desaparecido colmado hispalense Venta de Eritaña, donde el conde de Garay había organizado y obsequiado con un almuerzo y una fiesta a varios de sus amigos, especialmente madrileños, que asistían a la feria de Sevilla, en abril de 1900, en la que se congregaron alrededor de treinta comensales. Figuraban, entre otros, el entonces ex ministro Segismundo Moret, Natalio Rivas y Miguel Moya, y el motivo por la cual se organizó fue el siguiente:

Miguel Moya —que era director del periódico *El Liberal* y Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid—, estaba enemistado por razones políticas con su colega y político Segismundo Moret, a pesar de haber sido muy buenos amigos durante muchos años. Un periodista amigo de los dos, Natalio Rivas —hombre de basta cultura, que nos ha dejado valiosas obras taurinas— y el conde de Garay, organizaron aquella fiesta en la venta sevillana, invitando a pasar una jornada a varios amigos y, así, lograr la deseada reconciliación. Después de los brindis y abrazos, sellaron su amistad de nuevo los dos homenajeados, y los comensales escucharon con agrado la propuesta de Miguel Moya, que era la intención y el deseo de organizar una gran corrida de toros a beneficio de la Asociación de la Prensa.

Acogida con júbilo la idea, allí mismo, en la mesa del banquete, se tomaron los nombres de los que formarían la empresa, y al acto se ofrecieron el marqués de Tovar, el conde de Garay, el ex diputado a Cortes Luis Palomo, el conde de Campomanes, Antonio Valdés, el diputado provincial de Sevilla José María Ferrero, Natalio Rivas y el célebre escultor Mariano Benlliure.

Terminada la fiesta y de regreso a Madrid, los responsables de la organización del evento se pusieron manos a la obra. Eligieron ocho toros del marqués de Saltillo, para los cuatro ases de la totería a la sazón: Luis Mazzantini, Antonio Fuentes, Emilio Torres «Bombita» y José García «Algabeño».

Para darle todos los posibles atractivos a la fiesta se logró que garrochistas de las ganaderías de Halcón, Moreno Santamaría, Cámara y Campos Varela hicieran el número de derribar en la plaza algunas reses.

Contando ya con los principales elementos para la corrida, el Presidente de la Asociación de la Prensa convocó a una reunión a los individuos de la Junta Directiva y a periodistas taurinos, e hizo relación de los trabajos realizados para organizar la fiesta, fijándose en principio el programa de aquella, que mereció la aprobación unánime de los concurrentes.

Al tratarse del cartel programa anunciador de la fiesta que se saliera de lo corriente, se pensó en Mariano Benlliure y aceptado por éste, pintó una verdadera maravilla que prodigó en ella todos los primores y delicadezas artísticas, quien dibujó en el lienzo una manola con falda y justillo de vivos colores, tocada con la mantilla española, descorriendo con su diestra grandes paños azul y blanco, distintivo de la ganadería de Saltillo, para dar vuelta a un policromo paseo de cuadrillas.

Con todo previsto, la corrida se celebró 12 de junio de 1900. Bajo la presidencia de José Cánovas y Varona, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid, destacando como preámbulo el número de acoso y derribo al estilo andaluz, ejecutándose por primera vez en la historia taurina en una plaza de toros. Los afamados acosadores andaluces Francisco Calzadilla, Joaquín de los Santos, Miguel Mayo y Francisco Jiménez Poyuela, ayudados por los jinetes madrileños el marqués de Guadalest, conde Muguiri, Alfonso Valderrábano y el distinguido rejoneador Antonio Fernández



Cartel de la Corrida de la Prensa realizado por Mariano Benlliure.

Heredia deleitaron al público presente con una excelente demostración de sus habilidades. Con aplausos cerrados despidió el público a los derribadores andaluces, quedando muy satisfecho de sus faenas, en las que demostraron los cuatro sus maravillosas condiciones de caballistas, a pesar de las dificultades que ofrecía la limitación del terreno.

Las ocho moñas destinadas a los ocho toros, fueron regalo de las duquesas de Alba, de Montellano, y de San Carlos; marquesas de Ivanrey y Castrillo, y señoras de Moret, Rivas e Iturbe.

Otro de los números de mayor atractivo del programa era la rifa que antes de la corrida había que verificarse de los objetos regalados a la Asociación de la Prensa; entre otros figuraban el cartel de Benlliure, las moñas, las cabezas de los toros que en la lidia resultasen mejores, una tabla pintada por José Villegas, otro cuadrito original de Luis Álvarez, y algunos objetos taurinos regalados por varios diestros y aficionados.

En cuanto al resultado artístico la tarde no tuvo mucha historia:

Luis Mazzantini, vestido de violeta y oro, fue silbado y denostado por el que abrió plaza, de nombre *Perrunito*, y silbado en el quinto.

De un elegante rosa y oro vestía Antonio Fuentes, que escuchó las únicas palmas unánimes por su labor en el segundo; pero en el sexto estuvo tan pesado, que el público aburridísimo, lo tomó a chufra.

Para «Bombita», de azul y oro, la tarde rodó con idénticas características que para Mazzantini.

«Algabeño», de grana y oro, realizó muy movida faena en el cuarto, al que despachó de un colosal volapié. El público guardó silencio. Con el octavo estuvo mal con la muleta y peor con los aceros.

El éxito económico fue total, llenándose la plaza recaudando cien mil pesetas, con un neto, después de gastos, de algo más de treinta mil pesetas de beneficio para la Asociación de la Prensa. El importe de los toros ascendió a dieciséis mil pesetas y las cuadrillas cobraron veinte mil quinientas repartidas en cuatro partidas: Mazzantini seis mil, Fuentes y «Algabeño» cinco mil y «Bombita» cuatro mil quinientas.

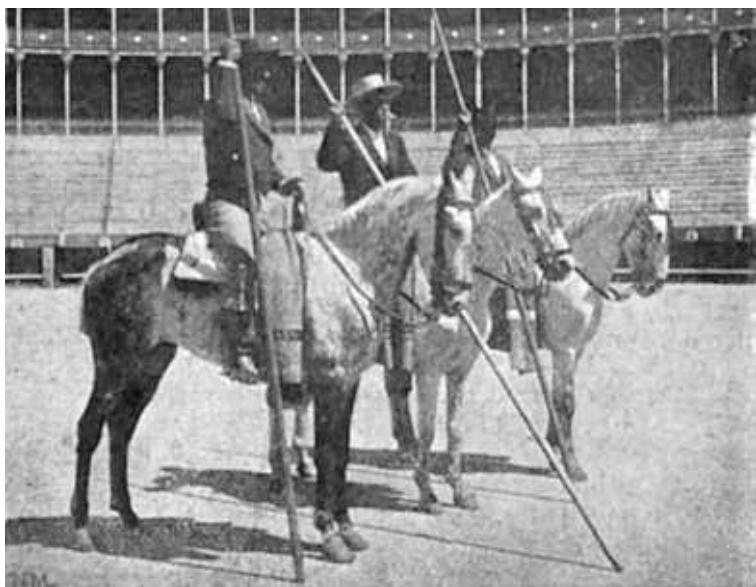
Por último, y para terminar con la reseña de esta primera corrida de la Prensa, hacer mención de un curioso incidente que se

[illegible]

produjo durante la corrida y que fue objeto de los naturales comentarios.

Parece que en uno de los burladeros de la barrera se encontraba, como en otras ocasiones, el inspector Nicanor Isires, al cual envió varios recados el Presidente de la corrida para que se retirara en vista de que había mucha gente entre barreras; éste haciendo caso omiso no creyó oportuno atender la indicación, en vista de lo cual le llamó al palco el Presidente y le recriminó por su desobediencia. El inspector, molesto por ello profirió alguna frase desacatando la autoridad del Presidente, originándose un intercambio de golpes entre ambos, por lo que el inspector fue detenido y puesto a disposición del juez.

Fue tanto el éxito que alcanzó la primera corrida de la Asociación de la Prensa, que ha quedado su repetición periódica desde entonces. Así son las cosas, de una idea nacida al calor de una comida rociada con cañas de manzanilla, nació una tradición que se ha convertido en cita obligada a través de los años y en una de las convocatorias más destacadas del calendario taurino.



Los Santos, Jiménez y Mayo.

Los billetes de toros

Una de las más urgentes preocupaciones del aficionado a los toros ha sido el poseer un boleto para poder asistir y ver un festejo taurino. Los billetes, como otros aspectos de la Fiesta, tienen su pequeña parcela histórica dentro del planeta de los toros. Porque hay que advertir que, antes de existir los billetes para la entrada, tenían los empresarios o corporaciones, según quien organizara el festejo, un método para el acceso a la plaza que hoy nos parece, al menos, curioso y digno de ser conocido. El sistema que se empleaba era el siguiente:

Se colocaban en las puertas de paso al edificio de la plaza unos cobradores provistos de talegos y el público tenía que pagar en mano a los agentes de la empresa que estaban apostados en la plaza para dicho fin, sin que mediase ningún tipo de recibo. En la fachada próxima a cada puerta se fijaba una nota anunciando el tendido, precio de la entrada por aquella boca y lugar de la misma, que en un origen solo eran la de Sol y la de Sombra. Años más tarde, las quejas de los espectadores abonados de sombra, que en muchos festejos, y por diferentes motivos, pero generalmente por comenzar antes las corridas en las que se lidiaban ocho toros, o más, y viendo que las localidades por las que se abonaba más dinero, la de Sombra, a veces no correspondía con lo anunciado, fue motivo para introducir «en el mercado» la tercera y novedosa entrada; la de Sol y Sombra (anunciándose como Medio Sol) y únicamente los palcos gozaban del privilegio del billete.

Las entradas eran generales y sin numerar. Los espectadores se podían colocar en cualquier asiento, teniendo en cuenta siempre

uno de los tres tipos de localidad donde habían elegido ubicarse, lógicamente la de entrada de Sol era la más concurrida por ser más barata. La entrada a la plaza no se agotaba la mitad de las veces; pero aunque se llenara, contando con su elasticidad inagotable, con cerrar las puertas, asunto concluido.

Para conocer cuándo se utilizaron los primeros billetes en una corrida de toros nos tenemos que remontar a los tiempos del rey *Intruso* José Bonaparte; concretamente al día 24 de junio de 1810, fecha señalada por la Junta Municipal de Madrid, que acordó que para este día se celebrasen fiestas de toros en la plaza de extramuros de la Puerta de Alcalá, y que la entrada para la fiesta de los toros fuese por medio de billetes en iguales términos que se utilizan para los teatros de comedias. Lo hizo el impresor Clemente García en total de 10.040, los cobró a treinta reales el ciento y se podían adquirir en los puntos siguientes: en la Puerta del Sol, en las Casas del Pósito y en la Casa Administración de la misma plaza.



Dos ejemplos de los primeros billetes, con distinción de tendidos en la Plaza: Sol y sombra, 1850.

Dichos billetes, cuyo tamaño era de cinco centímetros de ancho por cuatro de alto no podían ser más primitivos; consistían en un pedazo de cartón o naípe al que se pegaba un papel manuscrito, que al dorso tenía para contrasena, una, dos y aun hasta diez marcas impresas en forma de flores, estrellas, lises u otra figurita tipográfica, según las veces que había servido, porque el espectador depositaba la entrada en unos cajones altos, que estaban dispuestos a este propósito en las puertas de la plaza, y de esta forma la volvía a recuperar la empresa para su reutilización, y marcándolas, con una nueva contrasena o figura cada día de espectáculo. Esta costumbre, heredada de otros espectáculos, venía desde muy antiguo y con ella se siguió mucho tiempo.

Al menos hasta la década de los años 1840-1850, subsistía la costumbre de cobrar a la entrada el importe de las localidades de Sol, según se anuncia en la media corrida extraordinaria para solemnizar el glorioso pronunciamiento de la Constitución de 1837 y Libertades Patrias, que figuran en el pie del cartel de 14 de septiembre de 1840. Dice así:

«La entrada para los asientos de Palcos, Gradas cubiertas y Tendidos a la Sombra, se verificará por medio de billetes que se venderá al público dos días antes de la función. En los tendidos al Sol se verificará pagando en las puertas».

El resto de los billetes se extendían a mano y rubricaba el administrador de la plaza. Únicamente llevaban impresa una orla y el letrero «Plaza de Toros» y tipo de localidad. La clase de función, número de tendido o palco y ubicación, la fecha y el precio había que escribirlo a mano.

En el año 1845 crecieron en tamaño y en ornamentación; en uno de ellos aparece un picador citando a un toro y varios toreros alrededor. Este billete tenía un fondo azul y estaba impreso en tinta negra, pero los billetes aún no eran numerados.

Este último requerimiento de numerar los asientos ya lo recoge en su «Tauromaquia»¹⁰ Francisco Montes «Paquiro», que en una parte importante de la obra se ocupa de impulsar, reglamentar y

¹⁰ Montes, Francisco: *Tauromaquia completa o arte de torear en la plaza*. Madrid, Imp. José María Repullés, 1836. 6 h.; 282 p. 8.º.

modernizar la Fiesta. El capítulo correspondiente a la Reforma del espectáculo, apunta:

«En cuanto a la disposición interior de la plaza, solo tengo que decir que sería sumamente bueno para el público que todos los asientos se numerasen, y cada cual se colocara en el que trajera anotado su billete; de este modo se evitaría la extraordinaria concurrencia que se advierte en algunos puntos de la plaza, mientras otros están enteramente vacíos, y además las rencillas e incomodidades que la multitud y estrechez traen consigo; también esta medida precavería en mucha parte los hundimientos y alborotos que la demasiada gente en un determinado sitio ocasiona con bastante frecuencia».

Ya doblado el siglo xix, el empresario de Madrid, Justo Hernández, sustituyó los billetes de cartón por otros sencillos y numeró los asientos¹¹. Se utilizaban en las localidades numeradas dos billetes para cada espectador; uno que servía para penetrar a la plaza y otro para ocupar la localidad numerada respectiva. Esta nueva fórmula se implantó con el fin de librarse de la mucha gente que se colaba en el tumulto que se formaba, al querer el público acceder los primeros, con el propósito de colocarse en las mejores localidades y, además, acomodar a cada uno en su asiento, evitando de esta forma el caos en los tendidos, que generalmente se formaba y que en muchas ocasiones desembocaba en altercados, riñas y peleas, al pretender instalarse en el mejor sitio.

Con el correr de los tiempos se introdujeron los talonarios, y años atrás se cuidaba con esmero la confección de las entradas, muchas de ellas piezas de coleccionistas, bien por su efemérides, por su variedad o por su composición, donde existen relativos

¹¹ Hay un antecedente en la plaza de toros del Puerto de Santa María, aunque no tomó carta de naturaleza. El día 1 de junio de 1830 se anuncia que: «*Se advierte que la entrada a la plaza será por boletines personales, despachándose en sitios acostumbrados; y los días de la función se venderán además enfrente de la plaza de toros desde las seis de la mañana; y que para mayor comodidad del público, se darán a la par que los boletines de entrada, la contraseña del asiento que haya de ocupar, estando abiertas todas las puertas de la plaza, consiguiéndose con uno y otro el mejor servicio de los concurrentes*». Aurelio Martínez Bernal (P. P. T.). *Memorias de un Tiempo Viejo*, pág. 145. Madrid, U.B.T. 1996.



Billete del año 1840.



Billete realizado por Joaquín Sorolla para la Plaza de Toros de Madrid en 1898.



Antes del año 1840, fecha en que aproximadamente puede fijarse el comienzo de la historia del billete, la recaudación para las localidades generales se hacía a la entrada de las mismas, sin que el espectador recibiera documento alguno que acreditara su derecho a ocupar sitio determinado.

Billete del año 1883.

primores tipográficos al máximo grado de perfección: retratos de toreros —sobre todo en las funciones de despedida—, alegorías, símbolos y escenas de la Fiesta. También se han empleado como entradas para presenciar los festejos taurinos monedas, medallas en cobre, bien para inauguraciones de plazas o para homenajes de toreros célebres. En la colección del conde de Colombí existían varias de éstas; una de la plaza de toros de San Sebastián, de agosto de 1883, con la efigie de «Lagartijo» y «Fracuelo», otra de la inauguración de la plaza de toros de Málaga y una tercera de la plaza de toros de Palencia de las corridas celebradas los días 2 y 3 de septiembre de 1884 con la efigie de «Fracuelo» y «Gallito».

Las prohibiciones papales

Muchos fueron los caminos recorridos hasta que las fiestas de los toros adquieren el carácter de espectáculo fijo, con lidiadores profesionales que, a lo largo de más de diez siglos, ha sido la diversión favorita de nuestros pueblos, porque en España las corridas de toros nacieron, se extendieron y propagaron.

En algunas épocas las fiestas de toros pasaron por momentos difíciles, y varias fueron las campañas abolicionistas que siempre, con un resultado desastroso, han venido sucediéndose, pues desde los inicios han existido, y en la actualidad existen, fervientes defensores del toreo, por entender que es una de las diversiones más viriles, y también los hubo, y los hay, poderosos enemigos encarnizados en suprimir las fiestas de toros por considerarlas barbarie. El filósofo Fernando Savater nos brinda su aportación a esta cuestión: «En este sentido, que sigue siendo usual, los toros pueden resultar costumbre bárbara para los criados en otras culturas, sean extranjeras o sean de una modernidad que no se reconoce en festejos de corte demasiado popular o idiosincrásico».

En lo que concierne a las relaciones entre la Santa Sede y la fiesta brava española, una síntesis de ellas es así. El Papa Pío V, que gobernó la Iglesia en la segunda mitad del siglo xvi, tan celoso promotor de las verdaderas reformas de la cristiandad, creyó deber incluir en su programa de corrección de costumbres la supresión y aun condenación de las mismas corridas de toros. Por una carta del Nuncio de España, monseñor Castagna al Cardenal Alejandrino, desde Madrid, a 17 de junio de 1567, se ve que ya comenzaba a tratar de desterrar las corridas de toros: «Hablando,

como por mi cuenta (dice en italiano el Nuncio), en buena ocasión con S. M. [Felipe II] traté de persuadirle que quitara las corridas de toros (...); y S. M. dice que no cree poderlas quitar nunca de España sin grandísimo disturbio...”¹².

Así quedaron las cosas, pero el Papa Pío V haciendo caso omiso al requerimiento de Felipe II, el 1 de noviembre de 1567, publicó la Bula *De Salutis Gregis*, prohibiendo, bajo graves penas, correr toros sueltos. Tildaba de que las fiestas de toros eran espectáculos cruentos, más de demonios que de hombres; privaba de sepultura eclesiástica a los que muriesen lidiando toros; conminaba con excomunión a los que vistiendo hábito o sotanas asistiesen al espectáculo, a los caballeros de Órdenes militares, legos y si autorizaban estas fiestas, también, a los príncipes; anulaba todas las obligaciones, juramentos y votos de correr toros, hechos en honor de los santos o determinadas solemnidades y, por último, las suprimió en todo el reino.

No puede fácilmente imaginarse el revuelo que levantó en España la bula prohibitiva de las corridas de toros. El mismo Nuncio Castagna escribía: «En esta corte los hay entre los principales que se duelen de la bula; pero la provisión es tan santa, que al fin prevalecerá el bien, máxime que ahora hay otras cosas en que pensar más que en los toros».

El propio Felipe II, paladín de la Contrarreforma y de la autoridad de la Iglesia, no quiso refrendar el acuerdo; sin embargo, para no contrariar el soberano las decisiones de la Bula pontificia, dispuso —con buen criterio— que hasta obtener la abolición de ella se corrieran vacas en vez de toros que era lo que el Papa había prohibido.

¿Se publicó oficialmente la bula en España? Parece ser que no. En realidad, los Obispos no publicaron la bula antitorera, porque se les dio a entender que el rey recurriría al Papa, por tanto no se notificó oficialmente en España y, por esta razón, no tuvo valor jurídico ante los eclesiásticos. Lo cierto es que el conflicto quedó pendiente, pues Felipe II anunció, como era frecuente entonces ante las decisiones pontificias, inmediatas gestiones con Roma.

¹² *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*, publicada por Serrano, O.S.B., tomo II. Madrid, 1914, página 137.



Bula *De Salutis Gregis Dominici*, publicada por S. S. Pío V en 1567.

Sabemos que Felipe II recurrió a Pío V para la revocación o mitigación de la bula prohibitiva de las corridas. En 23 de julio de 1570 ordenó a su embajador en Roma, el duque de Sessa, que se lo pidiera al Pontífice; pero no era éste fácil en mudar una resolución, después que la había tomado.



Los Santos Óleos, anónimo popular del siglo xix.

El Papa Pío V, falleció en 1572, y su sucesor Gregorio XIII fue quien admitió del rey y mitigó la bula quitando las censuras, por lo que tocaba a los legos y a los que eran de las Órdenes militares, y aún esto con dos condiciones: la primera, que no se corrieran los toros en día de fiesta; la otra que se proveyera, en cuanto fuera posible, se procurara con toda diligencia evitar desgracias. Dejando únicamente las que afectaban a la excomunión de los clérigos que presenciaran corridas de toros. La bula comienza: *Exponis nobis*, y lleva la fecha de 25 de agosto de 1575.

Pero como algunos catedráticos de la Universidad de Salamanca, no solamente asistían a las corridas de toros, sino que enseñaban a los clérigos de orden sagrado¹³, y por hallarse presentes en ellas no incurrían en algún pecado, más lícitamente podían estar presentes, la santidad del Papa Sixto V (recién nombrado Sumo Pontífice, por fallecimiento de Gregorio XIII), a petición del obispo de Salamanca, dio a éste poder y autoridad para proceder contra tales costumbres, firmando el 14 de abril de 1586, el breve *Nuper siquidem*. No surtió efecto. Antes al contrario, creció el escándalo, pues los clérigos asistían disfrazados de mil maneras.

La confusión reinaba, y Felipe II creyó conveniente acudir otra vez al Vaticano. Esta vez Su Santidad Clemente VIII, quien tenía el pontificado, fundándose en que las fiestas de toros eran «costumbre muy antigua en que los militares, tanto de caballería como de a pie, luchando así, se hacen más aptos para la guerra; ya también porque parece estar en la sangre de los españoles esta clase de espectáculos...», levanta las anteriores excomuniones, anatemas y otras penas, excepto a los frailes mendicantes. Manda el Pontífice que no se celebren las corridas en día de fiesta, y que se provea para que no haya muerte alguna. El documento pontificio es de 13 de enero de 1596, y comienza: *Suscepti muneris*.

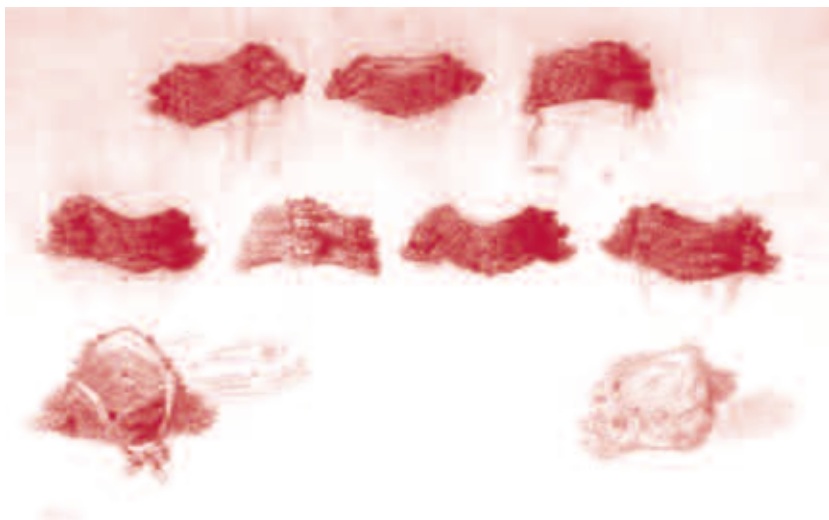
Ni que decir tiene que la bula fue acogida en España con regocijo y produjeron más afecto, simpatías y adhesiones al monarca.

¹³ En la Universidad de Salamanca nació la costumbre de celebrar los curas con corridas de toros su primera misa, y de donde Pedro Calderón de la Barca, en la comedia *No hay burla con el amor*, llama a quien se estrena en la lidia *toricantano*, como se dice misacantano al que por primera vez lo celebra.

Esta orden de no poder dar corridas los domingos no se derogó hasta mediados del siglo XIX (incluso los carpinteros y obreros que montaban los palenques en los cosos de las plazas públicas no podían trabajar en domingo).

¿Qué motivos alegaban los Sumos Pontífices contra los toros? Eran los humanitarios, es decir, los peligros del cuerpo y alma a que se exponían los lidiadores y los espectadores, según se desprende de la comunicación del Nuncio Castagna a los Arzobispos el 23 de enero de 1568, declarando que la causa de haber suprimido el Papa Pío V las corridas de toros eran los abusos y muertes que en la misma ocurrían, percepción diferente que apoyan ciertos abolicionistas de las corridas de toros, a quienes parece interesar más proteger a los animales que a las vidas humanas.

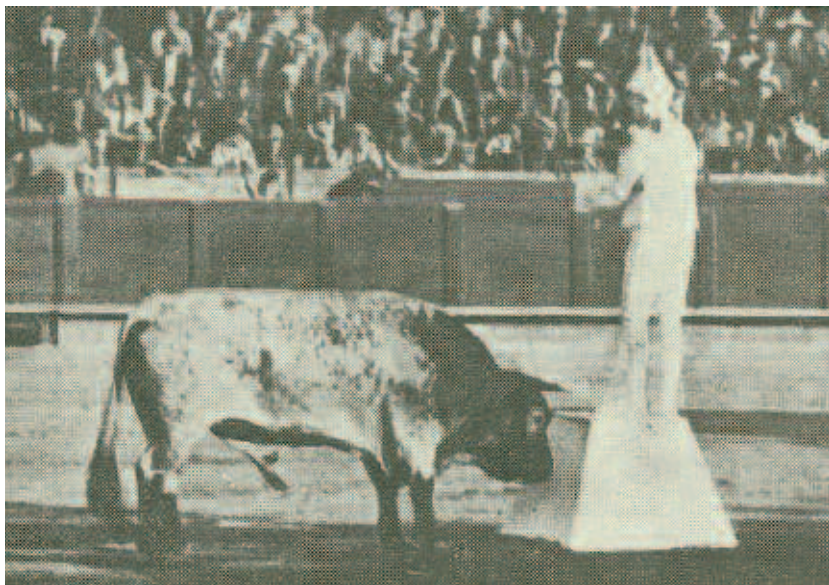
Y es que nunca, ni nadie, han podido privarnos de celebrar festejos taurinos en todas sus variantes, porque «lo llevamos en la sangre» y no entendemos una fiesta en honor a nuestros santos, vírgenes y patronos sin corridas de toros.



Don Tancredo

Antes de expirar el siglo XIX, apareció en la escena taurina un nuevo espectáculo llamado: «Don Tancredo el rey del valor, sugestionador de toros», y como tal se anunciaba en la plaza de toros.

Este acto de sugestionar consistía en colocarse en el centro del redondel de pie sobre un pedestal de madera, hueco en su interior, de unos cincuenta centímetros de altura, vistiendo un traje blanco imitando a una estatua, y en tal postura, y con los brazos cruzados, daban orden de soltar al toro dispuesto y esperar inmóvil la salida de la res. Ni un solo peón debía estar en el redondel ni en punto alguno del callejón que pueda torcer la inclinación o viaje que tome el toro una vez fuera del chiquero, lo que contribuía al mayor efecto en los espectadores, y más cuando la res se dirigía con rapidez hacia la fingida estatua. Después del experimento y para demostrar al público que era un toro bravo, la res se toreaba en lidia ordinaria. Tancredo López Martín había nacido en el barrio del Grao, en Valencia, el día 29 de junio de 1862. Su primer oficio fue el de zapatero y después, por circunstancias, el de albañil. Cansado de poner ladrillos, quiso probar suerte en el arte de torear, quedándose en banderillero sin ningún renombre. Se dio a conocer ante el público de Valencia en una plaza llamada Vaquería, construida en las inmediaciones de la capital, donde se lidiaban vaquillas, y allí se puso de relieve que tenía valentía y serenidad suficiente para la difícil profesión de lidiar reses bravas. Comprendiendo Tancredo López que en



Don Tancredo, ejecutando su arriesgada suerte.

España no lograría con los toros un porvenir como se figurase en un principio, se embarcó para América, con objeto de probar fortuna y ver si en aquellas tierras alcanzaba el logro de sus aspiraciones. Estando en La Habana (Cuba) en 1898, donde toreó algunas corridas de toros con «El Boticario» y «Torerito», vio por primera vez a un torero mexicano llamado José María Vázquez «Orizabeño» —su verdadero creador— hacer esta suerte, conocida allí como la «suerte del cajón». Desde aquel momento pensó que también él podía realizarlo, y no le hizo desistir de ello el fin desastroso de «Orizabeño», que practicando el experimento, uno de los toros le sacó del pedestal y le infirió tres gravísimas heridas que le ocasionaron la muerte.

Don Tancredo hizo su primer ensayo en la plaza de Valencia el día 19 de noviembre de 1899 con un toro de la ganadería de Flores, con éxito satisfactorio. Desde aquella fecha y por la repercusión de su éxito fue contratado en las principales plazas de toros de España, entre las que hay que destacar las de Zaragoza, Logroño, Sevilla, Málaga y Barcelona.

En la plaza de toros de Madrid se presentó el día 30 de diciembre de 1899. En el cartel anunciador rezaba que:

«Don Tancredo López considerado por su temeridad y arrojo El Rey del Valor, el cual lo ejecutará en la forma siguiente:

Antes de abrir la puerta de los toriles se colocará en el centro del redondel, sobre un pedestal de medio metro de altura, Don



Don Tancredo López en la suerte que le hizo famoso.



La suerte del cajón. Al reclamo del éxito, surgieron personajes que le imitaron.

Tancredo, vestido imitando la estatua de «Pepe-Hillo», y, previo aviso del sugestionador, se soltará al toro, inmóvil en su sitio, esperando las acometidas de la fiera sin temor, permaneciendo Don Tancredo ni recelo de que ésta llegue a él. Terminada esta prueba, será lidiado por la cuadrilla correspondiente. Don Tancredo López ruega al público guarde el mayor silencio durante la suerte.

El nuevo experimento lo ejecutó al toro *Espantavivos*, de la ganadería de Jacinto Trespalacios. En medio de un silencio sepulcral, pues el público hasta contenía el aliento, sobrecogido, como si presintiese algo trágico o terrible, Don Tancredo totalmente vestido de blanco, se situó en medio de la plaza, se subió a un pedestal por él mismo construido, y que no era otra cosa que un cubo de madera pintado y escayolado, e impasible, resistió con absoluta inmovilidad la aproximación del toro que lo olfateó de abajo arriba, como para cerciorarse de lo que tiene a la vista. Aunque fue presenciado por escaso público el éxito alcanzado por parte de Don Tancredo fue apoteósico. Aquella noche no se habló de otra cosa en cafés y tertulias que del experimento del «rey del valor», provocando acaloradas discusiones.

La celebridad de este nuevo «rey del valor» fue extraordinaria, y tanta expectación levantó, que en todos los círculos se hablaba de su valor y serenidad sin límites. Las empresas se lo rifaban ante el tirón que tenía el espectáculo, llenando la plaza cada vez que se anunciaba.

Para el día 1 de enero de 1901 se verificó en la plaza de toros de Madrid una corrida extraordinaria con motivo de la inauguración del siglo xx. Se anunció que en el cuarto toro, hará el experimento el célebre sugestionador de toros Don Tancredo López. El toro tenía cinco años y era de la ganadería de Miura y terminada la prueba se lidió el toro por la cuadrilla correspondiente.

La primera cogida la tuvo en Sevilla donde le gastaron una broma pesada. Al toro con el que tenía que hacer la suerte estuvieron toreándolo en los corrales con una sábana blanca. «Y cuando divisaba una cosa blanca —decía Don Tancredo—, aunque fuera una pared se partía la cabeza a *cornás*». Afortunadamente voló por los aires, pero resultó solamente contusionado.

De su valor se hacían los más variados y pintorescos comentarios, obteniendo una popularidad sin parangón; su nombre se utilizó,

sin que él cobrase un céntimo, como marca comercial de diversos productos. Tan famoso y popular fue, que hasta en los escenarios se cantaba este cuplé.

*Don Tancredo Don Tancredo
en su vida tuvo miedo
¡Don Tancredo es un barbián!
¡Hay que ver a Don Tancredo!
¡Subido en un pedestal!*

Al reclamo del éxito y de su fama surgieron varios personajes que le imitaron, siendo prohibido en 1908 por el ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva. Pasados varios años se volvió a permitir, pero ya no tuvo atractivo para el público y las empresas dejaron de contratar a los ejecutores de la «suerte del cajón».

A su sombra nacieron otros tipos de innovaciones de suertes taurinas que, con más o menos fortuna, han pisado los ruedos españoles. Figuraron algunos muy curiosos como la suerte, bastante arriesgada, llamada «el hombre de hierba», que fue presentada en Valencia por el famoso «Garrufo». Este humorista taurino revestía su cuerpo de frescos y jugosos brotes de alfalfa, salpicándolo de flores campestres, y se colocaba en el centro del redondel. Salía el toro como una exhalación y daba varias vueltas sobre la arena. Cuando se cansaba paraba y miraba con extrañeza aquel verde pasto que se le brindaba, y mitad curioso y la otra mitad hambriento se lanzaba confiado a aplacar su apetito. El «hombre hierba» aguantaba mecha hasta que veía clarear el follaje, y cuando juzgaba inminente un mordisco sobre sus molas, emprendía veloz carrera, ante la expectación del toro, que «no se explicaba cómo el florido prado podía correr de esa manera».

Pero el que ha quedado en la memoria de la historia es Don Tancredo, e incluso como palabra autorizada por la Real Academia de la Lengua como vocablo. Don Tancredo López «rey del valor», fue un fenómeno popular y pionero en su tiempo, al sentar un precedente no conocido en aquella época; el de ser el primer albañil en ganar dinero, parado.

La pierna de «El Tato»

El torero Antonio Sánchez García «El Tato», nació en el castizo y torerísimo barrio de San Bernardo, de Sevilla, el 6 de febrero de 1831, barriada que junto con Triana y su elenco de toreros gitanos, que algunos tomaron los apodos de sus abuelos de ascendencia de fragua, como fueron «Curro Puya» y «Cangancho», son, estos dos, los puntos en que se ha respirado más ambiente taurino y de donde más profesionales de fama han aflorado para dar excelencia y esencia de aroma de torería sin igual. La historia taurina no hubiera sido igual, y seguramente incompleta, sin la relación de toreros nacidos en estos dos arrabales sevillanos.

El apodo de Antonio Sánchez «El Tato», que después se hizo famoso, se lo pusieron sus compañeros de juegos cuando era muy pequeño, porque tartamudeaba un poco al hablar. El defecto se corrigió; pero el mote quedó para siempre. Desde su más tierna infancia fue asiduo al matadero toreando las reses destinadas al sacrificio, adonde tantos otros practicaban el aprendizaje de la profesión de torero. Asistió a las capeas pueblerinas hasta el año 1849, que entró a formar parte de una cuadrilla formada por un tal «Alegría», que organizó una cuadrilla de pegadores portugueses que trabajó con aplauso en muchas plazas de España. Uno de los novillos embolados, con los cuales los pegadores ejecutaban la suerte, era estoqueado, «El Tato» lo ejecutaba con tanta destreza y valentía que se hizo muy popular.

Escriturada la cuadrilla para trabajar en Santiago de Compostela durante las fiestas del Santo Patrón, le vio el célebre José Redondo

«El Chiclanero», y le gustó tanto como estoqueaba, el arte y las buenas disposiciones del novillero, que no recató para elogiarlo con mucho entusiasmo. Averiguó quién era, y supo que había nacido en Sevilla y se llamaba Antonio Sánchez «El Tato».

«¡Lástima que sea de Sevilla! —dijo José—. ¡Es el único defecto que tiene!» —dando suelta a la rivalidad entre los toreros sevillanos y los gaditanos de los puertos.

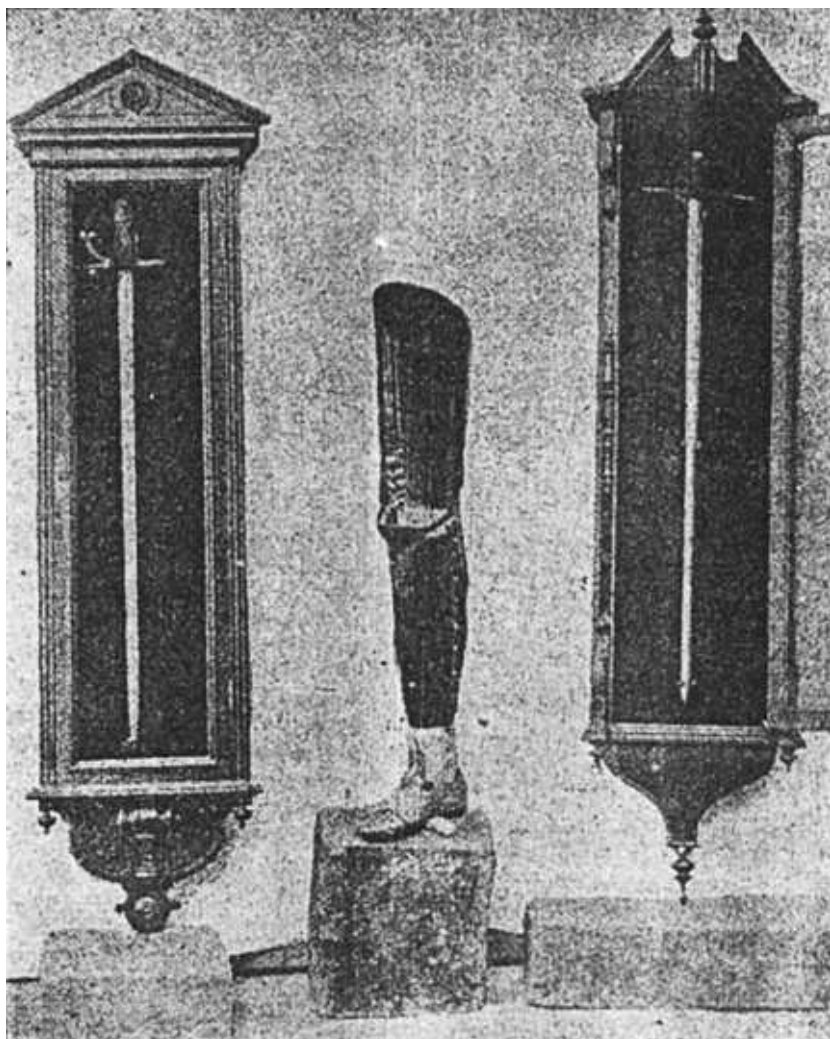
Poco tiempo duró «El Tato» en la cuadrilla de pegadores. A los veinte años, o sea el 1851, figuró en la cuadrilla del espada Juan Lucas Blanco como banderillero y puntillero y al año siguiente ingresa en la de Francisco Arjona «Cúchares», siendo tan rápidos sus progresos, que en la última corrida de aquella temporada celebrada el 31 de octubre, le cedió la muerte de uno de los toros, el que se lidiaba en cuarto lugar. Pertenece a la vacada de José Picabea y atendía por *Estornino*. «El Tato» quedó admirablemente en aquella ocasión.

En 1853 tomó la alternativa en la plaza de Madrid, fue un 30 de octubre; por encontrarse herido el espada contratado Julián Casas «Salamanquino», la Empresa puso el siguiente aviso: «No pudiendo trabajar el espada «Salamanquino» a causa de una herida que recibió el lunes último, le sustituirá Antonio Sánchez «El Tato», natural de Sevilla, nuevo en esta plaza», siendo padrino «Cúchares» y testigos de ceremonia Cayetano Sanz y Manuel Arjona. «El Tato» estoqueó el primero, que llevaba por nombre *Cocinero*, de la ganadería de Gaspar Muñoz.

Su ascenso fue vertiginoso desde que tomó la alternativa y se mantuvo a lo largo de dieciséis años, actuando en las plazas más importantes y con los espadas más destacados. Era, realmente, un gran matador de toros digno de la predilección del público, a quien, sobre todo, entusiasmaba su modo de estoquear a volapié, en lo cual no había quien pudiera comparársele.

Llegó el 7 de junio de 1869 y en él el fin de la vida taurina de «El Tato».

Para solemnizar la jura de la Constitución organizó la Diputación Provincial dos corridas de toros; una, que había de celebrarse por la mañana, y otra, por la tarde. En esta última se lidió ganado de Vicente Martínez, para «Lagartijo» y «El Tato». El cuarto toro, de nombre *Peregrino*, cogió a Antonio Sánchez «El Tato» al entrar



Estoque de «Guerrita», pierna postiza que usó «El Tato» y estoque de Montes en la Exposición de París en 1900.

a matar por tercera vez, enganchándole por la pierna derecha, en la que le infirió una herida de cuatro centímetros de longitud por tres de profundidad, que fue calificada de grave por el médico de turno, el doctor Marcelino Gómez Pamo.

Aquella misma noche se encargó de la asistencia de «El Tato» el doctor Benavides, declarando desde luego que el estado del enfermo le inspiraba tan serios temores, que, si no la vida, perdería por lo menos la pierna. Después de varias reuniones, los doctores tomaron la decisión, al observar que era imposible de todo punto atajar los progresos del morbo y se decidió la amputación de la pierna. La operación se realizó el día 14 por el doctor Benavides, con total éxito.

Narran que «El Tato» dando pruebas de una serenidad asombrosa, no quiso que se le aplicara cloroformo para hacerle la operación. Y como nunca faltan en estos casos detalles de sensación, se dijo entonces que estuvo fumando cigarrillos todo el tiempo que duró ésta. Cuando terminó, manifestó insistentes deseos de ver el miembro amputado. Siendo inútil cuantas súplicas en contrario se le hacían, se acordó mostrarle la pierna, y al verla se desmayó...



Cogida de Antonio Sánchez «El Tato» en la corrida de la tarde del 7 de junio de 1869, verificada en la plaza de Madrid. Litografía de N. González Jacome.

La pierna amputada se conservaba metida en formol en la botica Universidad Central, en la calle de Fuencarral, n.º 11, que además de farmacia, era droguería y laboratorio químico. Allí se guardaba en una vasija de cristal y esto lo sabían muchos amigos de «El Tato» y muchos aficionados. La noche del 13 de julio de 1869¹⁴, es decir, un mes después de depositarla para embalsamarla, se declaró un incendio de nefastas consecuencias y el amputado miembro quedó reducido a cenizas. Cuentan que la gente al enterarse del incendio fueron corriendo al lugar del siniestro solamente a salvar de las llamas la «reliquia» del torero, al grito de: ¡Hay que salvar la pierna de «El Tato»!

Bien patentes fueron las simpatías del diestro; vivía entonces en la calle Espoz y Mina, esquina a la carrera de San Jerónimo, y fue tanta la gente que se agolpaba a saber de su estado, que tenía que intervenir la fuerza pública para poner orden.

Cuando curó salió a dar las gracias al público en una corrida de toros celebrada a su beneficio en la plaza de toros de Madrid el 31 de octubre de aquel mismo año. Dio la vuelta al ruedo en una calesa descubierta, acompañado de sus banderilleros y, dando las gracias se retiró del redondel.

No se resignó a abandonar las faenas de la lidia, y hasta pensó en reanudarlas valiéndose de una pierna artificial. Un carretero de Logroño, después de haberle visto y asistido muchos ortopédicos, le hizo una pierna que le hacía juego en la rodilla y tobillo, construida casi toda ella de madera con la cual se pudo valer y andar. Tan satisfecho se mostraba, que aseguraba a los más íntimos que podría torear con el artefacto y lo intentaría en breve.

Efectivamente, el 14 de agosto de 1871 se presentó en la plaza de toros de Badajoz, y realizó su intento, pero con tan mal resultado, que persuadido en seguida de la inutilidad de la pierna artificial, tuvo que retirarse entre barrera, sollozando. Posteriormente lo intentó en Valencia, el 4 de septiembre del mismo año, recibe la dura lección de la realidad y se cierra para él todo el resquicio de esperanza. Ya no volvió a insistir más.

¹⁴ Periódico *La Iberia*, 14 de julio de 1869.

Tras estos reiterados intentos, «El Tato» hubo de buscar otros derroteros para su vida. Nombrado repartidor de carnes del matadero de Sevilla, cargo lucrativo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 7 de febrero de 1895, pudo rehacer su quebrantada hacienda.

Antonio Sánchez «El Tato» fue un toreo arquetipo de la popularidad, elegante, rumboso hasta el despilfarro, querido y mimado por los públicos, a los que entusiasmaba con su arte, su gracia y personal gallardía al practicar la suerte al volapié.



Partes médicos

Uno de los primeros partes médicos, si no es el primero que se conserva, es el parte de lesiones sufridas por diversos lidiadores en el transcurso de la corrida celebrada en Madrid el día 19 de mayo de 1763. En forma de oficio, el Corregidor de Madrid, don Juan Francisco de Luján y Arce, detalla al gobernador del Consejo las numerosas contusiones ocurridas. En él, aparecen los nombres de los celebres varilargueros Antonio Gamero y José Daza, este último autor del manuscrito *Precisos manejos*, y de los toreros de a pie Joseph Espinosa, Antonio Campo y Bernardo Rivera. El comunicado detalla las lesiones, localización de las heridas y la gravedad de las mismas y el nombre del cirujano que atendió a los contusos; don Joseph Alvis.

Los partes facultativos de los accidentes desgraciados de la lidia dan lugar a interpretaciones muy graciosas, porque, generalmente, en su relación se emplea un tecnicismo que el público indocto no siempre puede digerirlo. La confusión, pues, resulta muchas veces disparatada. Casos raros se han dado en las enfermerías y algunos toreros confiesan sin rubor, que les da más miedo entrar a la enfermería que enfrentarse al toro. Vamos, ¡que los toreros son más valientes ante el toro que ante los médicos! A otros muchos, y en especial a José Miguel Arroyo «Joselito», que en más de una ocasión ha confesado en público su pavor al ver una jeringuilla, y que se le cambia *la coló* de la cara, como decía el torero Antonio Reverte.

Como es notorio y demostrable, las enfermerías de las plazas de segunda, y sobre todas las de tercera y portátiles, no se dotaron

PLAZA DE TOROS.

HALLANDOSE IMPOSIBILITADO DE PODER TRABAJAR
EL PICADOR
JOAQUIN ZAPATA,
SE HACE SABER AL PÚBLICO QUE EN LA CORRIDA DE TOROS DE ESTA TARDE
PICARÁ EN SU LUGAR Y DIVISION QUE LE CORRESPONDIÁ

LUIS CORCHADO.
ASIMISMO SE HACE SABER
QUE HABIENDO QUEDADO HERIDO A RESULTAS DE LAS CORRIDAS DE BILBAO
JUAN XIMENEZ, EL MORENILLO,
MATARÁ EN LA DIVISION QUE LE PERTENECIA

JUAN LEON.
Madrid 30 de Agosto de 1819.

Nota de parte médico del 30 de agosto de 1819.

de medios de instrumental y de profesionales expertos en cirugía taurina, hasta hace dos décadas, que se dictó que en todos los festejos, sea cual fuera su categoría, tenía que haber una ambulancia móvil con todos los adelantos humanos y materiales. Pero antes de esta norma, de obligado cumplimiento por ley, hubo toreros que se adelantaron a su tiempo. Luis Miguel «Dominguín», allá por los años cincuenta contaba con cirujano propio, el doctor Tamames, para posibles asistencias en cuantas corridas toreaba el madrileño.

Más curioso fue el contrato médico-taurino que firmó Miguel Mateo «Miguelín». La prensa se hizo eco en el año 1959 de tan difícil ajuste. Dice así: «Miguelín acaba de firmar un contrato con un famoso médico cirujano, que le acompañará en todas sus actuaciones en la próxima temporada, garantizando dicho doctor que por muy grave que sea el percance que pueda sufrir este popular y joven matador, no morirá en la plaza».

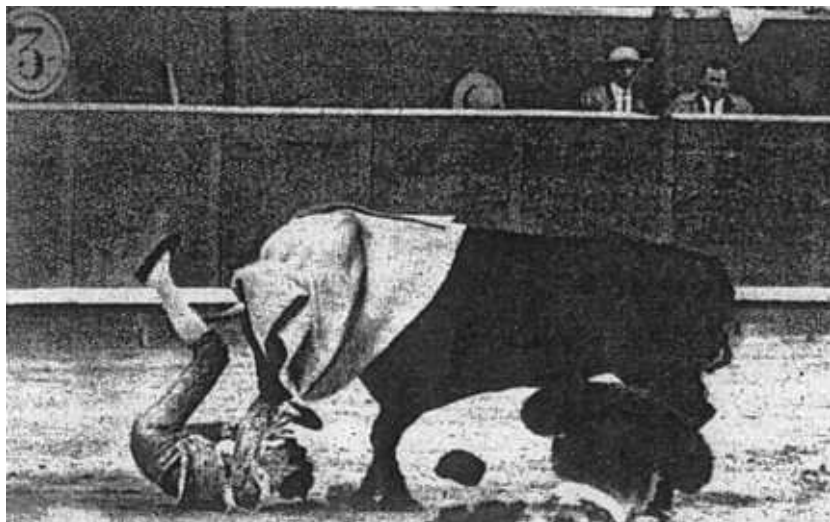
Aunque no es deseable, pero por el riesgo de la profesión es inevitable que todos los que se visten de luces, al menos alguna

vez, se han visto obligados a visitar la enfermería. Es el precio del tributo del éxito. De las situaciones ocurridas en las enfermería se podía escribir un libro de curiosidades y anécdotas:

Toreando en la plaza de toros de Vista Alegre (Carabanchel-Madrid) la tarde del 16 de junio de 1948, el novillero Francisco Carrasco «Gitanillo de Huelva», después de un revolcón sin consecuencias que le propinó un novillo de Frías y viendo en el totero una actitud dudosa sobre su estado, el presidente con buen criterio mandó que pasara a la enfermería. El parte médico fue el siguiente: «Francisco Carrasco “Gitanillo de Huelva” no puede continuar la lidia por intoxicación etílica». El entonces novillero Gumer Galván, al que acompañaba en el cartel, se hizo cargo de la lidia cortando las dos orejas del astado.

El picador Juan Fuentes «Menor», en un lance de varas, salió volteado. Le sacaron entre barreras, y como su amigo Francisco Gaztambide le creyó herido gravemente, bajó a ver al picador, que yacía ensangrentado y sin sentido entre un grupo de monosabios. Gaztambide, palpando y sacudiendo a Fuentes le preguntó:

—Pero, ¿dónde ha sido?



Después de esta cogida de «Gitanillo de Huelva», el presidente ordenó la retirada del diestro. Revista *El Ruedo* del 10 de junio de 1948.

El picador abrió los ojos, reconoció a su amigo y con el rostro desencajado y voz compungida, le contestó:

—Don Francisco... *¡en generá!*

El destacado picador Andrés Castaño «Cigarrón», de la cuadrilla de Ricardo Torres «Bombita», resultó gravemente lesionado el día 15 de agosto de 1901, cuando picando el toro *Naranjito*, de la ganadería del marqués de Saltillo, en la plaza de toros de San Sebastián, le dio éste una enorme caída echándole el caballo encima, falleciendo el siguiente día 17.

Leyendo la noticia en un periódico un torero de marcada pronunciación andaluza, se hallaba escuchando la lectura el también picador Rafael Alonso «El Chato» —un ser muy gracioso y burlón, que presumía de ser el hombre más feo del mundo— quien al oír que la muerte de su compañero la produjo un colapso, entendiendo que lo que decía el lector era *un colazo*, y no pudo por menos que hacer esta dolorosa reflexión:

—¡*Marditos* toros! ¡Hasta con la cola matan!

El diestro Matías Lara «Larita» fue volteado y herido por un toro. Entre cuatro lo trasladaron a la enfermería, suponiendo que la lesión era de gravedad.

Entre la barrera número uno estaban tres o cuatro íntimos del herido, los cuales llamaron a un monosabio, y dándole una propina le encargaron que fuera a averiguar la importancia de la herida.

Fue el hombre a cumplir el encargo, y penetró en la enfermería al mismo tiempo que exclamaba el médico: es un ligero puntazo cerca del esófago.

El monosabio volvió a salir satisfecho con el dictamen facultativo, y se dirigió a donde estaban los amigos del herido.

—¿Qué hay?... —preguntó con emoción uno de ellos.

—¡Total *na!* —contestó el mozo—. Una *corná* en el *sarcósforo*.

Y que, entonces, entre la gente de coleta se dieran tales interpretaciones a los informes facultativos tenía fácil explicación, dado el grado de cultura de la mayor parte de ellos, pero también se han registrado entre los que se tenían por instruidos.

Como es sabido, el banderillero Mariano Canet «Lluiso» fue la primera víctima que se registró en la desaparecida plaza de toros de la carretera de Aragón, en Madrid, porque al poner un par al

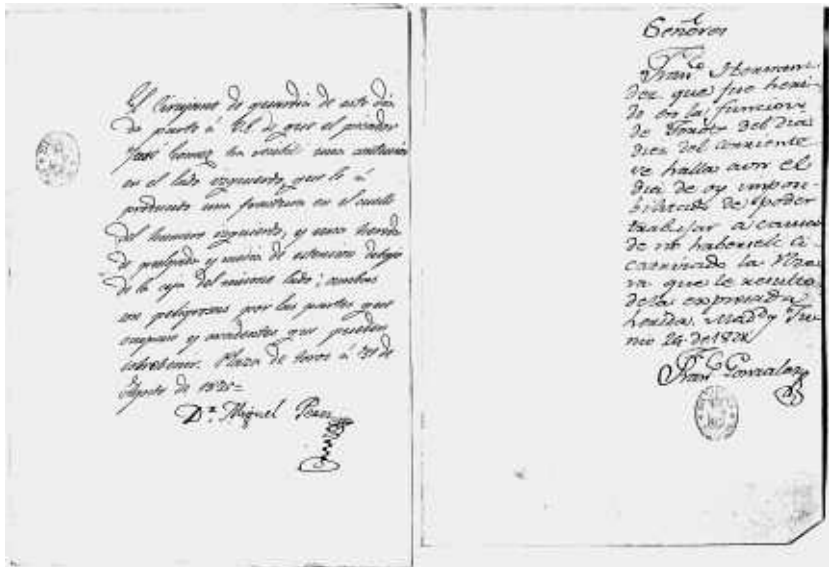
toro *Chocero*, de Miura, cayó a tierra y el toro le empitonó, cortándole la yugular.

Al día siguiente de la desgracia un periódico consignó que el infortunado diestro había recibido una herida en la «articular del pescuezo».

Pero también ha habido profesionales del desconocimiento del tecnicismo.

A principios del siglo pasado recorría las plazas de Andalucía y Levante un muchacho decidido y valiente, de nombre Manuel Amat, apodado «Pescadero Chico». Era su especialidad la de banderillar con cortas, y esto, y el no desmereciendo en los demás tercios de la lidia, le dieron cierta popularidad, y es posible que hubiera logrado destacarse si una enfermedad no hubiera cortado su vida en plena juventud.

El malogrado muchacho, toreando en Cartagena (Murcia), fue alcanzado por un corpulento toro cunero, que le dio un puntazo en el cuello, destrozándole el hueso hioides, y con el diagnóstico pasó al hospital.



Ejemplo de dos partes médicos redactados por los doctores.

El facultativo de guardia, hombre viejo, chapado a la antigua y poco fuerte, seguramente, en principios anatómicos, con el parte entre las manos, se rascaba frecuentemente la cabeza, esfuerzo supremo al que se suele recurrir ante una duda, porque la región hioidea, en que estaba localizada la herida del «Pescadero Chico», no le cabía en su inteligencia.

Un periodista local, acompañado del presidente de la corrida, se presentó en el hospital para informarse del estado del herido, y como conocía la luminosidad científica del bondadoso médico, hubo de preguntarle:

—¿Dónde tiene la herida?

—No sé —replicó el galeno—. Estos mediquillos de hoy se traen cada truco que no hay quien los entienda, pero me parece que eso cae por el «pico del anca».

Como vemos, los partes facultativos de las enfermerías, por razones históricas y curiosas, forman parte de la historia del toreo, y también de las anécdotas, por las interpretaciones tan regocijantes que se han dado.



El origen del toreo cómico: «Las mojigangas»

La mojiganga¹⁵, desterrada y desaparecida de los ruedos, era una comparsa o representación pantomímica bufa y ridícula que se hacía como entremés o remate en las novilladas. Se adornaba el ruedo con motivos del tema que se escenificaba y terminaba con la salida de un novillo, generalmente embolado, que solía poner en dispersión la cuadrilla que la representaba. No se puede considerar como fiesta de toros, y únicamente podían ser tenidas por tales aquellas en las que los lidiadores picaban en burros, ponían banderillas en cestos y daban muerte al toro con estoque. Este tipo de espectáculos tuvo su mayor apogeo en el siglo XIX, y en su variación e ingenio estaba la fórmula del éxito.

Las mojigangas tuvieron su origen en una costumbre antigua —aproximadamente del siglo XI— que consistía en soltar a la plaza de los pueblos un cerdo dentro del coso, en que de antemano se hallaban dos o más personas con los ojos vendados y armados de palos y caminando a ciegas; cuando se topaba con cualquiera de ellos y llegaba a pegarle, se le adjudicaba en premio. Como variante existió otra modalidad y era la que había que coger al cerdo untado con grasa, que por lo escurridizo de su piel se hacía

¹⁵ Mojiganga, la forma más antigua es *boxiganga*: designaba primitivamente un personaje caracterizado por unas vejigas sujetas en la punta de un palo, vestido pintorescamente con cascabeles, personaje que era típico en las *boxigangas*; su nombre es probablemente derivado de *boxiga*, variante fonética de vejiga, y en otros muchos se le da el nombre de *el de las tres vejigas*, *botarga*, *zabarrón* y *moharracho*.

bastante difícil el sujetarlo. Ya en el siglo XVIII y copiando el modelo, se hacía una cosa parecida con una vaquilla, que además de llevar una campanilla en el cuello, la ponían una bolsa en el testuz con cierta cantidad de dinero. Los golpes y revolcones que sufrían los que se disputaban el premio y los encontronazos de unos con otros, por llevar los ojos vendados, provocaban las risas y las burlas de los que presenciaban el espectáculo.

En las corridas ordinarias donde se daban toros con lidiadores profesionales (aunque rara vez se practicaba), se hacían suertes que divertían, constituyendo el intermedio cómico; como la suerte ejecutada por un peón llevando un cántaro lleno de ceniza o de harina lo rompía sobre el testuz del toro en el momento de la acometida, lo que producía la hilaridad del público, viendo al bicho tirar derrote sobre derrote a la ceniza que le caía de la cabeza, u hostigarle con un trapo de colores desde un hoyo angosto practicado en el suelo, desde donde citaba al toro, quien la emprendía a cornadas con la arena, siempre excitado por aquel bulito que desde el hoyo se movía. También como entretenimiento aparecían «dominguillos»¹⁶, muñecos vestidos, en forma humana, con contrapeso en la base, al que el toro embestía y vuelve a la posición vertical aunque se le mueva, lo que se conoce como tentetieso. El balanceo que provocaba al embestir a los muñecos enfurecía, aún más, al toro, que a cornadas y topetazos, sin parar, intentaba derribarlos como si de un juego de bolos se tratase o se le presentaban al toro *peleles*, que son figuras con la cabeza de cartón y el cuerpo de paja y mientras se ceba el toro con el muñeco, tienen tiempo de ponerse a salvo los hombres.

Con el tiempo y el ingenio las mojigangas se parecían más a una representación teatral que a un espectáculo taurino, aunque fuese menor, y gran parte del público las prefería a las funciones de toros. Los empresarios no escatimaban medios para darles atractivo.

Algunas mojigangas eran muy demandadas y varias eran las veces que se repetían en la temporada, entre otros, los títulos de: *Los contrabandistas de Sierra Morena*, que se estrenó en 1841,

¹⁶ Dominguillos, tiene su origen en que éste fue el nombre de un truhán en la Corte del rey Alfonso El Noble.

pantomima de mucha actualidad entonces, pues a la conclusión de la primera Guerra Carlista, tomaron incremento aquellas famosas partidas de bandoleros y contrabandistas que fueron el terror de las gentes y la pesadilla de los Gobiernos. Sus hazañas, comentadas y exageradas por la gente, les hicieron héroes de novela y se cantaban en jácaras de ciego. Para su ejecución y lucimiento se colocaba en el ruedo una venta o barraca, como guarida de los bandoleros y el resto de la plaza de adornaba con ramajes imitando un bosque. En un momento de la pantomima eran descubiertos los bandoleros por los guardias que les venían persiguiendo, trabándose un combate y, detenidos, les quitaban el botín. En este estado se soltaba un novillo embolado que ponía a todos en dispersión y se le picaba en burros.

Ninguno se repitió tanto como el de *La pata de la cabra (en los Cíclopes de Vulcano)*, que resultaba tema obligado como entremés en las fiestas de novillos, y durante muchos años se representó. Otras muy del gusto de la concurrencia fueron: *El Sultán y las odeliscas* y *El Doctor y el enfermo*.

Pero hubo una excepcional, que se dio en una sola ocasión, la titulada *Tutuli-mundi*.

Para el día 10 de febrero de 1822, se anuncia en la plaza de toros de Madrid una mojiganga en la que intervendrá el ciego Pedro de la Cuesta, que con tanto aplauso enseña en las calles el *Tutuli-mundi*, y lo hará ante un novillo embolado, «el cual saldrá con éste y su lazarillo y se colocará en medio de la plaza figurando con sus dichos tambor y demás que acostumbra estar enseñando dicho *Tutuli-mundi*; tendrá a prevención un “bujero” en tierra para guarnecerse cuando le avise el lazarillo de la presencia del novillo; para picar se presentarán cuatro aficionados vestidos dos de viejas y dos de viejos, montados en pollinos (...) en términos que por cualquier lado que entre el novillo se encontrará con quien le pique (...)». Las crónicas cuentan que, una de las veces el ciego no acertó a meterse al agujero, saliendo volteado por el novillo, y hubo de retirarle de la plaza con grandes contusiones, que dieron con él en una cama en el Hospital del Santo Asilo. Tanto éxito tuvo la referida mojiganga, que la empresa quiso repetir a la semana siguiente tan jocosa diversión, pero no encontró a otro ciego que quisiera repetir la suerte.

Ya en los primeros años del siglo xx aparecen en la escena otro tipo de espectáculos; las llamadas «charlotadas» y «toreo cómico», que era dirigido, en un principio, al público infantil y captó por sus raras habilidades a todo género de espectadores. Y este tipo de representaciones tuvo su origen en un cúmulo de casualidades y se debió a Rafael Dutrús, más conocido como «Llapisera».

Corría el año 1914; en una becerrada benéfica que se celebraba en Valencia, un muchacho alto y delgado había de lidiar un torete. El improvisado sintió rubor al comparar su gran estatura con la pequeñez del astado enemigo, y ante él simuló los diversos lances de la lidia, aguantando impávido las acometidas del animal, burlando tan solo con un movimiento ágil del cuerpo y recortes. El público rio a mandíbula batiente la original excentricidad, y unos artistas de cinematógrafo que asistían a la becerrada felicitaron al muchacho y le animaron a repetir sus graciosas acrobacias y locas piruetas. Así apareció en la plaza el toreo cómico, y así inició sus triunfos y su popularidad aquel muchacho valenciano de Chiva que se llamó Rafael Dutrús y que hizo el famoso mote de «Llapisera». Su temperamento de humorista creativo y su invención de pases, le hicieron ídolo y protagonista del toreo bufo, que a raíz de su incursión en los ruedos salieron cientos de imitadores.



Combat de Taureaux en Espagne, Emmanuel Witz (1717-1797).



Cartel taurino, de junio de 1955, que nos presenta el espectáculo cómico-taurino *Renovación de El Bombero Torero*.



El origen del toreo cómico.

No en vano muchos de los pases y lances que hoy conocemos, como por ejemplo la *manoletina*, tiene su origen en esta disciplina, cuyo apelativo es absolutamente impropio, puesto que fundamentalmente, nada tiene que ver con «Manolete» que sí la prodigó. La recreó, eso sí, pero no la creó. Los verdaderos creadores fueron los toreros bufos «Llapisera» y «Charlot», después la practicó Victoriano de la Serna, que él mismo confesó haberla tomado de los toreros cómicos en el año 1933, aunque solo la ejecutaba como adorno y no como base de faena.

El toreo cómico tiene categoría de verdadero arte. Es poseer la estética de lo divertido y lograr arrancar una risa sin tocar nunca lo chabacano. Lo cómico es un elemento de emoción, en el fondo y en la forma, tan importante como lo dramático. Es poner la risa donde habita el grito de la angustia.



El sorteo de los toros

Desde los tiempos de «Cúchares», que pretendió que se designara el orden de lidia mediante un sistema más justo que el empleado tradicionalmente, el tema del sorteo venía llenando páginas de la prensa; si bien esta idea de «Cúchares» cae en saco roto por la imposición de los ganaderos, que por aquel entonces tenían un «peso específico» en la Fiesta y fijaban los bichos más manejables a sus toreros preferidos, que redundaría en prestigio de su vacada, y lo hacían «en uso de su perfecto derecho». Pero el debate, que no levantó mucha polvareda, quedó muerto, pero no enterrado. Más de treinta años hubo que esperar, entre enfrentamientos y disputas, para que se estableciera la norma. Concretamente hasta la temporada taurina de 1899, año que se implantó con carácter de generalidad el sorteo de los toros para la lidia.

Es conocido que hasta entonces los ganaderos enviaban las corridas ya reseñadas y el puesto que habían de guardar las reses para ser jugadas, ocupando, por lo general, el quinto lugar el toro de mejor nota y trapío, de donde vino la frase taurina «no hay quinto malo», y en honor de la verdad rara vez fue esa frase desmentida.

Los públicos esperaban la salida del quinto de la tarde con verdadera expectación y, al aparecer éste en el ruedo, era acogido con un aplauso general, pues la res solía tener lámina y peso para justificar tal demostración, y tanta era la seguridad del éxito del quinto toro, por lo menos en su presentación, que en algunos carteles anunciadores de las corridas se llegó a reseñar la res que había

de ocupar lo que pudiéramos llamar el puesto de honor, haciéndose un historial, en muchos casos incierto, de su vida hasta el momento de ser apartado para conducirlo a la plaza, además de su árbol genealógico.

En los carteles anunciadores de las corridas que se celebraban en la Andalucía baja, se llegó hasta aparecer retratado el toro, al cual se le denominaba el quinto de la fiesta, y en más de una ocasión llegaron a apostar grandes cantidades en su favor.

A finales del siglo XIX, los ganaderos reconociendo la superioridad de «Guerrita» sobre los demás lidiadores de su época, apartaron para éste los astados de mejor nota. Esta predilección por el diestro de Córdoba originó fuertes protestas de los aficionados imparciales y en algunos de los diestros de más categoría, a los cuales molestaba y perjudicaba tal preferencia.

Luis Mazzantini fue quien tomó más partido por la situación, que lo consideraba un abuso, e hizo patente su disgusto remitiendo a la prensa un comunicado que mereció el aplauso de la afición y



Apartado para el sorteo.

consiguió que la autoridad tomase carta en el asunto, provocando una reunión, en la cual se acordó el sorteo de los toros para su lidia.

La invención de Mazzantini, propuesta y defendida en el diario *El Globo* por su cronista taurino, a la vez apoderado de Luis Muzantini, que firmaba «Tío Capa», seudónimo de Federico Mínguez, se debió fraguar entre ambos cansados de soportar como Mazzantini, el más antiguo por aquellos años —retirados ya «Lagartijo» y «Frasculo»— tenía que pechar con el toro más grande y mejor armado, porque rompía plaza el toro de más representación, mientras «Guerrita», con quien compartiera tantas tardes, degustaba el seleccionado quinto, que solía ser el más destacado, reservando para en sexto lugar el más liviano, para el espada menos experimentado.

El reportaje produjo un enorme revuelo entre los aficionados, haciéndose los más sabrosos comentarios.

Tan al rojo se puso la cuestión y de tal manera se excitaron los ánimos que «Guerrita» se vio en la precisión de publicar en los diarios una extensa carta, que por espaciosa, entresacamos algunos párrafos:

«Dice también el señor Mínguez que el sorteo de los toros se impone, porque los ganaderos “poco escrupulosos envían para mí” las reses de mejor nota.»

«Yo ni pido ni evito el sorteo. Cuatro corridas llevo toreadas este año en Madrid; en las tres primeras salieron los toros en el orden designado por los ganaderos y me conformé; en la cuarta pidió Reverte el sorteo y me conformé también. En esto me limito a matar lo mejor que puedo los toros que me tocan.»

Pero el sorteo de los toros tuvo varios antecedentes.

Para el abono de Madrid en la temporada taurina de 1885, fue contratado Salvador Sánchez «Frasculo», el cual, en su contrato, hizo constar la siguiente cláusula: «Será potestativo de este matador disponer que se sortee la muerte de los toros que hayan de lidiarse en cada corrida, correspondiente a cada espada, la muerte de la res, según los números que le toque de los seis que de una urna saque cada uno de los tres matadores escriturados». Esta excepción no tuvo continuación en los siguientes contratos de «Frasculo».

El primer sorteo, «de una formalidad oficial», se efectuó en la segunda corrida de abono en la plaza de toros de Madrid, festejo que se celebró el día 12 de abril de 1891. Las reses pertenecían a Manuel Bañuelos, vecino de Colmenar Viejo.

La prensa se hace eco de la novedad no anunciada, «la de sortear los toros antes de verificarse el apartado, a ruegos del ganadero Sr. Bañuelos, a fin de evitar torcidas interpretaciones en el reparto que hubiera podido hacer de las reses».

Esta operación se practicó en la meseta de las escaleras que daban acceso a los corrales cubiertos de la antigua plaza de toros de Madrid, conocida como la de la «Carretera de Aragón», y tanta expectación levantó, que allí asistieron más de ciento treinta personas bajo la inspección de la autoridad, el teniente alcalde don Eduardo Utrilla.

Y las bolas conteniendo los nombres de los toros, se extrajeron, no del bombo dispuesto convenientemente para que pudieran ser vistos por todos, sino en la gorra de un dependiente de la plaza.

Las bolas eran demasiado crecidas para la manga de salida del referido bombo. Los toros de este «primer» sorteo atendían por los nombres de: *Repartido*, *Rumbón*, *Bordador*, *Navarro*, *Cerrajero*, *Chocolatero* y *Lagartijo*. Los espadas encargados de su lidia fueron: Luis Mazzantini, Manuel García «El Espartero», Rafael Guerra «Guerrita» y Juan Gómez de Lesaca, ajustado como el medio espada para matar el séptimo toro.

El sorteo cayó bien entre el público; menos bien entre los toreros; mal y bien entre los críticos taurinos que entablaron polémicas, y mal entre los ganaderos, que se resistían a no ser ellos quienes dispusieran el orden que sus toros habían de lidiarse.

La marquesa viuda de Saltillo dictó a su representante la siguiente condición: «Un encargado de la señora marquesa acompañará a los toros en el viaje y éste será el único que podrá designar el lugar que cada toro ha de salir a ser lidiado».

En una escritura del duque de Veragua se consigna esta cláusula: «Los seis toros se lidiarán juntos y en corrida entera, por orden que S. E. designe por sí o por persona delegada al efecto». Y así hicieron ganaderos importantes saliendo al paso del sistema del sorteo.



Las cuadrillas de «Lagartijo», «Frasquito» y Mazzantini, de Daniel Vázquez Díaz.
Museo de Arte Moderno, Madrid.

Hoy, con la misma solemnidad que hace más de cien años, se realiza el tradicional sorteo y se siguen las mismas pautas de reunirse el mayoral de la ganadería con un banderillero, en representación de cada matador, se «enlotan» los toros de la forma más compensada posible, conformes con el tipo, volumen, peso y cornamenta. Comunicado a la autoridad el acuerdo de los representantes de sus maestros, en unos papeles de fumar, como manda la tradición, se anotan los números de los toros de cada lote y se

hace una bola respectiva que se depositan en el sombrero del mayoral y se tapa con otro sombrero, y por riguroso orden de antigüedad de su maestro, introducen la mano y sacan la bolita con el lote que le ha tocado en suerte.

Con el sorteo se evitó la preferencia de los ganaderos por determinados espadas, cortando así el abuso. Después el sorteo de las reses quedó ya incluido en el artículo 36 del Reglamento de Espectáculos Taurinos. Pero, para siempre en nuestro vocabulario cotidiano nos ha quedado el aforismo taurino: «No hay quinto malo».



El encierro, La Lidia 10 de abril de 1885. Litografía de J. Palacios.

Brindis y saludos

A nadie se le escapa que la acción de dedicar expresamente el torero la labor que va a realizar con un toro tiene como nombre: el de brindis.

Lo más correcto para este acto, es que el matador armado de la espada y muleta que ha de utilizar, y que las lleva en la mano izquierda, se cuadra ante la persona o personas a quienes se dirige, se descubre y habla lo que tenga por conveniente, accionando con la otra mano, en la que lleva la montera y arroja con garbo al acabar, y así, descubierto, se dirige ante el toro. Hoy, por lo general, se hace con montera en mano. De los pocos que se han visto que siguen el ritual de la forma antigua es el maestro Luis Francisco Esplá.

Los brindis constituyen una costumbre antiquísima. Hay opiniones que la hacen remontarse a la época romana y quieren ver su antecedente en los saludos de los gladiadores que luchaban con fieras y, que el brindis de los toreros pudiera ser una imitación del saludo «Ave César...». Esta fórmula o este permiso (que ambas cosas creemos que puede significar el acto del brindis), es tan antiguo como la Fiesta misma, y así podemos precisar que se practicaba antiguamente como en los actuales tiempos.

Hasta el año 1992 estuvo vigente en los reglamentos taurinos la norma que obligaba a que el primer toro de cada matador debe dirigirse al presidente de la corrida y hacer la dedicatoria, al menos como acto protocolario y sin perjuicio de ofrendarlo después a otra persona como demostración de afecto o al público en general.

Solo hay una excepción, cuando el estoqueador sufre accidente que le impide terminar su cometido, no es de rigor el brindis en el espada sustituto, y por lo tanto no se lleva a efecto.

Una vez reformado el reglamento, los toreros desmonterados piden permiso al comienzo de la faena de muleta de su primer toro, con un saludo al presidente de la corrida. Pero como verán, los brindis no han sido ajenos a la constante evolución del toreo a través de los siglos.

En sus orígenes el brindis se hacía al finalizar la faena —una vez muerto el toro— y solamente si su actuación era del agrado del público. Entonces, el torero se dirigía a una persona relevante y le brindaba la muerte del toro y éste le tenía que corresponder arrojándole monedas. El público las contaba contemplando las veces que el matador se agachaba —porque el matador las cogía de una en una—. Si el torero no se agachaba muchas veces, se entendía que no se había mostrado espléndido el homenajeado, le tildaban de tacaño y le daban una bronca, cosa no bien vista.

A este respecto, existe un manuscrito¹⁷ —que es una relación minuciosa— de Pedro Romero, en su campaña taurina del año 1776. Dice así:

«Noticia de los toros que ha muerto Pedro Romero solo, dentro y fuera de Madrid; leguas que ha caminado y dinero que le han producido en las fiestas a él y a su padre, sin incluir los brindis ni expresiones particulares que les han hecho los señores.»

Antaño los toreros de profesión al ir a brindar la muerte al rey o reina, hincaban la rodilla en tierra, saludando humildemente.

Esta vieja costumbre desapareció en Madrid en el año 1854, por no atreverse los matadores a brindar o saludar de esta forma, ante las airadas protestas y silbidos del público, que no consintió aquel servilismo.

Muchas son las anécdotas que han protagonizado los toreros al hacer una dedicatoria. Les referimos algunas:

¹⁷ Biblioteca Nacional de España. Signatura Mss. 12977, n.º 66.

Noticia de los toros q. ha muerto Pedro Romero solo, dentro y fuera de Madrid: leguas q. ha caminado, y dinero que han producido las fieras á él, y su padre: vin incluido los bandos, ni expresará particular que los han hecho los Señores:

Año de 1776.

MS. 66.
12977

Pueblos donde han sido las fieras de fuera de Madrid	Toros.	Leguas.	P. v.
En Aranjuez...	2075..	2112..	120300
Fuera de Madrid...	2004..	2000	12400
En el mercado de...	2002..	2	2000
En el cuerno...	2002..	2012..	2800.
En Salamanca...	2026..	2128..	22400.
En Salamanca, á las fieras	2007...	2058..	25520.
En S. de...	2017...	2076..	62480.
En Zamora...	2016..	2015..	60000.
En Valladolid...	2000..	2002..	12690.
En la Pila del Puente...	2008..	2002..	12925.
En el campo de...	2006...	2016..	12320..
En Palencia...	2008..	2058..	20880.
En Valladolid...	2015...	2020..	60490.
En el campo de...	2002..	2014..	22400.
En las 10 prim. fieras en Madrid...	2080..		
Y en las 6 restantes más de los Señores...	2017..		
	2285...	2514..	922705.

BIBLIOT. NACIONAL

Relación de Pedro Romero. Campaña Taurina 1776. Biblioteca Nacional de España. Mss. 12977, n.º 66.

El famoso espada «Cúchares» toreó en una ocasión delante de Napoleón III, y se captó las simpatías de aquel soberano. El brindis que pronunció el diestro al matar al primer toro, advertido previamente el torero de cómo se decía en francés usted, con la mayor seriedad dijo:

—Brindo por *vu*, por la señora de su *vu* y por todos los *vus* de Francia.

No hace tantos años los brindis eran un pequeño discurso. Se cuidaba mucho lo que se decía.

Un novillero que fue a debutar a Murcia llevaba aprendido un bello párrafo en elogio a su ciudad y sus habitantes. Pero el cornúpeto salió difícil y cuando llegó la hora de empuñar los avíos de matar, estaba tan nervioso y preocupado que se le olvidó el brindis tan bonito que tenía aprendido. Al dirigirse al palco presidencial para brindar a las autoridades y a los espectadores, dijo lo siguiente:

—Brindo por el presidente, por Murcia y... por los murciélagos.

Cuentan como cierto, del espada Francisco Arjona «Currito», que en 1883, la tarde que se dio en la plaza de toros de Madrid la corrida en obsequio del príncipe de Alemania, Federico Guillermo, que le acompañaban los monarcas españoles don Alfonso XII y doña María Cristina; fue llamado como sus demás compañeros, «Lagartijo» y Fernando «El Gallo» a la presidencia, con objeto de que S. A. I. pudiese ver de cerca a los toreros y saludarlos.

Este, al tenerlos en su presencia, dicen que dijo:

—¡Starke mauner nud schone fest!

Que traducido quiere decir:

—¡Bravos hombres y hermosa fiesta!

«Currito» sintiéndose obligado a saludar, interpretando a su manera lo que acababa de oír, entendió que esto debía ser que le ofrecía una estancia en su palacio de Sajonia, y adelantando la mano al príncipe le dijo:

—*Grasía empeaor*; en el barrio de San Bernardo en Sevilla, tengo yo otra *pa usté* superior, que desde ahora es la suya.

La emoción generalmente domina a los toreros cuando debutan en plazas de gran nombre dando lugar a sucesos realmente cómicos.



Paseillo, acuarela Pharamond Blanchard.

En agosto de 1894 debutó en San Sebastián Emilio Torres «Bom-bita» y tan azarado se puso, que al brindar dijo:

—Buenas tardes, señor presidente. Brindo por usía y por los buenos aficionados de Bilbao...

Advertida la equivocación, soltó una carcajada, y se acabó el brindis.

Mucho se comentó el brindis que hizo un maletilla que actuaba en la improvisada plaza de Arrancudiaga (Vizcaya), localidad cercana a Durango, con ocasión de lidiarse, con motivo de las fiestas, unos toracos de impresionante arboladura, que causaban pánico solo con mirarlos. Al acercarse a brindar la muerte del primer astado el maletilla de turno bajo el balcón del Ayuntamiento, convertido en flamante palco presidencial, todo el mundo quedó extrañado ante el brindis dedicado a la primera autoridad municipal.

El supuesto matador, que era de Ibarrenguélua, y prefería ir a la cárcel mejor que matar al pavo, se destocó con mucha ceremonia y con voz bien clara, para que no hubiese lugar a dudas, se encaró con el usía:

—Bien tranquilo estás ahí, Pachi; pero, ¿sabes que de digo? Que eres un sinvergüenza y un ladrón. Y que si tienes narices, bájate aquí, mujerzuela, que el morro te voy a partir.

El alcalde conociendo las intenciones del «valeroso» diestro no respondió a los insultos y solo le indicaba que luego hablarían y que fuese al toro, cosa que repitió cada nueva retahíla de agravios del torero hacia el presidente.

El maletilla, considerando inútil su «elocuencia», se llevó los puños cerrados a las sienes y con los índices extendidos hizo, mirando al alcalde, un gesto harto significativo, el presidente ya no pudo aguantar y tras gritar desde el balcón:

—¿Tú a mí llamarme «gúey»?

Se lanzó a la improvisada arena y soltó al insolente tan fuerte directo al ojo izquierdo, que lo dejó K. O. por un buen rato, por lo que tuvo que ser retirado del ruedo mareado, acompañado por las «asistencias», que era un grupo de chavales que le llevaban a la «sillita de la reina».

Otro hábito de brindar se ejecuta, generalmente, en los banquetes, cuando se homenajea a alguno de los presentes.



Dama echando monedas al matador. (Grabado Biblioteca Berrocal).



Brindis y saludos.

«Cúchares» tenía muchos deseos de visitar París. Estaba el diestro molido de tanto escuchar elogios de la capital de Francia y antes de abandonar suelo francés, algunos admiradores del diestro acordaron darle una comida homenaje en su honor, donde se reunieron unos cien comensales, casi todos ellos franceses.

Llegó el momento de los brindis. Obligado «Cúchares» a decir algunas palabras —a pesar de sus negativas— y ante la insistencia de sus admiradores, no tuvo más remedio que levantarse, y cogiendo una copa, dijo:

—¡Bueno!... Pues vaya por la *salú* de *tóos* los extranjeros...

Y se dejó caer sobre la silla, sin comprender que se había brindado a sí mismo.



Las andanzas del toro *Churro*

A lo largo de la historia muchos toros han conseguido fama por muy distintas razones; la primera por su condición de «bravo» en la plaza; otros, por circunstancias como son las desgracias ocasionadas durante su lidia o en la dehesa; y otros, por particularidades varias. Con acierto afirma el destacado periodista taurino Luis Nieto Manjón, que: «toros extraordinarios, que han pasado a la historia, se han jugado en contadas ocasiones, pero la “leyenda” y por diferentes razones los hicieron famosos y fueron tratados así».

En el primer capítulo, que debe ser el de méritos, aparece como referencia el toro *Jaquetón*, de la ganadería de Agustín Solís, por su bravura demostrada el 24 de abril de 1887 en la plaza de toros de Madrid. Fue *Jaquetón* un toro terciado de tamaño, sacudido de carnes y cortas y apretadas defensas, todo lo cual contribuyó a que estuviera a punto de ser desechado por los profesores veterinarios al verificarse las operaciones del apartado en la mañana de la corrida. Tomó nueve varas de los picadores Fuentes, «El Sastre», «Manitas» y «Canales» derribando otras tantas veces, y dejó para el arrastre siete caballos. En este tercio realizó una hazaña única en la historia de la lidia. En terrenos del tendido cinco arremetió a uno de los piqueiros al que hizo cruzar la plaza hasta las tablas del tres, acosando y corneando al caballo sin punto de reposo, dejando absorta a la muchedumbre, que no había presenciado jamás suceso semejante. Tal fue su codicia que hubo de ser apuntillado, sin poderse lidiar en los demás tercios, por haberse reventado un pulmón.

Otros motivos son por su nobleza, como es el caso del toro *Civilón*, de Juan Cobaleda, que con gran propaganda fue enviado a Barcelona, donde se lidió el 28 de junio de 1936, y tal fue su docilidad que hasta muy pocas horas antes de pisar la arena para ser lidiado se dejó acariciar por cientos de personas. Salió en quinto lugar de la corrida y su aparición fue saludada con un aplauso de cariñosa admiración. Luis Gómez «El Estudiante», a quien le correspondía su lidia, capoteó dando unas verónicas rematadas con media.

Al ordenar la presidencia la salida de los picadores gran parte del público protestó, pidiendo que *Civilón* fuera devuelto a los corrales. En esto, arrancando de largo y con rectitud, arremetió contra el caballo que montaba «Gallego», quien señaló un puyazo. En plena suerte de varas, el mayoral lo llamó, acudiendo dócilmente *Civilón* y dejándose acariciar. El público ante este gesto de nobleza solicitó el indulto. A las raras virtudes que hicieron de *Civilón* un «personaje» histórico, hay que agregar la milagrosa de llenar la plaza Monumental de Barcelona.

Lances insólitos también los hay. Pero que la muchedumbre congregada en una plaza solicite el perdón de un toro manso que huye de peones y jinetes, es un caso singular que lo juzgamos como único en la historia de la Fiesta; como el motivo por el que *Brocho* o *Naranjero*¹⁸, de la ganadería de Manuel Aleas, figure en la galería de toros famosos por ser el primer toro indultado en una plaza de Madrid. *Brocho* que era retinto de capa, fue lidiado en quinto lugar por «Cúchares». Desde que pisó el ruedo dio marcadas muestras de mansedumbre, no se logró hacerle cumplir en la suerte de varas y, por tanto, el presidente lo condenó al humillante castigo de los perros de presa.

Salieron estos en tandas de a tres, como estaba reglamentado, y el toro reaccionó ante ellos con tal brío que en un momento dejó muertos en el ruedo siete canes, resultando heridos otros tantos, de un total de dieciocho que le echaron, sin que ninguno consiguiese hacer presa en el toro.

En vista de lo codicioso con que el astado se defendió, el público, comprensivo solicitó el indulto del toro y que se le perdo-

¹⁸ Según el diario *El Clamor público*. Madrid, 11 de noviembre de 1849.

nase la vida, siendo retirado al corral en medio de una atronadora ovación.

El récord de saltos de un toro al callejón, si en total fueron diecinueve las veces, tiene su cabida en las curiosidades de «famosos», este, por ser un novillo «acróbata» por su extraordinaria agilidad. Atendía por *Granizo* y se lidió en la tarde de 9 de marzo de 1884 en la plaza de toros de Madrid y estuvo más tiempo entre barreras que en el ruedo. En total traspuso la barrera en diecinueve ocasiones y, además, lo intentó seis veces más. El novillo era de la ganadería de López Navarro y le tocó en suerte a Antonio Ortega «El Marinero», que tuvo que emplear más de media hora para darle la puntilla.

Igualmente hay otros sucesos, que son atípicos; ni siquiera han pisado el ruedo, como el ocurrido al toro *Limonero*, de la vacada de Manuel García Puente López (Aleas), que se escapó del encierro en la madrugada del día 11 de octubre de 1870, cuando era conducido desde los corrales de la plaza de toros de Madrid (Puerta de Alcalá) a la dehesa, por haberse suspendido la corrida del día 10. El toro, que acompañado de otros siete y el cabestrage, se escapó del grupo y tomó rumbo al paseo de Recoletos, calles de Almirante,



Alegoría del toro *Jaquetón*. Litografía de *La Lidia*, 23 de mayo de 1887.

Libertad, San Marcos y en el paseo del Prado terminó su andadura, después de dar muchos sustos y revolcones, donde fue recogido por los vaqueros y arropado por los cabestros.

Pero el más célebre en la parcela de los toros «turistas» fue *Churro*, de la ganadería de Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, y destinado a lidiarse en la plaza de Zaragoza, en la corrida de inauguración de la temporada del año 1877, en la que estaban anunciados los diestros José Machío y José Ruiz «Joseíto». Cuando conducido al objeto indicado, rompió el cajón en el que era llevado hasta la estación de Mediodía desde la del Norte, transportados, de una a otra estación, enjaulados en cajones por las calles madrileñas.

Al filo de las once del día 29 de marzo, día de Jueves Santo, cuantos transitaban por la calle de Segovia empezaron a correr despavoridos, huyendo de un toro que, rompiendo el cajón en que se encerraba, emprendió veloz carrera, acometiendo a cuantos bultos veía por delante.

Este toro, de buen trapío, de libras y bien armado, atendía por *Churro*, y durante más de una hora tuvo en constante alarma a los nocturnos transeúntes.

El cornúpeta subió por la expresada calle de Segovia, recorriéndola de arriba abajo. Después pasó a la plaza de Puerta Cerrada, continuando su marcha por la calle de Toledo, en la que intentó entrar en el café de San Millán, rompiendo cristales y poniendo a todos los parroquianos pies en polvorosa, que aprovechando la confusión, huyeron sin pagar cuanto habían consumido. Desembocó en la plaza Mayor, calle Mayor, y de Platerías, plaza de los Consejos, pasó y repasó el Viaducto, volvió a la plaza Mayor, fue por la de Hileras, Arenal, plaza de Isabel II y Oriente, hasta llegar a la de Bailén, sembrando el terror y causando muchas víctimas, pues no cesaba de voltear a cuanto se ponía por delante; entre otros revolcó a los espadas Juan Martín «La Sante-ra», Manuel Pérez «El Relojero» y al banderillero Antonio Buló «Malagueño».

Los sorprendidos con la visita del toro en libertad, trepaban por las rejas de las ventanas, se refugiaban en los huecos de los portales y otros se arrojaban al suelo muertos de miedo.

Churro, perseguido por guardias de Orden Público llegó, como hemos dicho, a la calle de Bailén donde avisado el portero del



Desencajonamiento en la estación. Litografía de La Lidia.

Ministerio de Marina, llamado Francisco Fraquer Sala, apostado en una ventana, con buena puntería, acabó con la vida del fugitivo de un certero tiro de carabina dando con el animal en tierra.

En las Casas de Socorro de los distritos de La Latina y Audiencia fueron asistidos de cornadas graves José Vega, cogido en la calle de Segovia; Juan Grande, en la de Morería; Pedro Jorge, en la de Mancebos; Alejo Merino, en la Puerta de Moros, y Paula Gómez y Pascual Álvarez, en la calle de Toledo, siendo después conducidos a sus respectivos domicilios y otros al Hospital General.

El portero Francisco Fraquer fue felicitado; se le pidió para él la Cruz de Beneficencia, e incoado el correspondiente expediente con las informaciones de rigor, se le concedió la cruz de tercera clase de la Orden Civil de Beneficencia.

Así terminó el paseo de un toro llamado *Churro* por las calles de Madrid.



Los últimos encierros celebrados en Madrid y en Sevilla

Hasta el último tercio del siglo XIX, los encierros tenían verdadera importancia y constituían un número más de la fiesta, pues, por venir los toros por jornadas hasta la población, en donde habían de lidiarse, los aficionados salían a esperarlos en alegres cabalgatas hasta su entrada en los corrales del coso taurino.

El encierro de los toros, en tiempos pasados, era una vieja costumbre que tenía su solemnidad y su encanto y que generaba rivalidades de lujo entre jinetes de la alta sociedad.

Célebres fueron los encierros en las poblaciones de Jerez, Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla y Madrid, pues los garrochistas de estas ciudades lucían en ellos no sólo su destreza, sino también sus cabalgaduras que solían llevar el mejor hierro y atalaje.

Hubo épocas en que cuando se anunciaba la inauguración de la temporada en Madrid rivalizaba lo más florido de la afición en montar magníficos caballos y en ir a buscar a los toros a los prados de La Muñoza, el Soto del Señorito o el Puente de Viveros, lugares donde pacía el ganado, una vez que llegaban desde las dehesas de partida. Cerca de allí, en la antigua Alameda del duque de Osuna, se daban cita lo más linajudo de la aristocracia para esperar la llegada de los toros y desde este punto, aproximadamente a unos ocho kilómetros de donde estaba situada la plaza de toros, acompañaban a los vaqueros y mayores ayudándoles en las labores de arropar a los toros.

Venían formando un séquito hasta las mismas puertas de los corrales; cerca de éstos o en el camino, aprovechando la ventaja



Viñeta romántica de un encierro.

de una pequeña altura o apostados en las tapias, se colocaban los aficionados deseosos de presenciar el rápido paso del ganado, al que siempre guiaba un mayoral muy práctico y a caballo, sin temor a ser atropellado, por la eficaz labor de los cabestros. Pero tal era el numeroso público y caballistas que asistían, que era necesario la asistencia de un piquete de caballería para contener a los jinetes, y aunque acudir a los encierros era una diversión grande de los aficionados, que venían en masa, generalmente el público se limitaba a observar, sin participar en ellos, ni molestar o correr a los toros.

Con alguna frecuencia ocurrían accidentes durante los encierros de los toros.

El semanario *El Enano*¹⁹ denuncia la situación a que han llegado los encierros por las muchas gentes que asisten a él y que se abstengan de llamar la atención del ganado, y apunta el motivo del requerimiento: «...el segundo toro que va a lidiarse (la corrida se suspendió por mal tiempo y se dio el siguiente día 29), según el cartel, llamado *Belloso* [de Félix Gómez], bien armado, cansado del camino, le faltaron las piernas y se quedó atrás (...) volvieron los cabestros a por el rezagado. Mientras esto se verificaba, un tal Candelas montado a caballo quiso lucirse con el toro, y su arrojo mal entendido le costó la muerte del caballo. Otro prójimo

¹⁹ *El Enano*, n.º 217, de 24 de abril de 1855.



Un encierro en Andalucía, La Lidia 7 de mayo de 1895.

que se encontraba inmediato a un puesto de escabeche, le tiró un sombrero que despreció y se fue al bulto rompiéndole solo la ropa, pero no sucedió lo propio al dueño del escabeche que todo desapareció (...). Poco a poco se fue acercando el toro hasta llegar a los corrales de la plaza, no sin antes dar algunos porrazos a las gentes que le llamaban la atención con gorras y pañuelos».

El último encierro autorizado se celebró el 12 de julio de 1879 en la plaza de toros de la Fuente del Berro, antigua plaza que tuvo Madrid, para conducir y encerrar una corrida del hierro de Miura, que iba a lidiarse el día siguiente, y que motivó un grave incidente: Uno de los toros, el llamado *Rebolao*, tomó querencia del sitio donde había estado pastando unos días, en los prados de La Muñoza, del término municipal de San Fernando de Henares, y se volvió la res dos veces, en cuanto iniciaba la salida, al ser conducido con los bueyes al lugar donde arrancaba el encierro. Uno de los vaqueros, conocido como *Lucerito*, se quitó el sombrero y la chaquetilla, y con una prenda en cada mano y con los brazos abiertos, se colocó delante de *Rebolao*, con objeto de ahuyentarlo de su querencia y que éste fuera hacia el punto donde estaban sus compañeros; pero el bruto, lejos de volver la cara, se arrancó como un rayo hacia el vaquero, que tuvo que arrojar al suelo y tirar la chaqueta a la cara del toro para librarse de una cogida segura. El cornúpetas pasó por encima del muchacho; y en vez de tomar el viaje a su querencia, se volvió contra el aficionado Santiago de Juan que a caballo y con garrocha al hombro presenciaba la faena. Tan brusca e inesperada fue la acometida que el jinete nada pudo hacer, y la fiera derribó con estrépito caballero y caballo, hizo una mortal herida a éste, y pasando por encima se volvió al sitio de su querencia.

La prensa²⁰ dio difusión del hecho, y los aficionados madrileños sentían cierta curiosidad por ver el juego que daba y la lidia que podría hacer uno de los toros de Miura, el que iba a lidiarse en cuarto lugar, de nombre *Rebolao*, que fue designado a «Fras-cuelo». Merece la pena exponer por curiosidad, originalidad y la gracia en los términos que emplea el revistero:

²⁰ *Boletín de loterías y de toros*, n.º 1481, de 14 de julio de 1879.

«El cuarto mosquito era retinto oscuro, listón, albardado, bien puesto de cuerna, de muchos pies, tardo, receloso y por nombre *Rebolao*.

»Calderón en dos varas que clava cae una vez y deja difunta la culebra que montaba, y “Agujetas” agarrándose en cuatro ocasiones con *Rebolao* tiene la misma pérdida, aunque sin tener que contar costalada alguna.

»Dos buenos pares colgó al bicho “Regaterín”, el primero al cuarteo y el segundo al sesgo, después de hacer una salida en falso, y Pablo cumplió con uno bueno, también al cuarteo. ¡Buenos banderilleros!

»Nuevamente empuña “Frascuero” los chismes de dar mulé y se dirige a *Rebolao*, que se encontraba en las peores condiciones taurómacas que se pueden imaginar; receloso, desafiante, en defensa, descompuesto y haciendo salidas falsas impensadas.



Encierro con caballistas. Óleo sobre lienzo 80 × 105 cms. Pintado hacia 1770.
Colección particular. Sevilla.

»El diestro empleó cinco pases de telón, dos naturales, tres cambiados, doce con la derecha, dos naturales y seis medios pases, sufriendo dos coladas y siendo librado de una por el capote de Pastor y en otra por el de Pablo. Un pinchazo en hueso, arrancado, otro alto a volapié, un mete y saca bajo, una ida, honda, un pinchazo en tablas y una corta y buena fueron las heridas que recibió el bicho antes de echarse.

»Antes se arrancó dos veces el matador, y el toro huyó el cuerpo, por lo que tuvo que pasarse sin herir. El puntillero a la primera.

»“Frascuero” estuvo pesado, recibió el primer aviso del presidente, y bueno es consignar que en los pases estuvo ceñido y corto, que varió una vez el color de la muleta y que el viento le imposibilitaba el manejo de ésta».

La cabeza de *Rebolao* fue disecada, y el empresario de la plaza de toros de Madrid, el famoso Casiano Hernández, se la regaló al mencionado Santiago de Juan, para que éste tuviera un recuerdo del susto que sufrió el La Muñoza.

En Sevilla se prohibieron los encierros a pie el 23 de agosto de 1915, porque fechas antes, el día 15 anterior, en la celebración del encierro de unos novillos de Miura que iban a lidiarse el siguiente día por la noche, tres de ellos se desmandaron al salir de la dehesa de Tabladilla, dirigiéndose al parque de María Luisa. En el



La torada. Año 1865. Óleo sobre lienzo 42 × 74 cms.
Museo de Bellas Artes de Bilbao.



Los últimos encierros... Litografía de *La Lidia*.

paseo de Las Delicias había gran número de curiosos para presenciar el paso del ganado, y entre ellos la presencia de las reses produjo gran alarma. Un individuo que se encontraba allí, poseído del miedo insuperable, se arrojó por una barandilla al muelle, quedando muerto en el acto.

Varias personas sufrieron accidentes. Después de ímprobos esfuerzos pudieron ser recogidos los novillos. Los aspirantes que tuvieron que vérselas con los miuras fueron «Tello», «Alvaradito» y Antonio Carreras «Papeleta».

Con el paso del tiempo, los encierros cayeron en desuso, sobre todo en las grandes poblaciones, donde su crecimiento, en muchos casos, ha convertido en centro urbano lo que antes era extrarradio, lugar donde se ubican las plazas de toros. Pero el encierro y correr toros en los arrabales de los pueblos se convirtieron en espectáculo del pueblo, encerrando los toros en plazas y en cosos.



1835.

M. Carbellero

El primer toro transportado en un cajón

Se lidió en la plaza de toros
de Barcelona el 28 de junio de 1863

Si durante el último tercio del siglo XVIII, cuando la Fiesta ya está ordenada con normas estéticas y reglas de arte, los espadas más renombrados se escrituraban en la plaza de Madrid y de Sevilla y tenían que hacer toda la temporada —costumbre que fue arrastrada hasta el último tercio del siglo XIX—, y era debido a dos motivos fundamentales. El primero de ellos hay que atribuirlo a que entonces no se contaba con tantas plazas de toros como existen en la actualidad, y el segundo, a no disponer de los muchos y rápidos medios de comunicación que hoy día tienen a su alcance, gracias a los cuales es posible trasladarse de norte a sur en un corto espacio de tiempo y volver al punto de partida en la misma jornada.

Pues bien, si aquellos espadas no podían comprometerse a suscribir mayor número de contratos porque los deficientes y lentos servicios de locomoción no les permitían desplazarse de una provincia a otra, a los ganaderos les sucedía lo propio, puesto que no les era posible enviar las corridas por otros medios que no fuesen utilizando las antañonas cañadas, con el perjuicio económico que ocasionaba excesivos gastos y traía aparejado, además, el de no poder mandar sus productos a su debido tiempo. Así, los empresarios procuraban adquirir los toros de las ganaderías más próximas al coso en que regentaban.

El traslado de los toros desde la finca hasta la plaza se hizo hasta el último tercio del siglo XIX por cañadas, caminos, cordeles y veredas, y por etapas. El ganado era conducido y acompañado por una parada de cabestros, así como el mayoral y los vaqueros,

que generalmente aprovechaban, para caminar, la noche y primeras horas del día, con el fin de evitar en parte los fuertes calores del estío; se hacían de 20 a 25 kilómetros diarios por término medio, por lo que era preciso invertir largas y muy duras jornadas para la conducción de las reses bravas y siempre expuestos a muchos imprevistos.

Días más o menos, en un mes se calculaba el tiempo necesario para traer una corrida a Madrid desde los prados andaluces. Ahora bien, si éste había de continuar su marcha hacia tierras costeras del Norte de España, se precisaba que el ganado descansara en las dehesas madrileñas durante un plazo de tiempo que solía ser igual al que invirtieran en su primera etapa; así pues, cuando los toros viajaban de Sevilla a San Sebastián, Pamplona o Bilbao, tardaban ¡tres meses!

Con el fin de ahorrar tiempo, comodidad y seguridad, se le ocurrió la feliz idea de transportar los toros por vías férreas y metidas en cajones, a don Pascual Mirete —conserje de la antigua plaza de toros de la Puerta de Alcalá.

Y esto sucedió algunas fechas después de cierto día en que don Pascual Mirete dijera ante un grupo de viejos amigos, todos ellos gentes de toros:

—Se me ha ocurrido una idea que pienso poner enseguida en práctica para llevar por ferrocarril el ganado a las plazas.

Y en lugar de producir estupor sus palabras entre los reunidos, fue una serie de carcajadas las que se oyeron cuando Pascual Mirete dejó de hablar.

—¿Cómo vamos las personas? —terció uno.

—Más seguros aún —se atrevió a contestar Mirete.

—¿Y tendrán también derecho a equipaje? —agregó otro.

—Oye, Pascual, ¿los becerros van a pagar billete también?

Las bromas en torno a su invento duraron mientras estuvieron reunidos, y tantas le gastaron que al fin Mirete se retiró un poco indignado sin exponerles con detalle —visto el pitorreo de que había sido objeto— cómo iba a valérselas para que los toros pudieran viajar por ferrocarril.

Sin perder tiempo, mandó construir el primer cajón, algo mayor que los actuales, con puertas de bisagras en vez de trampa corredera, y cuando estuvo concluido, hizo venir a sus amigos «gua-

Lista de los Lidiadores

que han de trabajar en las Corridas de Toros que por cuenta de los Reales Hospitales Generales de esta Capital se han de ejecutar en su Plaza extramuros de la Puerta de Alcalá, durante la temporada del presente año de 1836.

PICADORES.. . . .	{ Francisco Sevilla. Antonio Sanchez. Andres Hormigo.
ESPADAS.	{ Juan Jimenez. Roque Miranda. Francisco Montes. José de los Santos.
BANDERILLEROS. .	{ Gregorio Jordan. José Antonio Calderon. José Fernandez. Felipe de Usa. Juan Martinez. Isidro Santiago. Juan Antonio Alvarez. Pedro Parraga. Francisco de los Santos.
CACHETERO. . . .	Gabriel Caballero.
CHULOS.	{ Dionisio Romero. Ramon Bonillo. José Maria Olea.



NOTA. La Direccion de Hospitales ha condescendido con los deseos de las Espadas dirigidos á trabajar los cuatro que quedan mencionados, no solo por haber cedido cada uno parte de su haber para que no resultase perjuicio de consideracion á los mismos Establecimientos, cuanto porque en esta medida ademas de hallarse la Plaza mejor servida, se satisfacen los deseos de todos los aficionados, pues que verán trabajar á los lidiadores que formen el objeto de su preferencia. Para proporcionar la posible igualdad, difícil en Corridas de seis Toros, se han convenido las Espadas, que en todas las de este número de reses mate siempre dos Francisco Montes, y los otros cuatro entre los demas compañeros, quedando uno cada funcion sin matar, cuyo turno principiará por el mas moderno.

Relación de toreros escriturados en la plaza de toros de Madrid,
para la temporada de 1836.

sones» y en uno de los corrales de la vieja plaza se llevó a efecto la prueba, ante un gran número de invitados, compuesto en su mayoría por ganaderos, toreros y empresarios, y en presencia de todos se procedió al encajonamiento de un astado, llamado *Carcelero*, de doña Gala Ortiz, viuda de Saturnino Ginés, de San Agustín de Guadalix (Madrid), y por este medio llegó a Barcelona para ser lidiado, según rezaba en el cartel, como sobrero en la plaza de toros de la Barceloneta en la corrida anunciada el 28 de junio de 1863, para los diestros Julián Casas «Salamanquino» y Manuel Fuentes «Bocanegra», con toros de Félix Gómez y Gala Ortiz, viuda de Ginés (nuevos en esta plaza). La revista *El Toreo* dio noticias de su llegada a Barcelona, informando «que llegó perfectamente, a pesar de haber sufrido una detención de diez horas en Zaragoza». Finalmente el toro *Carcelero*, que llegó más descansado y con más libras, se lidió en segundo lugar, era de pelo castaño encendido. Durante su lidia tomó doce puyazos de De los Santos, Arjona y Barrera Trigo, con pérdida de cuatro caballos y otros tantos revolcones. Francisco Torres y Antonio Madrid, le pusieron tres pares de «pendientes» y fue lidiado por «Bocanegra», que mató de una estocada recibiendo y el Presidente, a petición del público, le dio el toro.

El ensayo del transporte por ferrocarril resultó todo un éxito, y el público, que llenó la plaza de la Barceloneta, salió satisfecho. La idea, en general, fue bien recibida —salvo algunas protestas aisladas, que opinaban que los toros así encerrados perdían bravura y acababan por domesticarse.

Aún coleaba los alegatos en contra algunos años después:

«¿Cuál es la causa que modifica el carácter salvaje de las fieras? —preguntaba el periódico taurino de Málaga «El Tío Juanero», en 1877—. La reclusión. En los estrechos límites de la jaula, el animal más feroz acaba por domesticarse; podían perder las fuerzas prodigiosas que desarrollan en estado salvaje en los campos. Se le hace entrar en esas jaulas estrechas, sin ventilación suficiente, proporcionándole para mayor castigo más cargas y descargas en la estación de salida y arribo.»

Con el tiempo, la práctica aconsejó el estrechar el tamaño de las jaulas para impedir que el toro pudiera revolverse dentro de ella, evitando así magullamientos, golpes, rozaduras y otros accidentes más graves. Y se sustituyeron las puertas por trampas correderas,

por ser éstas más seguras, de más fácil manejo y ocupar menos sitio y hacia arriba, que es donde menos estorban.

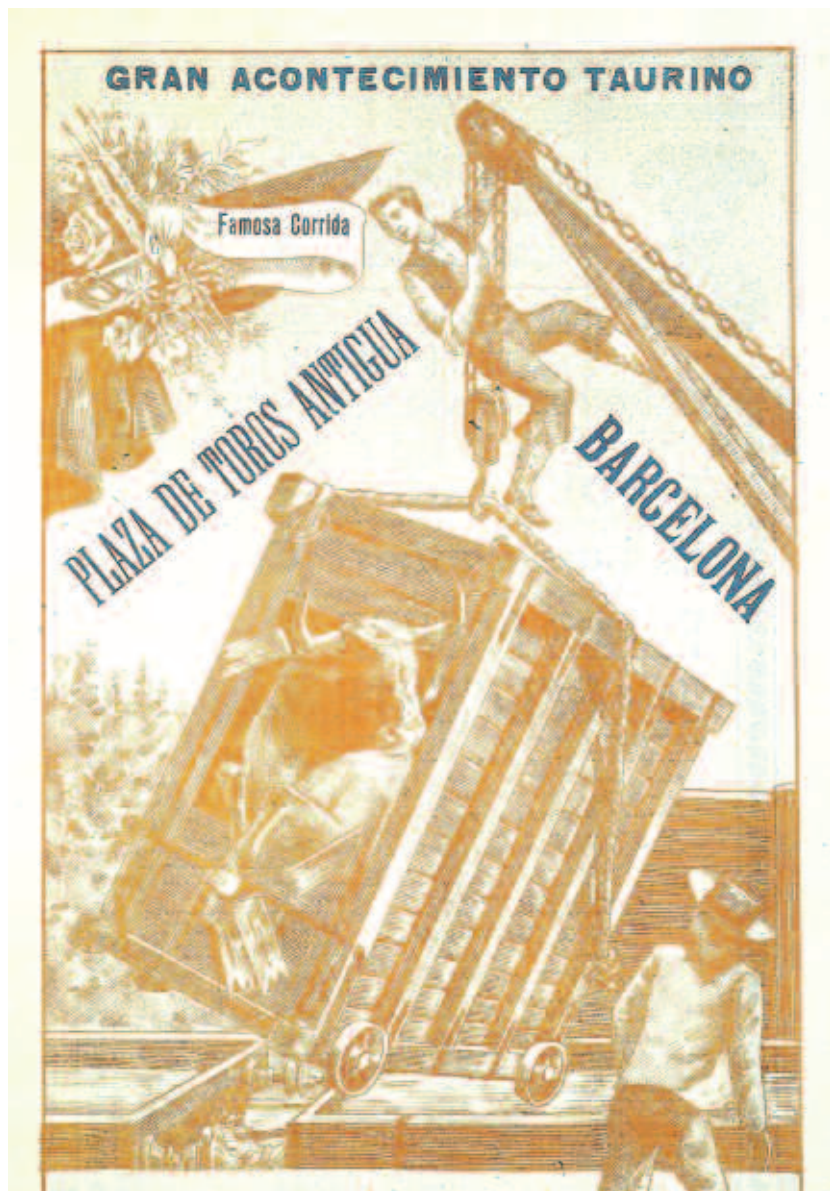
El 28 de marzo de 1869 al anunciar las corridas de Madrid, se da como aliciente que se correrán seis toros traídos por ferrocarril a gran velocidad; los toros venían de una dehesa de Sevilla y tardaron cuatro días en llegar a su destino.

En otros tiempos, cuando se transportaban por ferrocarril había que llevar los cajones montados sobre ruedas y tirados por bueyes o mulas, hasta el muelle de la estación más cercana; la misma operación que tenía que realizar para conducirlos desde la estación de destino hasta la plaza de toros.

Hacía falta encerraderos, y pronto ante la necesidad y asociados el antiguo ganadero colmenareño Vicente Martínez y Gabriel



Encajonar para su transporte. Litografía de La Lidia.



Cartel taurino de Plaza de Toros Antigua de Barcelona, de 1913. En su anverso se recoge el desencajonamiento de un toro.



Carta ilustrada por César Palacios.

Mirete, hijo de Pascual, edificaron el de Collado Villalba, a 500 metros de la estación del norte. Pronto se sucedieron varios a lo largo de la geografía española y portuguesa; en las estaciones de Getafe y Torreldones, en Madrid. Y en Sevilla, los del Empalme, Dos Hermanas, Salteras y Cortijo de Cuarto. En Villar de los Álamos (Salamanca), Don Benito (Badajoz).

Hacia 1930 se dejó el transporte por tren para pasar a utilizar los camiones, por la ventaja de que llegan fácilmente hasta el embarcadero de la finca y que dejan a los toros en la misma plaza donde se van a lidiar.

En este aspecto taurino tuvo Barcelona la primacía: la de hacer conducir en jaulas o cajones los toros de lidia, y, por consiguiente, la que dio pauta a otras ciudades españolas. Y ni que decir tiene que el veterano servidor de la plaza de toros de Madrid Pascual Mirete, que gracias a su sencillo invento se hizo popular de la noche a la mañana en los medios taurinos, por aportar a la fiesta de los toros lo más eficaz y positivo para enviar las corridas dentro de un plazo que nadie pudo pensar hasta entonces, y la ventaja para las empresas de confeccionar carteles en pocos días, porque de antemano se tenía la seguridad de que para la fecha determinada se podían tener en los corrales de la plaza ganado procedente de cualquier punto.



El asesinato de un torero aristocrático

Es poco conocida la tragedia y muerte que tuvo el diestro cordobés Rafael Pérez de Guzmán; este relato viene a confirmar que las desgracias han acompañado como una sombra a la fiesta de los toros, no solo en el ruedo, sino también al margen de la lidia, como en el caso que nos referimos, la del asesinato del torero Rafael Pérez de Guzmán y Fernández de Córdoba, descendiente de la noble familia de los Guzmanes, por cuyas venas corría la sangre de aquél su antepasado defensor de Tarifa que mereció el nombre de Guzmán «El Bueno».

Rafael nació en Córdoba el día 1 de abril de 1802 y según consta en la partida de bautismo de la iglesia parroquial de San Juan de los Caballeros de dicha ciudad. Se le puso los nombres de Rafael Antonio Luis Francisco de Paula Teodoro de las Angustias. En la adolescencia se inició en él una gran afición al acoso y derribo de reses en el campo abierto y alguna vez las sorteaba a pie con mucha soltura, aficiones heredadas de su padre don Enrique Pérez de Guzmán, que tenía fama por sus especiales conocimientos de tauromaquia y su excesivo ejercicio a caballo en el campo en faena con las reses. Sus padres, los condes de Villamanrique, en el reino de Sevilla, decidieron darle una esmerada educación, y que siguiese por tradición familiar la carrera de las armas. No desdecía su estirpe. Alto, distinguido, culto y simpático, de facciones nobles y nariz aguileña lucía con garbo el uniforme de oficial del Regimiento de Caballería del Príncipe y entró a servir como militar en las Guardias Walonas de Fernando VII. De 1826 a 1829 tuvo

el encargo de perseguir, con tropas del escuadrón de caballería de la reina, a los bandoleros en Andalucía, en las provincias de Sevilla y Córdoba. Pero pronto dejó la carrera militar, para abrazar su verdadera pasión, la de ser torero, cambiando el sable por el estoque, a pesar del desacuerdo de su familia que hizo cuanto pudo para apartarlo del ambiente taurino y tal fue el enfrentamiento, que el barón de Taylor²¹, un viajero belga que estuvo en nuestro país, nos deja notas de verdadero interés: «... el hijo de una de las más nobles casas de Córdoba, habiendo dejado el ejército, en el cual ocupaba un grado bastante elevado, para hacerse torero, fue renegado por sus parientes; un servicio fúnebre se celebró a su intención, como si hubiera cesado de vivir, y su nombre, destinado al olvido, fue borrado del árbol genealógico de la familia». Esta aclaración no deja duda de la fuerte oposición, y las amenazas cumplidas por parte de la familia, si tomaba tal decisión de hacerse torero. Pero nada de ello hizo mella en su ánimo, manteniéndose en su más que meditada idea de dedicarse a la profesión de matador de toros. Amigo de los lidiadores, sorteaba de vez en cuando las reses bravas del matadero de Sevilla, siendo alumno de la Escuela de Tauromaquia, instituida por el rey Fernando VII, tomando allí provechosas lecciones de sus maestros Pedro Romero y Jerónimo José Cándido.

Su primera aparición en público fue en la plaza de toros de Sevilla el lunes 23 de agosto de 1830. La Asociación del Buen Pastor había obtenido del rey licencia para dar una corrida a beneficio de los presos de las cárceles de la capital de Andalucía, y Guzmán se prestó en ella a trabajar de balde. En los archivos de la Real Plaza de Toros de la Maestranza de Sevilla existe un documento de 1830 que indica: «...mató 8 toros el Caballero don Rafael Pérez de Guzmán, habiendo sido picados por otros cinco caballeros de la nobleza de Sevilla». Sobre esta primera aparición sabemos más; que fue presidida por el famoso asistente de Sevilla don José Manuel Arjona, y los toros fueron cuatro de Pedro de Vera y Delgado, y cuatro de José María Durán.

²¹ Barón de Taylor. *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la cotê d'Africa*. París, 1835.



Rafael Pérez de Guzmán. Litografía de J. Palacios.

El diestro mató aquella tarde los ocho toros. Cinco «recibiéndoles», y tres a volapié, de once entradas, ninguna de ellas baja.

No pudo ser mejor el éxito de su ensayo. Desde el primer momento sentó plaza de matador y fue aceptado como profesional en el noble ejercicio del toreo, y en 1831 ya toreaba en competencia con los diestros más destacados, alternando con Juan Jiménez «El Morenillo», Manuel Lucas Blanco, Francisco Montes «Paquiro» y Roque Miranda «Rigores». Recorrió los primeros cosos de España y solo le faltaba recibir el espaldarazo de Madrid. En su presentación en la plaza de la capital, el día 13 de junio de 1831, confirmó la alternativa de manos de Manuel Romero Carreto, cediéndole el toro *Car-pintero*, de la ganadería de Gijón, en un festejo mano a mano, alternativa que había sido otorgada por su maestro Juan León.

Contratado como tercer espada para el abono de la temporada de 1838 en la plaza de toros de Madrid, con Francisco Montes «Paquiro» y Roque Miranda «Rigores», se puso en camino desde Sevilla a Madrid, con la cuadrilla de Montes. Su primera actuación estaba anunciada para la corrida del 23 de abril, con una nota de precaución que se ponía cuando el torero estaba ausente «si llegara a tiempo».

Durante el largo viaje desde la ciudad del Betis a Madrid, una de las muchas partidas de bandoleros que infectaban las provincias manchegas y andaluzas, hubieron diferentes partidas de ladrones que ocultando su verdadera naturaleza y actividades bajo el aspecto y nombre de «bandas facciosas» se dedicaban a ejercer el pillaje asaltando convoyes y diligencias, y aun asesinando a sus componentes en más de una ocasión. La conocida como la banda de *Los Palillos*, bandoleros que eran capitaneados por «El Chacho», que fue quien mató al torero aristócrata, asaltó el 14 de abril el coche-correo en el paraje llamado Carrocaña, a la bajada de la meseta del Madero en el término de La Guardia (Toledo). Rafael les hizo frente, trabándose un combate en el que resultó muerto de un certero golpe de sable atravesándole el corazón. Continuando los demás la marcha y dejando abandonado el cadáver.

Por desconocer la identidad del finado, el cura de la localidad de La Guardia, don Clemente Castro, en presencia de don Victoriano Tamarón, alcalde primero, y don Manuel Salgado, de segundo, constitucionales, habiendo ejecutado su sepultura con el rito de primera

clase, con asistencia del clero, todo el ayuntamiento y particulares, para dar sepultura al cadáver en el Campo Santo, dejó escrito en la partida del libro XVIII de defunciones, folio 53, del archivo parroquial de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, las siguientes notas y señales: «Edad de treinta y dos a treinta y cuatro años; estatura cinco pies y dos pulgadas; pelo claro con trenza delgada como gastan los lidiadores de toros; barba roja con patilla larga; ojos pardos; y en conjunto con formación atlética, desnudo de medio cuerpo superior, y en el inferior vestido con calzón de punto azul con botones blancos de hueso en las pretinas... calcetas de hilo y en las boquillas la marca con un hilo encarnado, con la letra mayúscula R».

Consta una anotación hecha al margen de ella, que el hombre muerto el día 14 es el referido Rafael Pérez de Guzmán, según noticias adquiridas el 10 de mayo al paso de un convoy. Treinta y seis años de edad tenía cuando le asesinaron y ocho de profesión como torero. Desde entonces al paraje se le conoce con el nombre del «Barranco del torero».

En la nómina de haber en la segunda media corrida de toros celebrada en la tarde del lunes 30 de abril de 1838, aparece una nota manuscrita con los siguientes datos: «Don Rafael Pérez de Guzmán, 3.^a espada que, sin embargo, por no haber llegado [a tiempo] y teniendo noticia la empresa de haber sido asesinado en el camino, se le libra su haber por socorro de su viuda por haberlo suplido sus compañeros... 1.000 reales de vellón».

En el año 1954 el cementerio de La Guardia, situado en lo que llaman «El Cerro», quedó suprimido y trasladados todos los no reclamados a un osario común en el nuevo cementerio municipal, donde reposan sus restos.

El «negro toro» del asfalto, ese con el que las gentes del toreo se juegan la vida tanto como en el ruedo, tiene un antecedente en la desgracia y destino cruel del torero Rafael Pérez de Guzmán. Él, que se enfrentaba a los toros nobles, exponiendo la vida con majeza y verdad, no pudo con ese último «toro barroso», traidor y cobarde, temeroso, renegado, que solo ataca traicioneramente por sorpresa y en clara ventaja, que vino a su encuentro, en una de esas duras y largas jornadas por los polvorientos caminos, veredas y cañadas de España, que cruzaban los toreros de antaño de Norte a Sur y de Este a Oeste.



El estoque de cruceta

El uso del estoque de descabellar es relativamente moderno, teniendo en cuenta los siglos de actividad taurina, y se obligó su uso a fin de evitar los múltiples accidentes —algunos de ellos mortales— que originaban al saltar, por el hecho de utilizar para el descabello la misma espada que se utilizaba para la estocada.

El estoque de descabellar tiene como característica esencial ir provisto de un tope fijo en forma de cruz, y dicho tope está colocado justamente a 10 centímetros de la punta. Fue ideado por el diestro madrileño Vicente Pastor y elegido tras la celebración de un concurso en el que se presentaron cuarenta y seis modelos de estoques, que —según sus inventores— al ser arrancados de la mano del espada y caer, no podían herir.

Cerrada la admisión, el día 20 de noviembre, fueron desechados treinta y ocho y ocho fueron los modelos que se probaron, tres de los cuales podían considerarse iguales, con pequeñas diferencias. Y en la nave 1 del Matadero Municipal de Madrid, en la mañana del día 27 de noviembre de 1934, donde acudieron un gran número de aficionados, empresarios, periodistas, ganaderos, apoderados, diestros... Allí también, el jefe superior de Policía, señor Muñoz Castellanos, acompañado del señor Sánchez Gracia, se hizo el experimento.

Los matadores de toros Diego Mazquiarán «Fortuna» y Pepe Bienvenida, los novilleros Alfonso Gómez «Finito de Valladolid», Mariano Moreno «Chavito» y Jesús Santiago, descabellaron varias

reses, mansas y amarradas, con los ocho modelos. Siete de ellos, a base de resorte, vaina, muelle o lengüeta, funcionaban por presión de la bola del puño del estoque, que accionaba una lengüeta que sale de la vaina, que lo recubre; estos dieron algún resultado, pero según los espadas eran pesados e incómodos en su manejo, y uno corriente, con una cruceta a siete centímetros de la punta, y su objeto no es otro que impedir que penetre más acero que los siete centímetros.

Probados, después, en las plazas, se adoptó el último, original del matador de toros Vicente Pastor, implantándose su uso obligatorio desde el 1 de mayo de 1936, por Orden de 6 de enero del mismo año.

El motivo por el que se estudió inventar un estoque para el descabello, fue por el accidente ocurrido en la plaza de toros de La Coruña, el día 6 de agosto de 1934, en una corrida en la que actuaron Juan Belmonte, Sánchez Mejías y Domingo Ortega, ante astados de Albaserrada. El hecho fue el siguiente: al descabellar Juan Belmonte a su primero, al que lo intentó varias veces y en su defensa hay que decir que fue arrollado por el toro, sufrió un esguince en la mano derecha. El caso es que tuvo que entrar a matar en innumerables ocasiones. Al utilizar el descabello varias veces, en uno de los intentos quedó el estoque ligeramente clavado y al derrotar, saltó aquel, saliendo despedido el estoque como una catapulta hasta la fila sexta del tendido 1, quedándose clavado en el lado derecho del pecho del joven espectador Cándido Roig, que con su propia mano se sacó el mortífero acero. Trasladado con urgencia a la enfermería, los médicos no pudieron hacer otra cosa que contemplar en silencio el horror de la herida. Al colocarle sobre la mesa de operaciones, muere. El mismo estoque, en su recorrido, hirió al periodista Carlos García Puebla, colaborador de *El Ideal Gallego*.

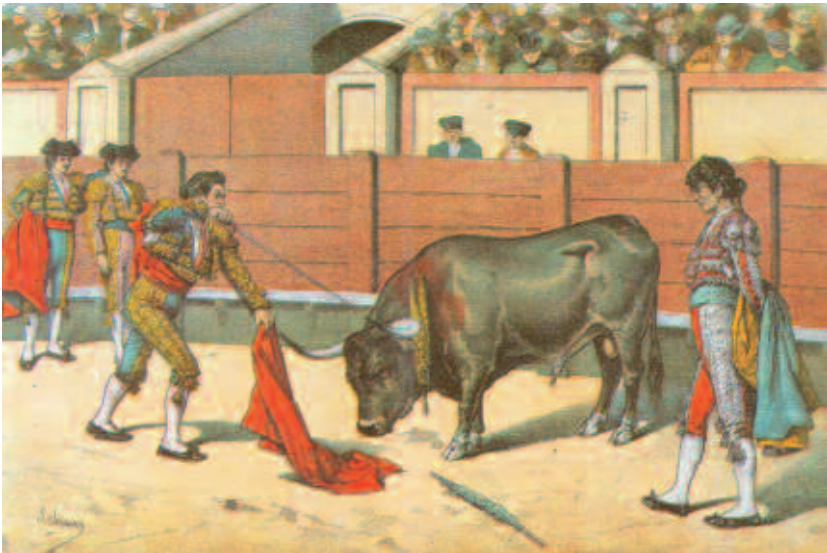
A Juan Belmonte se le ocultó que el espectador había muerto. Se enteró al ir a la enfermería para ser curado del esguince de muñeca y ver allí un cadáver postrado sobre la mesa. Al preguntar quién era, le explicaron el suceso de tan desgraciado accidente. Su impresión fue muy honda y pasados los primeros momentos se interesó por la situación del fallecido, que era en realidad armador y fabricante de pescados y salazones de Noya, y que dejaba

viuda y cinco hijos. Sufragó los gastos de entierro y funeral e hizo una donación. Sin dilación, se puso en contacto con la familia para prestar toda ayuda moral y económica, ofreciéndose a organizar personalmente un festival taurino en Noya en beneficio de la familia de Cándido Roig. La víctima tenía 36 años, era natural de Portosín, del partido judicial de Noya.

Con anterioridad al suceso que «provoca» la invención, hay una relación extensa de accidentes en el tendido, de heridos, y hasta muertos, al saltar el estoque a la hora de descabellar.

En Valencia, el día 1 de mayo de 1913, al intentar el descabello Manolo «Bombita» en el cuarto toro, el estoque salió despedido con violencia yendo a dar de punta sobre el mozo de espadas Espí, que resultó pasado de lado a lado.

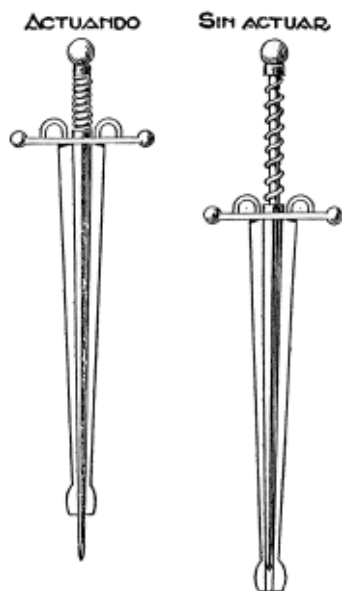
El 12 de julio de 1914, en la becerrada de los zapateros, que se celebró en la plaza de toros de Madrid, al ir a descabellar Antonio Boto «Regaterín», a uno de los becerros que se lidiaron, tuvo la desgracia de que saltase el estoque y velozmente fue a clavar-se en el pecho de un espectador, llamado Ángel Herencia, que falleció casi al instante.



Descabello (antaoño).

Durante la corrida del 15 de octubre de 1915, en la Feria del Pilar de Zaragoza, en tarde enorme de triunfo de «Joselito», por entones conocido como «Gallito», que «cuajó» una de las faenas más apoteósicas de su carrera, el público enardecido de frenesí, previniendo la magnitud del éxito, no pudo más y a mitad de la faena rompió en entusiasmo arrojando al ruedo sombreros, prendas de vestir y otros objetos. Entonces Joselito cogió una chaqueta y toreó con ella, arrojó la muleta, dio tres pases con la chaqueta y en buen terreno, arrancó recto y bien, para una estocada en todo lo alto que coronó tan inmensa labor. El toro, que fue bravo y duro, no dobló pronto. Intentó el descabello y saltando el estoque al tendido 1, hirió al espectador Juan Manuel Arellano, al que llevaron rápidamente a la enfermería. La noticia circuló con celeridad por la plaza y aumentó la curiosidad al ver la actitud de «Joselito» que enseguida se dio cuenta del percance, y se

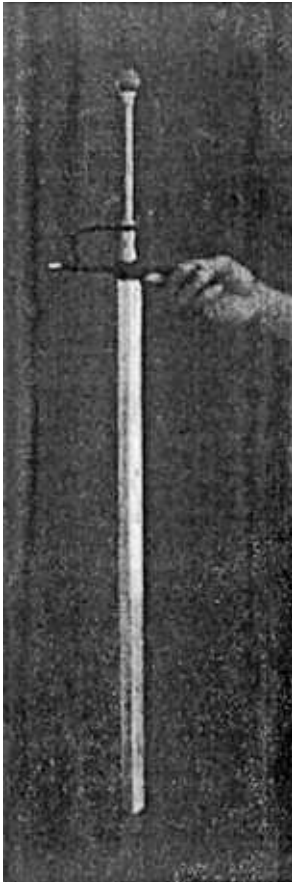
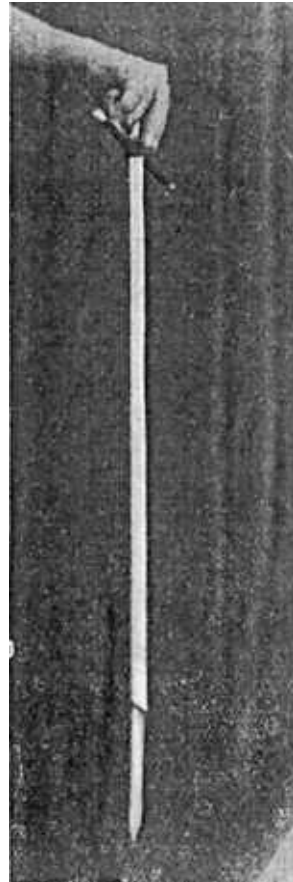
ESTOQUE AUTOMÁTICO PARA DESCABELLAR



Uno de los modelos de vaina presentado al concurso.

retiró llorando al estribo, hondamente impresionado, sin contestar a las muestras de entusiasmo. «Joselito» solicitó permiso para retirarse, y le fue concedido al salir el sexto. Marchó en un coche al hotel, donde se hospedaba, en estado lamentable de depresión nerviosa.

Los médicos en vista de la gravedad, se decidieron a practicar la operación para ver el alcance y la importancia de la lesión, que se hablaba de una herida penetrante, de quince centímetros, en la

**A****B**

El «Estoque Ideal», de Fausto Molina. **A.** Antes y después de descabellar. **B.** Preparado para descabellar.

fosa ilíaca derecha, que interesaba el peritoneo, con fractura del pubis. Pronóstico grave.

Por la noche hubo sus temores de colapso, por efecto de la mucha pérdida de sangre. Pero al día siguiente el herido reaccionó y pudieron llevarle desde la enfermería de la plaza al sanatorio del Doctor Lozano, donde quedó ingresado.

«Joselito» ordenó que le informaran en todo momento del estado del herido, y viendo su mejoría progresiva, respiró con alivio, pero suspendió todos los homenajes, banquetes y las manifestaciones de simpatía que los amigos de «Joselito» pensaban celebrar.

El diestro Antonio Márquez toreó en Bayona (Francia) el día 2 de septiembre de 1923, al descabellar al quinto toro, de Félix Moreno Ardunay, saltó la espada y fue a clavarse en el pecho de Carlos Aguirre, aficionado cubano, que ocupaba una barrera. Quedó muerto en el acto, pues la punta del arma había penetrado en el corazón. El espada, en un principio, fue imputado y tuvo que declarar en las dependencias judiciales saliendo absuelto de toda intencionalidad.

Vista la situación continuada de accidentes a la hora de utilizar el verduguillo, los diferentes medios especializados levantan la voz denunciando la falta de precaución ante hechos tan reiterativos. Auspiciado por Joselito «El Gallo», por el suceso de Zaragoza, se



Descabello (hogaño).



Rafael «El Gallo» descabellando en la plaza de Barcelona.

intenta buscar una solución para poner remedio a este constante peligro y se hizo una prueba que no gustó.

Años más tarde la revista taurina *Zig-zag*, en septiembre 1923, denuncia la situación: «para que se dicte severas disposiciones, que impidan en absoluto la repetición de casos tan dolorosos», y se llegan a proponer curiosas soluciones:... «haciendo que los matadores unan el estoque a la muñeca mediante una correa o cadenita más o menos larga cuando intenten el descabello, o que lo hagan en el centro del ruedo, o de espaldas a la barrera».

En la suerte de descabellar, complemento de la estocada, ha habido auténticos expertos y verdaderos artífices que han solucionado muchas papeletas a sus practicantes. Como Vicente Barrera, abuelo del actual matador de su mismo nombre, o Roberto Domínguez en tiempos más cercanos, que entre sus muchos méritos, siempre se les menciona por el acierto y habilidad con el descabello.



Un torero polivalente

Por no tenido par igual nos encontramos con un caso raro, llamativo y único en la historia de la tauromaquia, la de un torero que ha ocupado todos los escalafones posibles de la Fiesta; nos referimos a Felipe García Benavente, que vio la luz el día 1 de mayo de 1839 en Getafe (Madrid).

Hijo de una familia modestísima, al fallecimiento de su padre, ocurrido en 1850, cuando sólo tenía diez años, se trasladó con su madre y hermano a Madrid. La total falta de recursos le obligó a ponerse a trabajar antes de tiempo, y con el escaso jornal que percibía, de carpintero, en un taller madrileño, tuvieron que mantenerse su madre, su hermano y él. Al cabo de varios años, en una época que no tenía trabajo, Felipe abandonó el banco y las herramientas al conseguir ingresar en las caballerizas de la plaza de toros de Madrid, empleo que le hizo variar por completo el curso de su vida. Entró de mozo de cuadra con el contratista de caballos de la plaza de toros, actuando de monosabio; más tarde aceptó salir a picar en novilladas, siendo su primera actuación el 22 de agosto de 1869, anunciándose como reserva. Tres años seguidos actuó como picador reserva en Madrid y muchas plazas próximas.

En 1872, concretamente el 8 de diciembre, por primera vez aparece Felipe como torero de a pie, en la mojiganga titulada «Pepe-Hillo» de la zarzuela del mismo nombre, que debía lidiar dos novillos embolados sin muerte. Vuelve a actuar de nuevo, el día 6 de enero de 1873, en una mojiganga con la obligación de sujetar un toro embolado. Después de capear al toro de larga cuerna, Felipe

García dejándose encunar a modo de forçado, fue el primero que lo sujetó. Arrastrado hasta el centro y colocado a un poste en tierra adonde le amarraron los operarios, para ser elevado hasta el trapezio, en el que el Sr. Napoli, con unos ganchos, sostuvo en el aire al animal.

Cuentan como verídico, que cierto día se celebraba una mojiganga a no ser por la casualidad de que el espada encargado de estoquear el toro de la parte seria de un espectáculo cómico se negó a ello, alegando ser el astado muy grande y asustado desapareció de la plaza, como si se le hubiese tragado la tierra.



Felipe García Benavente, nace el 1 de mayo de 1839, en Getafe (Madrid).

El compromiso era grande para el empresario, entonces el famoso Casiano Hernández, y Felipe García, que en esta corrida actuaba de picador, se brindó a lidiar y matar el toro, por sacar del apuro a la empresa, lo que fue aceptado y llevó a efecto, siendo aplaudido por el público.

En vista del éxito, Felipe García que ya apunta como buen picador y que cosechaba grandes aplausos con la puya (también, en una ocasión, llegó a actuar como rejoneador en la plaza de Madrid), tomó la decisión de cambiar de categoría, permutando las espuelas por las zapatillas, haciéndose banderillero y novillero, y más tarde sobresaliente y medio espada, con la obligación de matar el último toro, costumbre de aquellos tiempos. Y así lo hizo, con tan buena fortuna, que al año siguiente, o sea, en 1874, actuó como espada en varias novilladas en provincias, consiguiendo estimables triunfos, especialmente en Zaragoza, y llegó a ser novillero obligado en las combinaciones, como demuestran sus muchas actuaciones en aquella plaza.

Durante la temporada de invierno de 1874 a 1875, fue a Madrid a matar toros en puntas en las novilladas, y en dicho año le contrataron como sobresaliente en las corridas, para estoquear los séptimos toros, con obligación de banderillar, sin embargo, los toros que le correspondían por ir enrolado en las cuadrillas de los matadores.

Como banderillero, Felipe García reunía excelentes condiciones, y de haber seguido como rehiletero hubiera alcanzado un elevado puesto entre los mejores de su época; pero quería ser matador de toros y creyó estar preparado para ello.

El 15 de octubre de 1876 tomó la alternativa en la recién estrenada plaza de Madrid, de manos de Manuel Carmona «El Panadero», cediéndole la muerte del toro *Pescador*, de Juan Bertólez.

En las temporadas de 1877, 1878 y 1879 toreó muchas corridas; en 1880 marcha a torear a Montevideo; a su vuelta toreó poco y, con diverso éxito, más bien escaso de gloria. Viene al punto la crónica de su quehacer artístico la siguiente reseña de Salvador María Granes²²: «/ de Felipe García / hablemos otro día / porque

²² Salvador María Granes. *Calabazas y Cabezas*. Madrid, 1880. Romero Imp.

aunque tiene puños y valor/ se acuerda que ha sido picador». Se mantuvo toreando hasta el año 1887, que se retiró del toreo definitivamente, y se dedicó por completo a negocios relacionados con la Fiesta, actividad que venía desarrollando estando aún activo como matador.

Ya casi retirado de la profesión en 1886, se hizo ganadero, al comprar la ganadería a la testamentaria del marqués de Salas, una de las de más prestigio en aquel entonces. Separó éste los toros de cuatro y cinco años para lidiarlos en las plazas que tomaba en arriendo como empresario, y en los comienzos de 1887 vendió el resto, con los derechos del hierro y divisa, al sacerdote trujillano Agustín Solís. Al mismo destinó su tiempo al empleo de compra y venta de ganado, en ayudar a toreros en labores de apoderamiento y empresario taurino.

Un hecho notable en su vida fue el siguiente: Corría el año 1886. Felipe García estaba dirigiendo un tentadero en la ganadería de Palha, que se ejecutaba en un corral rectangular, cuyas cuatro esquinas se cortaban con tablas y servían de burladeros y de localidades para colocar mucha gente que acudía a presenciar la faena. Uno de los becerros (casi novillo) al relance de un capote dio un salto y se coló en el triángulo que formaban las paredes del corral con el burladero que estaba lleno de gente

Excusado es referir la que allí se armó. Los que pudieron se tiraron de cabeza a la corraleta, otros quedaron tumbados en el suelo y un niño de diez años que ninguna de estas cosas pudieron ocurrírsele, recibió una cornada de bastante consideración en la cara y hubiera muerto a no ser porque avisado Felipe García de lo que estaba a punto de suceder, éste se lanzó al reducido espacio de terreno, cogió al niño sacándolo por la tronera.

El resto de profesionales que participaron en el tentadero llamaban la atención del novillo con el propósito de disuadirle y que abandonara, pero había que exponer la vida y eso, según testigos, solo lo hizo Felipe García. Este acto le valió una ovación unánime, espontánea, tributada por cuantos asistían al tentadero.

Durante la temporada de 1891, se hizo cargo de la plaza de toros de Palencia organizando los festejos en honor a San Antolín, patrón de la ciudad, con los espectáculos taurinos que se celebraron en los días 2 y 3 de septiembre; contrató para las dos tar-

des a «Lagartijillo» y Reverte, este último novillero todavía; pero dicho «Lagartijillo» resultó cogido y herido en la primera corrida y Felipe no contó con sustituto para la segunda; en esta situación propuso a Reverte que matara cuatro toros y que el peón, que antes había sido novillero, Ángel Villar «Villarillo» hiciera de medio espada y diera cuenta de los dos últimos, quien se negó. No se opuso Reverte a ello, en su deseo de favorecer al empresario, a quien dijo que se comprometía él solo a matar los seis astados. No mató ninguno, porque al hacer un quite en el primero salió por el aire, sufriendo un tremendo palizón y tres puntazos y no pudo continuar la lidia.

El banderillero Bernardo Hierro, que actuaba de sobresaliente, dio fin al toro como pudo, pero manifestó que no estaba dispuesto a cargarse los cinco restantes. Hubo conferencias entre el Presidente y el empresario, y un pregonero anunció que éste, el referido Felipe García, seguiría toreando hasta que las fuerzas se lo permitiesen.



Ilustración de Felipe García Benavente.

Para salir del compromiso y evitar un conflicto de orden público, Felipe García, que estaba vestido de paisano, se tiró al ruedo. Fueron tres los que despachó, lo que no fue poco, teniendo en cuenta su obesidad, su falta de actividad, y sus cincuenta y dos años; el banderillero Manuel Rodas dio muerte al quinto, y su compañero José Moyano, al sexto, salvando de esta forma la situación.

Así pues, tenemos en la figura de Felipe García un caso excepcional en la historia de la tauromaquia, un individuo que acaparó todos los oficios posibles, ocupando todas las escalas en la tauromaquia; fue mozo de cuadra, monosabio, picador, banderillero, torero bufo, forçado, novillero, medio espada, sobresaliente, matador de toros, rejoneador, ganadero, apoderado, empresario y espontáneo, porque espontáneas fueron algunas de sus actuaciones.



Los apodos toreros

La costumbre del apodo entre la gente de coleta puede decirse que nace hermanada con las primeras manifestaciones de la Fiesta, ya organizada como espectáculo, en los primeros años del siglo XVIII. La mayor parte de las veces los apodos son una mueca del pensamiento, una contracción del sentido común y un barroquismo del idioma. Los remoqueles, estos dichos graciosos con que califican a una persona, sirviéndose de una ingeniosa comparación, en general, suelen darse por alguna circunstancia; bien por el oficio, como los de *Albañil*, *Panadero*, *Espartero*; algunos otros responden a su lugar de origen o naturaleza del que los lleva: «Malagueño», «Chiclanero», «Rondeño», «Cordobés»; bien por su característica física, como por ejemplo el de *Cara-Ancha*, pues, en efecto, este torero no la tenía estrecha; bien por apocope del nombre, como todos los «Pepes», «Pacos», etc.; diminutivos, que tantos abundan en las listas; por transmisión de abuelos a padres y a hijos y demás familiares que contribuyeron a las dinastías renombradas y de solera en los anales de la Tauromaquia. De entre ellos los «gallos», «litris», «bienvenidas», «valencias»; o «here-dados», como Salvador Sánchez «Frascuero», que tomó el mote de su hermano Francisco, llamado en un principio «Frasco», que derivó en «Frascuero», y más tarde conocido como «Paco Merluza», por los efectos de su afición a la bebida.

Respecto a los toreros procedentes de Andalucía, antaño no se salvaba ni uno de su correspondiente alias, que se popularizó hasta el extremo de que solo por ellos se les conocía.



Salvador Sánchez «Fracuelo».

Al tratar de aclarar y documentarnos sobre el tema, repasando el inventario de los profesionales del toreo aparecen como los sobrenombres más numerosos los llamados: «curros»; «niños»; «chicos»; «morenos»; «morenitos»; «rubios». También se prodigaron los de «gitanillos» —de los que hay casi medio centenar—, y entre los cuales ocupa el primer lugar Francisco Vega de los Reyes «Gitaniillo de Triana».

Los orígenes de algunos apelativos de toreros famosos son poco conocidos. Ninguno de los biógrafos de Francisco Arjona Guillén «Curro Cúchares» menciona el origen de tan renombrado apodo, y alguno llega a lamentarse de no haber podido averiguarlo. El caso es bien sencillo; se debió a que «Curro», al quedar huérfano de padre, el banderillero Manolo «Costura», pérdida que hubo de lamentar apenas cumplidos los diez años, su madre le colocó como aprendiz en una fábrica de cedazos y cucharas que existía en una de las calles del barrio de Santa Cruz, en Sevilla, regentada por el conocido como «El Trompa», llamado así por tener una nariz de exageradas proporciones. «Curro», que desde sus primeros años ya apuntaba la sorna con que andando el tiempo había que definir su carácter, gastaba bromas y burlas al dueño de la fábrica sobre su órgano olfatorio, hasta que éste harto de las guasas del muchacho, de un puntapié le puso en la calle.

La madre, entonces, recurrió al matadero de Sevilla, donde su marido había trabajado, en busca de ocupación para su hijo, y éste fue colocado como ayudante en el reparto de carnes, y allí empezaron a llamarle «cucharero», por el oficio que acababa de dejar, denominación que por distorsión del lenguaje, fue para unos «Cucharé» y para otros «Cúchares». Este último apodo tomó mayor arraigo, y por «Cúchares» pasó a la historia del toreo, para ocupar uno de los puestos más destacados y referencia del arte.

Por todos es conocida la figura del torero cordobés Rafael Molina «Lagartijo», uno de los más grandes lidiadores de todas las épocas, fundador de la llamada «escuela cordobesa»; nombrado primer *Gran Califa* del toreo —título con que le bautizó el chispeante revistero *Sobaquillo*—. «Lagartijo» era natural de Córdoba e hijo del banderillero «El Niño de Dios». Desde muy niño, tomó parte en la lidia de novillos, vacas y becerros, hasta el punto de que antes de cumplir once años ya trabajó como banderillero



Fernando Gómez «Gallito».

de cartel en una novillada en la plaza de toros de Córdoba, celebrada en el mes de septiembre de 1852. El alias se debe al padre de Rafael Guerra «Guerrita», que era encargado del matadero de Córdoba, y le puso el sobrenombre de «Lagartijo», por ser pequeño de estatura y por su ligereza y viveza en saltar las tapias del matadero, donde capeaba las reses con destino al consumo. Cuando le sorprendía en los corrales del establecimiento y al no poderle alcanzar decía: «*Ezte* muchacho *trepa* como un «lagartijo»».

Original también dar a conocer la procedencia y el apelativo del torero gitano Joaquín Rodríguez Ortega «Cagancho», y de dónde viene el apodo de este torero artista nacido en 1903 en la Cava del barrio de Triana, de Sevilla, cuyo alias parece grosero. El verdadero origen es que uno de los antepasados del torero era herrero en Triana, y solía construir unos ganchos para romanas y otros menesteres. Frecuentemente le encargaban la confección de estos ganchos, y al preguntarle el precio solía contestar: «*Cá* gancho, dos reales», y desde entonces se ha ido transmitiendo de generación en generación el mote de «Cagancho».

«Machaquito» contó, en un principio, con un inconveniente para el ejercicio del toreo, su corta estatura, a la que cuando era aludida, afirmaba: «No importa. Delante de los toros me crezco media vara».

El alias del torero cordobés, Rafael González «Machaquito» se lo impuso Rafael Guerra «Guerrita», cuando tras lancear una vaca en el matadero de Córdoba, exclamó: «¡A ver si ahora baja un torero! ¿No hay nadie quien se atreva?» Y «Machaquito», que tan solo tenía doce años, saltó y lanceó con una blusa. «Guerrita» quedó impresionado y aseveró: «Tú vales *pa* el asunto. ¿Cómo te llamas? ¿Eres hermano del «Machaco», el zapatero que anda machacando clavos todo el día? Pues te llamaremos «Machaquito», porque eres bajito. Además no está *má er* mote y *ademá e mu* nuevo».

Diego Mazquiarán «Fortuna» fue de aquellos torerillos que arribaban descalzos y hambrientos a las capeas trágicas. Cuando el maletilla salía triunfador de la Fiesta, y había recogido algunas perras en su capote remendado, aún le esperaba otro festejo, que era salir por pies carretera adelante, capea adelante; porque las capeas y las carreteras prometían igualmente un porvenir.



Rafael Molina «Lagartijo».

No se olvidó Diego Mazquiarán, y decidió un día meterse en el tren con otros compañeros de viaje, para así ganar tiempo y a la vez descanso. Pero en el tren pedían billete, y Mazquiarán no era «Fortuna»... Pero más que un alias es un símbolo. Pues en vista que venía el revisor solicitando la papela, los mozos que no los llevaban decidieron saltar de un vagón a otro, para esquivar al molesto empleado ferroviario, con tan mala suerte que a uno de ellos, al saltar, no consiguió alcanzar la otra plataforma y quedó debajo de las ruedas del tren que lo arrolló, y a Diego Mazquiarán le ocurrió lo mismo, pero salió totalmente ileso. El resto de compañeros, por la suerte que tuvo, le llamaban continuamente el de la «Fortuna» y con este apelativo se le conoció cuando actuaba y fue a raíz de aquel suceso.

En la última década del siglo XIX de los cerrados y capeas salieron varios toreros de fama, entre ellos Emilio Torres «Bombita», que fue fundador de la dinastía y hermano de uno de los toreros más destacados en su época, como lo fue Ricardo. Pues bien, cuando Emilio Torres iba de pueblo en pueblo en busca de la gloria, aún no tenía remoquete, ni intención de ponérselo. Y por aquellos días, mundo a la espalda y capotillo al brazo, marchaban cuatro maletillas por tierras del antiguo reino sevillano. Iban a una capea. El aire era fuego, y cuando ya iban casi achicharrados, doloridos los pies y agotados los adjetivos de las supuestas faenas, decidieron sestear bajo un olivo; como los muchachos eran diestros, o se daban de tales, pensaron ponerse un alias.

Muy lentamente, fueron saliendo los apodos de sus bocas, con énfasis rústico y gallardo:

—Yo, «Cúchares».

—Yo, «Paquiro».

—Yo, «Espartero».

Al preguntar a Emilio cuál sería el suyo, exclamó:

—Pues yo, el «Tuerto Bomba».

Fue un coro general de carcajadas, porque el «Tuerto Bomba», era un tío grande con patillas negras, con un parche en la cara por la falta de un ojo y feo con avaricia, a quien se le había metido en la cabeza que él había nacido para ser torero.

—¡Pues *na!* Er «Tuerto Bomba» te llamaremos —replicó uno de los muchachos.



J. Sánchez del Campo «Cara Ancha».



Emilio Torres «Bombita».

—Pero tú no eres tuerto —le replicó otro.

—Bueno; me llamaré *Bomba* na más. ¡Pero *Bomba* me llamo!

Y *Bomba* fue; «Bombita», porque el uso lo quiso. Del *Bomba* aquel que tuvo por patrón a un infame maletilla, no se supo más, pero de su apelativo se hablará mientras haya tauromaquia gracias a los hermanos Emilio, Ricardo y Manuel Torres Reina, que llevaron el apelativo de «Bombita».



Las banderillas: Historia y origen

Las banderillas, también llamadas arponcillos, garapullos, rehiletes, avivadores, zarcillos, pendientes, palos, etc., que de muchos más nombres se denominan, poco han variado, como no sea en su adorno, desde los últimos años del siglo XVIII hasta la fecha. En aquella época, a finales del siglo XVIII, se describió así la banderilla: «Es un palo de dos cuartas y media de largo con un hierro en la punta, a manera de arpón». Hoy se regulan en el artículo 65, apartado primero del presente Reglamento Taurino. Indica que: «Las banderillas serán rectas y de madera resistente, de haya o fresno, de una longitud de palo no superior a 70 centímetros y de un grosor de 18 milímetros de diámetro; introducido en un extremo estará el arpón, de acero cortante y punzante, que en su parte visible será de una longitud de 60 milímetros, de los que 40 milímetros serán destinadas al arponcillo». Hasta este punto es fácil llegar, ya que lo recoge el Reglamento. Sí, ¿pero cuál es el origen? y ¿por qué el nombre de banderilla?

Resulta bastante difícil determinar cuándo comenzaron a usarse, por haber tenido su antecedente en otros objetos hirientes utilizados anteriormente para hostigar a los toros, pero hay una constante evolución, con algunos vacíos históricos, desde los dardos arrojados hasta los pares de banderillas.

En los tiempos en que la lidia era patrimonio de los señores caballeros en plaza, había, sin duda, un lapso de tiempo, durante la lidia ordinaria, en que el «populacho» podía intervenir. En aquel momento, cuando se daba la señal, podía cualquier espectador



Origen de la denominación «banderilla» (banderín).
Combat de Taureaux en Espagne, Emmanuel Witz (1717-1797).

bajar al coso y arrojar al toro unos arponcillos, que en general, se lanzaban cuando la fiera se paraba por exceso de brega agotadora. La descripción de un festejo celebrado en Segovia el 2 de septiembre de 1612, de un anónimo relacionista escribe: «...Tan pronto como le suelta [el toro], trescientos hombres que se encuentran repartidos por todo el ámbito de la plaza, provistos de dardos, se dedican a pincharle». El público, que tenía la libertad de elegir, adornaba los arpones y a veces les colocaban unas cañas a fin de darles mayor estabilidad y equilibrio al ser lanzadas, llegando en ocasiones a colocarlas, para hacerlas más vistosas, unas banderitas de distintos colores que daban mayor atractivo. La moda y costumbre de colocar una banderita en el extremo opuesto al arpón llegó hasta tiempos de los primeros toreros profesionales, que cobraban un salario por su trabajo, y de aquí deriva su nombre, o sea, que, banderilla, es derivación de bandera, y llamada así, porque iban adornadas con un banderín por la empuñadura.

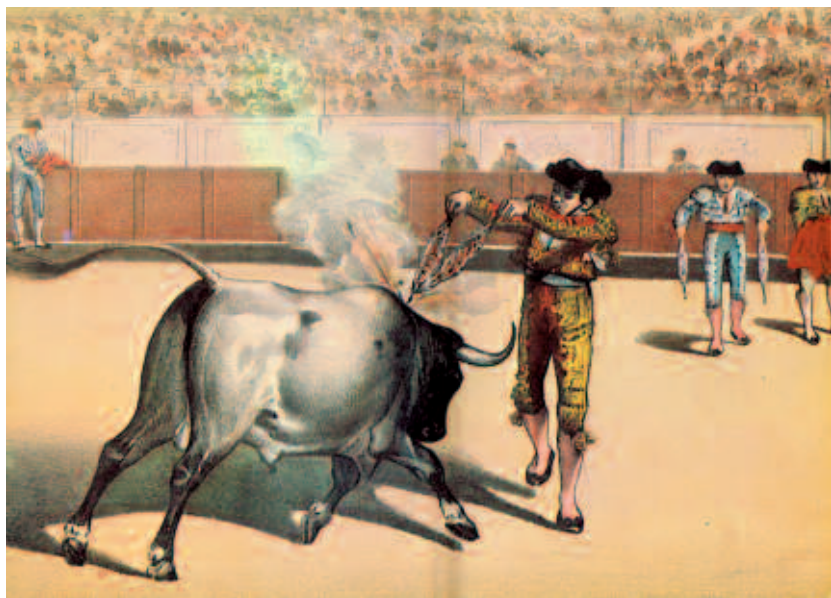
Por aquellos tiempos se clavaban de una en una y se hacía al amparo de algún que otro trapo o capotillo del que se prevenían los espadas (pues aún no se conocía la forma de hacerlo a cuerpo limpio). El capote valía de defensa y para hacer el recorte; y

al relance de éste, clavaba el garapullo, más bien lo lanzaba y se incrustaba, generalmente, en el cuello o en los costillares del toro.

Algunos escritores extranjeros arrojan más luz sobre su origen; el cardenal Barberino, que asistió a una fiesta de toros en la plaza Mayor de Madrid en 1626 comenta así la suerte: «...a dicho toro tan pronto como abandona el encierro, le lanzan gran número de cañas, que prenden en su piel por medio de aguijón o punta afilada encajada en dichas cañas».

Ya a principios del siglo XVIII, los públicos empezaron a valorar el embroque cara a cara, y mucho más cuando se clavaban las banderillas a pares.

Una de las primeras referencias sobre esta forma de clavar las banderillas a pares nos la aporta el duque de Vanci, un viajero extranjero que estuvo en nuestro país en 1701, en su escrito sobre una corrida que presenció en Bayona con motivo del viaje de Francia a España del duque de Anjou, para ser nombrado rey de España con el título de Felipe V, dice: «Un toreador le atacaba en el



Reproducción de la litografía publicada en *La Lidia*, el 26 de junio de 1883.

momento que el toro bajaba la cabeza para llevarse al hombre entre sus astas, el torador aguardando pausadamente el momento, clavaba un dardo en lo alto del cuello, pasando la mano entre los cuernos y en ocasiones dos a la vez...

A lo largo de los siglos ha habido varias clases de banderillas y se denominaban como «ordinarias», que se usan comúnmente en la generalidad de los casos y van adornadas con papel de colores recortado. En las corridas extraordinarias, antes se usaban las banderillas de lujo, que suelen adornarse con cintas de seda, flores e infinidad de objetos de capricho. Se han visto en otros tiempos algunas muy originales, entre otras llamaron la atención un par adornado con dos muñequitos, uno vestido de torero y otro de maja; otro par en una corrida de camareros, formado por dos cafeteras atravesadas por dos palos; otro, semejando dos panderetas; otro, dos abanicos, etc.

Una variante de las banderillas de lujo son las «banderillas sorpresa», muy en boga en todo el siglo XIX y generalmente se usaban en festejos cómicos, que poseen en el centro un pequeño depósito, en el cual van ocultas flores, cintas confeti, pájaros y a veces palomas; en el momento de clavar al toro el arponcillo, se queda en la mano con la parte superior de la banderilla el rehiletero, y entonces, al producirse la rotura de la pequeña caja, salen al espacio los papelitos de colores, los pájaros o palomas.

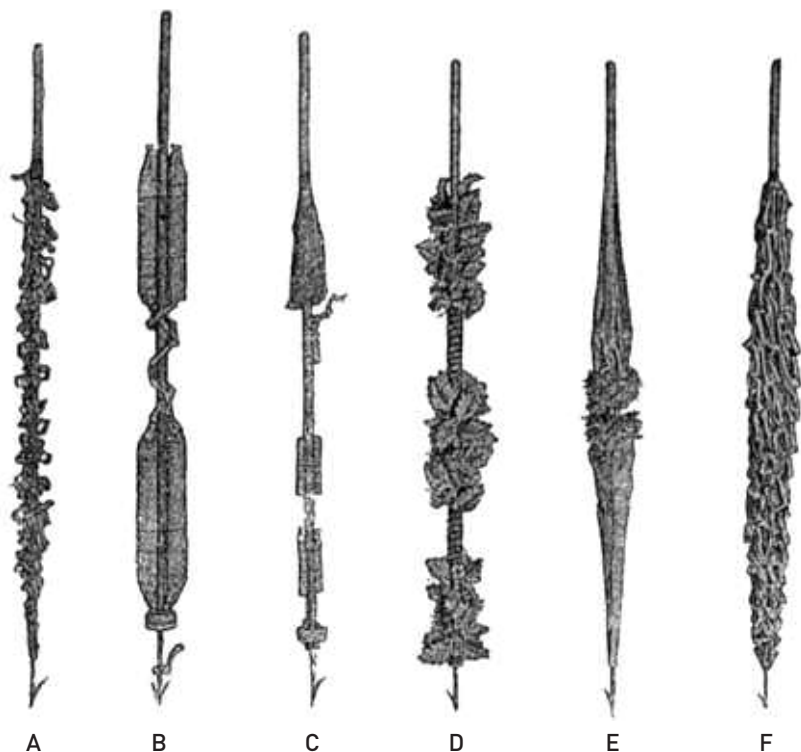
Las banderillas a cuarta, ya totalmente inexistentes, que estuvieron muy en boga en los años cuarenta al setenta del mil novecientos. No se diferenciaban de las comunes más que en el tamaño, como indica su nombre.

Las banderillas de fuego, por vez primera aparecen relacionadas en una fiesta celebrada en 1760 en la Plaza Mayor de Madrid; se debe a la pluma del teólogo inglés Eduardo Clarke²³, que en un relato y en papel de época, cuyo título es: *Ajuste que se ha hecho en la entrada pública del Rey nuestro señor don Carlos III (Que Dios guarde) en la Villa de Madrid*, ya nos habla de las banderillas de fuego como instrumento para atormentar a los toros: «...su esfuerzo consistía en irritarlos más para colocar sobre su cuello, o

²³ *Cartas concernientes a la Nación Española.*

en otras partes, pequeños dardos armados de garfios y adornados con manojos de papel. Algunos de estos instrumentos estaban llenos de pólvora y estallaban a la manera de un cohete o buscapíes tan pronto como eran clavados al toro».

Para muchos historiadores fueron empleadas como novedad y primicia en la plaza de toros de Aranjuez en el año 1791, y dan por su inventor a José Ruiz «El Calesero», que las colocaba a caballo; su origen era para animar las novilladas y casi constituían un número del programa. No se ponían solo a los toros cobardes y mansos, sino que se designaba a uno de ellos, y así rezaba en el cartel, que indicaba, señalando, a qué novillo iban destinadas.



A. Banderilla ordinaria. B. Armazón de una banderilla de fuego antes de prender. C. Armazón de una banderilla de fuego después de quemada. D y E. Banderillas de lujo. F. Banderillas cortas. (*Tauromaquia de Guerrita*. Tomo I.)



Cuadrándose en la cara del toro, de Antonio Casero.

Las banderillas de fuego, cuyo mecanismo era de lo más sencillo y simple, estaban compuestas de una armadura de cartuchos de pólvora y petardos unidos entre sí por una mecha que prendían con una yesca colocada en el extremo superior del hierro cuando la banderilla era colocada en el toro; pues entonces la yesca sube un poco, y al ponerse en contacto con la mecha realizaba la explosión de la pólvora. Otro modelo, aunque este pronto quedó en desuso por su poca fiabilidad, eran los que estaban previstas de un detonante que se encendía con el choque que recibían sobre el lomo del animal, en el mismo momento en que la punta penetra en la carne.

Este tipo de banderillas fueron prohibidas en varias ocasiones. La *Gaceta* del 14 de junio de 1928 publicó una real orden del ministerio de la Gobernación en la que era obligatorio en todas las plazas de España el uso de los petos protectores para los caballos; se suprimían las banderillas de fuego, por cuatro pares enteros de las ordinarias al toro que no cumpla en varas, cambiando el baldón que para el ganadero supone el fuego por el tocado de una caperuza o lazo negro que se colocará sobre los cuernos del



Toreros lanzando arponcillos al amparo de un capote.

toro, como castigo moral al ganadero, y de esta forma se arrastrara. No fue la definitiva. La medida comprueba en la práctica una tal equivocación que en el próximo Reglamento de 1930 se reinstaura el fuego. Pero un nuevo apretón de la Sociedad Protectora de Animales y un postulado de varios matadores, con el diestro Mario Cabré a la cabeza, fueron los que por fin desterraron para siempre la más que discutida función de este castigo, que ningún beneficio reportaban, sino que más bien propenden al peor resultado de la lidia. Suprimidas definitivamente las banderillas de fuego, por un decreto de 17 de mayo de 1950, se sustituyeron por las negras, que como su nombre indica, tienen como característica el ir enfundadas en papel rizado negro, con una franja en blanco de siete centímetros en la parte central. Se las conoce también como de «castigo» por ser el arpón más ancho y largo; los castizos las llaman «las viudas», en referencia a su color.



Un bandolero metido a picador

Joaquín Carmargo Gómez «El Vivillo», fue uno de esos personajes que se les puede calificar de «singular». Uno de los más afamados de la España pintoresca y el último bandolero de «leyenda», que alcanzó gran popularidad a principios del siglo xx.

El apodo de «El Vivillo» le vino puesto por un maestro de escuela que no era capaz de imponerle el castigo con el palo, al esquivar los golpes escondiéndose debajo del pupitre. Cuando alguna vez lograba el maestro su propósito decía: «¡Te pillé. Eres muy vivillo, pero no te vale conmigo!», los chicos dieron por llamarle «El Vivillo», y con ese nombre se hizo célebre en todo el mundo.

Había nacido en Estepa (Sevilla) el 5 de marzo de 1866. Era el décimo hijo de dieciséis que tuvieron sus padres, que disfrutaban de una economía holgada dedicándose a la agricultura en las tierras de labor propias. Pero la mortalidad infantil era demasiado alta en aquellos años, y únicamente consiguen sobrevivir él y su hermano José, quince años mayor. El cariño que la madre concentró en ellos dos, y especialmente en Joaquín, hace que éste sienta una verdadera adoración por ella, hasta el punto de que al morir y contraer su padre nuevas nupcias con Pilar Galbán, mujer de fuerte carácter, no soporta ver cortado su espíritu de aventura e independencia.

Los malos tratos, la dureza de los castigos y las continuas riñas le llevan a fugarse de casa cuando apenas contaba trece años y desde este momento empiezan las aventuras del muchacho rebelde, despierto y astuto.

Trabaja en un principio como mozo limpiando cuadras y al cuidado de caballos en un cortijo de Écija, y una vez enterado el padre de su paradero le devuelve a casa. Inquieto y bullicioso, «El Vivillo» quiere ver mundo y marcha de nuevo por los caminos. Se emplea donde le dan trabajo y cobijo, pero descubre por boca de los numerosos contrabandistas que recorren Andalucía que hay un dinero rápido, pero con riesgo: el contrabando y, así, comienza a poner los ojos en Gibraltar, campo de grandes e importantes operaciones. Una noche llega a una venta la Atalaya, en la sierra de Atalayón. En ella va a conocer a José García —el que había de ser su amigo y compañero inseparable en los momentos más duros—, que le invita a sumarse a su partida y con él permanece durante diez meses haciendo contrabando en la zona de Gibraltar.

Se asocia más tarde a la partida del señor Manuel «El Vizcaya» como lugarteniente del bandido más temido y famoso de toda la zona estepaña. Los golpes y atracos comienzan a ser de mayor envergadura, pero tan diestra en su preparación que la justicia sigue absolutamente desorientada. Su fama empieza a crecer y a extenderse, se le teme y se le admira, siempre consigue zafarse de la justicia y no es un asesino, aún no ha derramado sangre en ninguna de sus actuaciones.

Cerca de un año anda «El Vivillo» en compañía del «El Vizcaya», burlando permanentemente a los guardias, cuando es capturado en un encuentro con los civiles en las cercanías de Estepa. Se le acusa de haber tomado parte en el asalto a unos tratantes que regresaban de la feria de Villamartín, pueblo situado en la serranía de Ronda.

Más de un millón de reales se llevaron de aquel atraco y, aunque no hay pruebas, todo apunta a la persona del bandolero.

Después de permanecer siete días en la cárcel de Estepa, emprende camino, andando entre civiles, hacia Osuna; fatigados llegan a Utrera y de aquí, cargado con cadenas y después de treinta días de recorrido, entra en la cárcel de Jerez de la Frontera donde permanece trece meses.

Es juzgado por la Audiencia de Cádiz y las acusaciones son confusas en cuanto a la paternidad de aquel asalto y, si a esto añadimos a «testigos» que aseguran haber visto a «El Vivillo» en las tabernas de Estepa, durante la fecha, tenemos como resultado su absolución.



Foto de «El Vivillo».

Intenta de nuevo permanecer tranquilo, pero no lo consigue. En un principio se dedica a traficar con objetos de compra y venta y se hace experto en caballos con los que negocia. A la vez amplía el «negocio». Organiza su propia partida de bandoleros y, además del «trapicheo», se hace cuatrero, roba, asalta caminos y secuestra. La popularidad de «El Vivillo» se propaga por toda Andalucía, desde el campo de Gibraltar hasta las quebraduras de Despeñaperros, y todos los males que podían ocurrir en dos lugares muy distantes y a la misma hora cargaban las culpas de lo robado en el haber de «El Vivillo», diciendo que habían



El bandolero «El Vivillo», en su aspecto de picador de tanda en la plaza de toros de Vista Alegre (Carabanchel, Madrid).

sido asaltados o robados por éste y sus hombres en cualquier encrucijada.

El día de la feria de Priego (Córdoba), en septiembre de 1895, se comete otro asalto muy parecido al de Villamartín, pero mucho más cuantioso, por acudir a ella gentes más acaudaladas.

Cuando el hecho llega a la guardia civil, ésta consigue capturar a tres posibles autores; «El Vivillo», que, por supuesto, está en la mente de los civiles, cae más tarde, sorprendido mientras duerme.

Su peregrinar de cárcel en cárcel es continuo, siendo la última en ingresar la de Cabra (Córdoba). Después de largos meses y cuando ya ha renunciado a que su libertad sea un hecho jurídico, opta por fugarse, que tras mil peripecias y peligros consigue consumar eficazmente.

Perseguido hasta los últimos confines por toda la guardia civil, se embarca a Orán y desde allí a Argentina y, con documentación falsa, cambia de nombre. Allí se establece y hace amigos. Lleva consigo a su mujer e hijos, pero un amigo lo denuncia a las autoridades españolas que consiguen su extradición.

En el año 1909, «El Vivillo» tiene pendientes 12 procesos con la ley; robos, asaltos, amenazas y abigeato (hurto de ganado), le retienen en la cárcel de Sevilla, en espera de que el juez especial atienda las demandas de los distintos juzgados y dicte sentencia.

Su abogado, Rodrigo Soriano, diputado republicano y director del periódico *La Nueva España*, trabaja con entusiasmo para conseguir la libertad de su detenido.

Después de varios meses de interminables sesiones consigue demostrar su inocencia —algo sin precedentes en la historia del bandidaje español— saliendo absuelto de todos los cargos que le imputaban y sobreseyeran todas las causas por falta de pruebas.

Quiere volver de nuevo a Argentina, donde ha dejado bienes y familia, y sin recursos, tiene la idea de tomar parte en corridas de toros como picador.

Con objeto de recaudar fondos para que pudiera reunirse con su familia en Argentina, en Linares (Jaén), se anuncia para el domingo día 17 de septiembre de 1911 una corrida de toros de la ganadería de Correa, para los diestros Enrique Vargas «Minuto» y Antonio Moreno «Moreno de Alcalá» y como aliciente que «El Vivillo»

actuará de picador a las órdenes de «Minuto». La revista *El Toreo*²⁴ enjuicia así su labor:

«En cuanto al *clou* de la fiesta, o sea “El Vivillo”, solo salió en el primer toro; y con completo desconocimiento de lo que es picar toros, trató de poner una vara en una arrancada del toro, marrando, y entonces el bicho tomó el caballo de través, derribándolo, despidiendo a “El Vivillo”, que dio un porrazo superior, y pasando por encima de él sin hacerle nada».

Volvió a repetir suerte en la plaza de toros de Vista Alegre, en Carabanchel (Madrid), el día 1 de octubre del mismo año. Esta vez actúa en la cuadrilla del valeroso novillero madrileño Enrique Fernández «Carbonero», al que acompañaban en el cartel Manuel Navarro y Julio García, de Gijón, nuevo en esta plaza. Los astados de la ganadería de Ildefonso Gómez. Con antelación a la celebración del festejo la prensa dio la noticia de la actuación de «El Vivillo» y en los carteles apareció con una nota destacada su concurso en la corrida indicando: «la presentación al público, como picador de toros, de Joaquín Camargo “El Vivillo”».

Los periódicos *El País*²⁵ y *El Liberal*²⁶ hacen una amplia crónica e incluye, este último, reportaje con fotografías.

Del desarrollo y trabajo tomamos nota de los comentarios de ambos diarios:

«Lleno colosal, rebosante. La muchedumbre acudió para ver al célebre “Vivillo” de su nuevo y no menos arriesgado oficio (...). Pero como se verá nuestras esperanzas no se cumplieron, pues no sabemos si a causa de su obesidad, quizás también temiendo un batacazo como el de Linares.

»Primero [de los novillos] “El Vivillo” da la vuelta al ruedo en medio de aplausos que se me antojan chungones. (...). No entra a “El Vivillo” porque éste [el novillo] no va a él. Trabajan los peones y el matador para ponerlo en suerte, pero no entra. Fue condenado a banderillas de fuego.

»El cuarto (...) se colocó en la suerte pero a la hora de la reunión ni el toro tuvo valor para acercarse al “Vivillo”, ni “El Vivillo”

²⁴ *El Toreo*. n.º 2.233, de 2 de octubre de 1911.

²⁵ *El País*. Madrid, 2 de octubre de 1911.

²⁶ *El Liberal*. Madrid, 2 de octubre de 1911.

mientras que ahora. Cualquier cabalgata, era fiesta que exigiera no sea el ordinario en estos días en que final el disfraz. Adecuada especie de ensayo en el verano, el estrecho si en Carnaval no que la broma se dé en ordenlo ustedes, desde ón acá, todas las fiestas resultado bromas p:

endo, desde hace muchocena de bailes: elcritores y Artistas, elArtes y los de los distcolonias regionales. ado aisladas, autónóque decir que armóníto en favor de la ley cal: las regiones baican, y sin ofrecer sinparatismo. Al contrahegemonía del *schotis* ioma general, el *calé*,

o cada Centro regior de su bastonero y frid. Apliquemos el problema solucionas provincias manco-l Estado... catarral.

uffados hemos estado ansemizados. Decidí-sensitiva. Nos calumfican de pueblo ingo-ésemos unas fieras, é las fieras, se nos do-

vierno han sido esos ue han brillado en l cuales Madrid ha lleoro; sobre todo, oro. io de que el día que ólatras derrumbemos

ra, era *Lagartijo*. Acor-despedida. Rodeado, lia civil, pudo llegar

ación parlamentaria. más que por esto, las an sido más gratas. periódico y poder re-dar un tropiezo cante Administración lones temporales de la las propagandas del

esperar andando. Y así se muere...

ANGEL M.^a CASTELL.

EL SUCESO DE LA SEMANA

UN REPATRIADO Ya tenemos otra vez al *Vivillo* en España...

Pero ¡no hay que asustarse! Convenientemente sujeto y vigilado, el famoso bandido no viene á seguir ejerciendo su lucrativa profesión, sino á responder de su pasado ante los Tribunales... Las leyes españolas le han perseguido fuera de la patria, y aquí le condujeron y aquí le esperan con todos sus rigores. Resulta, en verdad, un poco paradójico repatriar á un hombre que ha de parar en presidio. ¿No sería igual juzgarle y recluirle en el mismo país donde se le detuviera? Respetemos los misterios de la legislación universal; pero no nos quedemos con el reparo en el cuerpo.

El *Vivillo* es uno de los últimos supervivientes de la España pintoresca. Su aparición en los campos fue saludada con aplauso y con regocijo por los artistas nacionales y extranjeros que ponen el arte por encima de la moral social, tejida por los pueblos para su vida y para su sosiego. Tenía el personaje las condiciones clásicas, y la imaginación popular le puso en seguida á la altura de los héroes análogos, hijos de un romanticismo falso y perturbador. Pero las gentes honestas clamaron por el rigor de las leyes, y una persecución activa acabó con la leyenda. El *Vivillo* tuvo que salir huyendo y las gentes se contentaron con que desapareciera, ya que no pudieron lograr que se le castigara.

Ahora quedarán satisfechas. Pronto el héroe se sentará en el banquillo y los jueces le acumularán todas las penas correspondientes á sus delitos. Mas he aquí una pequeña reflexión, que se le ocurrirá á cualquiera, sin que al hacerla nadie pueda suponer que se trata de defender al acusado. El *Vivillo* vivía en Buenos Aires transformado y arrepentido; según dicen, dispuesto á acabar sus días dentro de la legalidad que tanto le mereciera tan poco respeto. Cumplió, en fin, en sí mismo el fin más fundamental de los Códigos, cual es el de corregir al delincuente... La ley, sin embargo, no cree en la palabra ni en las obras buenas de un hombre que fué malo. Necesita castigarle para convencerse...

ANTONIO PALOMERO.

sobre la voluntad i sivas.»

A esta obra demor media toda luz y mis Francisco de Asís de ta su muerte. La *mis* reproduciendo los fr Assisi. Se titulará *Fr* en Roma en la próx vierno. Después pre una gran trilogía ron cer en 1911, con moti las fiestas nacionales está compuesta por l tóricos más fundame Roma, y se represe consecutivos. La pr título *Re Numa*, y s días cercanos á la fu ciudad. En torno á l iuturna aparecerá e vestales con todo el j so del paganismo ro titúlase *La giovinezza Nerone*.

Re Numa había sid zio para el proyectad de iban á represent grandes espectáculos culto de los dioses y

Pero el proyecto guardó su obra para dándola en la actuali te de una trilogía.

Una comedia dram plo planea en estos es una obra histórica de *Chioggia*, sosteni necia.

El doctor Bavble n poeta sin sondear su cos, y le preguntó qu ciones de Italia con

El poeta calló disci En cambio, d'Annu viva simpatía para Al mira grandemente tr Goethe, las corazas italianas que embelle nal de Berlín.



CONSEJOS UTILES LOS ENFE

del médico boticario,
II. De médico de visita cuando la pagu
III. Receta de cor na de farmacia sin t

espoleó su caballo ni empujó para ponerle la pica en su punto, muy al contrario, toro y picador, como de común acuerdo, se dieron las espaldas y huyeron de sus sombras respectivas. —Puso solamente una vara— y todos los esfuerzo de la cuadrilla para que tomara las de la ley de “El Vivillo” (...) pero todo fue inútil, y aquí terminó la expectación».

Y también acabó la breve vida profesional taurina y su incursión en los ruedos de Joaquín Camargo Gómez «El Vivillo», el último de los caballistas de la España pintoresca de la pandereta. La de un personaje novelesco, que por su vida aventurera y celebridad notable, la imaginación popular le puso enseguida a la altura de los héroes análogos, hijos del romanticismo falso.

Él, como todos los bohemios y hombres libres y sin ataduras, que vivieron la vida plena de riesgos y excesos, marcó el tiempo a su voluntad. Volvió pronto a Argentina y el 16 de julio de 1929, cuando cuenta sesenta años de edad, muere después de ingerir una medida de cianuro potásico.

En el recuerdo, el eco de la copla de «El Vivillo» que luego sería para él, y a modo, como el lema de su existencia:

*Para ser buen «quinaor»,
dos cosas has menester
una «pusca» y un buen «gras»
que tenga buenos «pinrés»²⁷.*

²⁷ En el lenguaje caló, «quinar» es hacer contrabando, la «pusca» es la escopeta, el caballo es el «gras» y los «pinrés» son los pies o patas.

Mariano Montes, de Portillo (Toledo). Nuevo en esta plaza

A sí rezaba en el cartel que anunciaba su presentación en la plaza de Madrid el día 25 de julio de 1918, para estoquear reses de Salas acompañado de Carlos Nicolás «Llavero» y José Roger «Valencia».

Mariano Montes era natural de Portillo (Toledo), donde había nacido el 8 de diciembre de 1895; hijo de Aniceto Montes, honrado carnicero, allí establecido, y de doña Juana Mora. Se hizo torero por afición, y en una fiesta taurina celebrada en su pueblo, Mariano, protegido por un banderillero, probó su interés, y con el capote toreó con tanta valentía, que de allí salió su firme propósito de dedicarse a la arriesgada profesión. Aún se afirmó más su decisión al prender las banderillas. El entusiasmo de la gente le convenció.

Anduvo por esos pueblos de Dios toreando moruchos, ejercitándose, aprendiendo, y llegó a vestir pronto el traje de luces, siendo la plaza de toros de Vista Alegre (Carabanchel) su feudo, donde sus triunfos se repetían cada vez que actuaba. Pero nuestra intención es no entrar en detalles biográficos, porque el propósito es dar a conocer los grandes retos de este querido y humilde torero.

Siendo novillero tuvo que estoquear en una sola sesión, o sea, en una sola tarde en la plaza de Madrid, a ocho terroríficos novillos de José Pereira Palha Blanco, ganadería portuguesa que a la mera anunciación de su nombre se les abría las carnes a todos los toreros. Los aficionados que llenaron la plaza, y los que asistieron

al apartado, coincidían en la admiración de la excelente lámina, apuntando que era una «señora» corrida de toros, más que de novillos.

Mediaba agosto y por ser la Virgen de la Paloma, se anunció una novillada para el día 15 de agosto de 1920 en la plaza de toros de Madrid, para los matadores Faustino Vigiola «Torquito II», Andrés Lozoya, Ramón Fernández «Habanero» y Mariano Montes, que estoquearían ocho reses de Palha.

El cartel sufrió una variación, el espada Lozoya no pudo actuar, y en consecuencia se contrató a Emilio Mayor «Mayorito» y se sustituyó uno de los toros de Palha, que se inutilizó y hubo que completar la corrida, porque de novillada solo tenía la categoría del festejo, con un bicho que no desentonase de aquellas moles de trapío y pitones. Y se eligió un torazo de Pérez de la Concha, tan grande y fuerte como los novillos anunciados. En el sorteo esta res que llevaba por nombre *Estornino* rompió plaza, y nada más salir mandó a la enfermería a «Torquito II», y a «Habanero».

A «Torquito II» le rompía la piel del párpado inferior del ojo derecho después de desequilibrarle en los lances de recibo.

A «Habanero» entró en primer lugar para salvar a un picador, y el toro le cogió y le zarandeó, causándole una herida en la cara interna del brazo izquierdo de tres centímetros de extensión. Perceance, por fortuna, tampoco grave, pero que le impedía continuar la lidia.

A los cinco minutos de hacer el paseíllo quedaban solo dos matadores para ocho toros serios, el primero de ellos sin banderillear aún cuando el dúo de aspirantes estaban en la arena: Mariano Montes y «Mayorito». Como entonces no había reparto de toros a estoquear por los percances de compañeros —así lo recogía el reglamento de 1917—, a Mariano le correspondían media docena de toros nada más empezar la lidia. Si era poco plato con lo que tenía que tragar, se aumentó en dos toros más, porque «Mayorito» fue cogido al torear de capa al cuarto toro —primero de su lote—, sufriendo un puntazo en el cuello que por milímetros no fue mortal. Quedó dueño de la situación Mariano Montes.

Despachó guapamente a los tres primeros; al tercero lo toreó con verdadera valentía, sufriendo varios achuchones.

Mariano Montes muere en la plaza de Vista Alegre



MARIANO MONTES

Después de haberse lesionado, que en la corrida celebrada el domingo último en Vista Alegre fue agredido por un toro de la ganadería de Belmonte, de Córdoba, sufrió una grave herida que dejó de salir a los pocos minutos en la enfermería de la plaza.



El caudero del lesionado torero Mariano Montes en la enfermería de la plaza de toros de Vista Alegre, donde fue visitado por numerosos aficionados.



Página del núm. 763 del periódico *Mundo Gráfico*, del día 16 de junio de 1926, en el que aparece la noticia del suceso.

La faena importante fue al cuarto, que atendía por *Camisote*, al que le cortó una oreja, un galán sobrado de libras y con unos cuernos pavorosos. Entre aquellas espantosas defensas, Mariano Montes, sonriente, dio la medida de su toreo, cumplió con nota alta ante un toro difícil y rajado por lo que tuvo que llevárselo a su querencia, en terrenos de los chiqueros.

Una vez mediada la corrida el público obligó al matador a que tomase un descanso, por el cansancio acumulado, convencidos los aficionados y espectadores de que salir en pie de aquel duro trance sería imposible para Montes, y si lo conseguía, era una proeza para luego ser contada en la historia del toreo.

Repuesto algo de su natural fatiga, tenso de valor y pundonor siempre. En el quinto hizo una excelente labor, y fue solicitada la oreja, entonces tan difícil de cortar, dando la vuelta al ruedo. En el sexto, otro recorrido triunfal al anillo. En este toro realizó una labor valiente, ante un toro grande, cornalón y avisado. Después de una estocada superior fue solicitada la oreja por unanimidad, que no fue concedida. En el séptimo estuvo muy bien y recibió una larga ovación por el conjunto de la faena. En un quite sufrió un fuerte palotazo en el rostro y vio el público cómo, rápidamente, se le hinchaba la cara al espada, que no hizo caso a los requerimientos de subalternos y público para que se retirase a la enfermería.

Con la cara magullada y sonriente se enfrentó al octavo y último de la tarde, que lógicamente agotado en lo físico, escuchó una clamorosa ovación cuando muerto el toro, al final de la corrida y casi sin haber doblado el octavo, se arrojaron al redondel, cogieron a Mariano Montes los capitalistas lo auparon y en triunfo le pasearon varias veces por el redondel y entre la apoteosis le sacaron por la Puerta de Madrid, llevándole en volandas hasta el coche, desistiendo de llevarle en hombros hasta su propio domicilio por el ajetreo que llevó el lidiador durante toda la tarde.

Pero por eso no cesó el entusiasmo y continuaron los vítores y las aclamaciones de miles y miles de aficionados que siguieron al coche donde iba Mariano Montes y le acompañaron hasta su casa, que estaba en el barrio de la Paloma aplaudiendo intensamente y gritando ¡Ocho toros! ¡Ocho toros!

Cogida y muerte de Mariano Montes

Torino. Le grane tiracche torinesi, a parer di molti, al pari di indimenticabili balsami, di tonici e rigori, ed infusori fortissimamente digestivi, anche a vapore e compresse; se bevuta sfaticata dal mal di stomaco ed ogni suo malumore, e se bevuta per un po' a la settimana, porta a fine tutto o quasi tutto, bruta in cinque o sei giorni, ed anche nel primo, ammucchiata in poco, forse anche meno, al buco di la bocca, come pure sotto la gran lingua. (Dopo, si esce un ridididido poco a poco a via, due

Algunos dicen que esto es lo que se debe hacer en la actualidad. Pero, ¿qué se debe hacer en la actualidad?

En la primavera, y una vez cobijados en las montañas y operaciones y rápidamente recuperado, se les repartió los destellos más finos: *Guerrilla Right*, *World* y *Libertarian*, prometiéndoles a cambio la información que esperaban que a cualquier momento de las fuerzas y armamento podrían ser sus ojos... pero la guerra de Vietnam se estaba haciendo cada vez más difícil de ver. Los soldados de la guerra de Vietnam se estaban volviendo cada vez más difíciles de ver. Los soldados de la guerra de Vietnam se estaban volviendo cada vez más difíciles de ver.

El terno oscuro de la muerte, era hijo de una casa de hierro y de un Parkland, se llamaba "El Negro", tenía el color 90, y sus negros azules y sus cabellos...

[illegible]

La última novela la tomó durante el invierno pasado en Caracas donde hizo una gran campaña y esta es la primera que recorre la España.

Discurso en una fiesta hallada alda una de las
 rivas más castaños por los ríos, para recibir al
 a ser de praximata conculca
 Discurso en por el solatamento de la

Enfin, dans ce roman, l'auteur nous propose une vision de la vie et de la mort. Il nous fait découvrir un monde où la mort n'est pas une fin, mais un commencement. C'est une œuvre qui nous fait réfléchir sur la vie et sur la mort.



Mariluz Fuentes de cargo presente en la información de la plaza; quien refiere del mismo teatro. En letra de mano de Mariluz Fuentes escrito sobre la copia y por el mismo de la obra, "Galego", n.º 10, de D. Florentino, de la obra: - *Fuente Fuentes y Fuentes y Fuentes* (leído).

Por tamaña hazaña se le conocía desde entonces con el remoque de «Mataocho».

El cronista taurino «Pensamientos» en un artículo en su anuario manifiesta: «por muchos años que viva Mariano Montes, no podrá olvidar esta tarde gloriosa, que será indudablemente la de más brillo en su carrera, pues hacer más es imposible, apechugar con mayor carga y salir bien, tampoco es fácil».

Pocos años pudo saborear las mieles del triunfo. Después de tomar la alternativa en Córdoba el 21 de septiembre de 1921, las cosas no rodaron bien, y los empresarios no contaron con su concurso en los carteles, por lo que luchó denodadamente para no caer en el olvido, marchando México durante dos inviernos. En el año 1925 no consiguió torear más que dos corridas, y la primera vez que vistió el traje de luces en 1926 fue el 13 de junio, en la plaza de toros de Vista Alegre (Carabanchel), para estoquear ganado de Florentino Sotomayor, actuando el rejoneador Alfonso Reyes, y los espadas Antonio Sánchez y Mariano Montes.

Durante la lidia del tercero, de nombre *Gallego*, Montes, que toda la tarde estuvo muy trabajador y valiente, lanceó cerca y dio dos verónicas ceñidísimas. En una de ellas salió cogido por el costado y campaneado horriblemente en medio de la enorme impresión del público.

El desgraciado torero trató de ponerse en pie; pero no pudo, y en brazos de las asistencias pasó a la enfermería en estado agónico. Los esfuerzos de los médicos fueron inútiles, y aunque se le aplicaron al herido inyecciones de suero y otras de cafeína y aceite alcanforado, falleció a las siete de la tarde.

Antonio Sánchez mató al toro *Gallego*, causante de la muerte de Mariano Montes, e inmediatamente la presidencia suspendió la corrida ante la unánime petición del público.

El parte facultativo facilitado por el doctor García Vaya y el doctor Verdú decía: «El diestro Mariano Montes sufre una herida en el triángulo de Scarpa, con sección completa del paquete vascular; otra en la región costal izquierda, a nivel del noveno espacio intercostal, línea axilar, penetrante de tórax y vientre, con salida del eplón y herida en el pulmón, mortal de necesidad».

La capilla ardiente fue instalada en la misma enfermería. En la misma cama de operaciones, cubierto el cadáver con un paño

blanco, donde pasaron infinidad de amigos y compañeros. A las diez de la mañana del siguiente día partió el cortejo fúnebre hasta la localidad de Portillo, en cuyo cementerio recibió cristiana sepultura.

El espada Mariano Montes fue un torero cuya nota sobresaliente era el valor, pero valor natural, no forzado, de los llamados «de la cuerda de valientes».

Durante su vida torera había sido uno de los toreros más castigados por los toros, pues sufrió muchas cogidas: de ellas graves en Portillo, en El Tiemblo (Ávila), en Valencia, Toledo, Barcelona, Zaragoza, Écija y Madrid. Unas diecinueve.

Sus paisanos no le olvidaron y, el día 24 de enero de 1927, en su localidad natal, tuvo lugar la colocación de una magnífica lápida conmemorativa al malogrado torero Mariano Montes, en su casa nativa de Portillo.

El alcalde, don Jesús Hernández, que presidía el acto, que resultó brillantísimo, con la asistencia del pueblo en su totalidad, tuvo frases de elogio, y describió la lápida a los acordes de un pasodoble, ejecutado por la banda de Fuensalida.

La lápida, verdadera joya de arte —esperemos que se conserve en su integridad, y esto nos lo puede confirmar Rodrigo Pérez Díaz-Guerra, portillano de pro, aficionado cabal y excelente persona y amigo— se hizo sobre mármol gris destacando el mármol blanco, con la efigie de Mariano Montes, atributos del toreo, columnas corintias, laureles y palmas de bronce el mármol blanco. Todo obra del laureado artista Desiderio Álvarez.

Mariano Montes, por su méritos demostrados muchas tardes, merece estar incorporado con letras de molde en las páginas de las grandes enciclopedias taurinas y tener un sitio de privilegio en los libros donde se hable de gestas del toreo y de toreros con dignidad, pundonor y vergüenza torera.



M. C. ...

Las últimas luchas de fieras

Se celebraron en la plaza de toros
de San Sebastián y en la plaza
de toros de Madrid

Siempre que en las plazas de toros se han anunciado alguna lucha entre leones, panteras, osos, tigres o elefantes, teniendo por enemigo el toro, se han manifestado las protestas de los buenos aficionados, de revisteros taurinos y de periodistas en general, pero a pesar de las desaprobaciones inspiradas en un sentimiento de cultura, éstas no dejaron de celebrarse en nuestro país hasta el año 1917.

Desde la primera lucha que tenemos noticias, que data del siglo xv en la localidad jienense de Bailén, hasta la última que se tiene recuerdo, celebrada el día 21 de enero de 1917, en la plaza de toros de Madrid, hay un sin fin de relaciones de pugilatos entre felinos, paquidermos y cornúpetos, y sucesos ocurridos durante su desarrollo. Durante el siglo xvi merece mencionarse una lucha de un toro y un león, ofrecida en Guadalajara como festejo al cautivo rey Francisco I de Francia por el duque del Infantado. Pero es el siglo xvii el que presenta un aumento de la afición por estas luchas. El duque de Lerma, entre las fiestas que organiza para recreo de Felipe III, incluye la lucha de fieras, como las que se celebraron el 7 de diciembre de 1603, en la que combatieron un toro con un tigre. Otras muy señaladas fueron las celebradas en Madrid el día 13 de octubre 1631, en que para solemnizar los años del príncipe de Asturias, Baltasar Carlos, se dispuso en los jardines del Parque del Moro el espectáculo de la lucha de un toro del Jarama contra un león y un tigre, a los que venció.



En las plazas de toros, la primera que recordamos fue la celebrada en Madrid el día 12 de mayo de 1848, en que un tigre de Bengala fue echado al toro *Señorito*, de la vacada de Benjumea, el cual a las primeras de cambio mató al tigre de una cornada en el pescuezo, y como el espectáculo duró poco y los precios fueron elevados, parte del público se soliviantó, rompiendo y queriendo quemar las sillas que fueron puestas alrededor del ruedo, costando no poco trabajo a las autoridades contener al público y sofocar el tumulto.

En vista del éxito taquillero y los grandes beneficios que obtuvo la Empresa, dispuso otra lucha para el 15 de agosto del mismo año, en que el toro *Caramelo*, de la ganadería de Manuel Suárez, lucharía con un león y un tigre, traídos de Argelia; lucha que por la fama y la popularidad que llegó a conquistar este toro tiene merecido un capítulo en la Historia de la Fiesta.

Otros combates que levantaron gran expectación fueron entre toros y elefantes. En Madrid se anunció el día 23 de marzo de 1865 la lucha de dos toros con el elefante *Pizarro*, de Ceilán, de 50 años, que había vencido a otros toros en las plazas de Valladolid, Logroño, Tudela, Pamplona, Zaragoza, Huesca y Cartagena, que atado con una maroma a una gran estaca, se le echó el toro *Liebro*, de la ganadería de Manuel Bañuelos Salcedo, que acometió siete veces al elefante, siendo derribado en la primera e hiriendo en la sexta a *Pizarro* en la trompa, desde cuyo momento no quiso más bromas el gigantesco cuadrúpedo. Al toro se le perdonó la vida por su valentía. Se echó después a *Bolero*, de Gala Ortiz, embistiendo al elefante igual número de veces que su antecesor, aunque sin tanta codicia, hiriéndole la segunda en la boca, y sufriendo en la cuarta una despedida que le hizo rodar, sin ocasionarle lesión alguna y fue devuelto a los corrales.

Durante muchos años, con más expectación que resultado, se suceden este tipo de espectáculos, con algunas novedades, como las apuestas por uno u otro contendiente. Y buen seguro hubieran continuado con interés de no haber ocurrido el gravísimo suceso que glosamos. Se dispuso para el día 24 de julio de 1904 en la plaza de toros de San Sebastián; el programa lo componían tres novillos de López Plata y uno de Carreros, correspondiendo matar los tres primeros al valiente novillero Tomás Alarcón «Mazzantinito»

y el último al sobresaliente Muñagorri. Una vez verificada la lidia de estas reses se celebraría la lucha de un tigre y un toro; después de algunos inconvenientes, fue elegido el que atendía por *Hurón*, de la ganadería de López Plata.

Desde que se anunció la referida lucha no se hablaba de otra cosa. La ciudad de San Sebastián se vio invadida por una verdadera multitud integrada por gentes de la más variada condición, procedentes de las poblaciones vecinas de Bilbao, Vitoria, Pamplona y de los pueblos vecinos que media entre Pasajes, Fuenterrabía e Irún. La expectación fue enorme. Las localidades se agotaron rápidamente, no obstante haber sido elevado el precio en la taquilla. Para dar mayor atractivo, se exhibieron los dos enemigos, y la mayoría de la población desfiló por la plaza de toros y se cruzaron apuestas inclinándose, por lo general, a favor del toro.

Una vez acabada la corrida de lidia ordinaria, se instaló en el centro del ruedo una jaula que, según los informes de los ingenieros que la reconocieron, señores Sarasola y Carrasco, reunía todas las condiciones de seguridad que requería; sin embargo, advirtieron la necesidad de que en las puertas dejaran adheridas los jaulones de los dos contendientes, pues podía suceder que los barrotes cedieran en uno de los envites; lo cierto es que el cajón del toro fue retirado, y que por ese sitio se rompió la jaula.

Primero soltaron al tigre, y luego penetró el toro por la puerta contraria a la que salió aquél; la lucha fue muy sosa y aburrida, pues si bien el toro arremetía a su contrario, éste se acobardó y no quería pelea; el toro dio bastantes revolcones, en uno de los cuales se torcieron varios hierros, que fueron arreglados a martillazos por los empleados de la plaza.

El presidente, al ver al tigre que no quería lucha, y tal vez al enterarse de la poquísima seguridad que ofrecía la jaula, con acierto dio orden de que terminara la lucha; pero el público no se conformaba; quería que el espectáculo continuara, protestando ruidosamente.

En vista de esto, y sin saber nadie qué hacer, se hostigó brutalmente a los dos luchadores, pinchando con hierros al tigre y quemando infinidad de cohetes para que continuara la pelea; al fin embistió furiosamente el toro contra su contrario y, chocando contra la puerta donde se retiró el jaulón, cedió y quedaron en el

ruedo las dos fieras, produciéndose un pánico horrible. La gente se atropellaba y pisoteaba para ganar las puertas, y hubo infinidad de heridos y contusos de los porrazos que se propinaron; a todo esto el tigre no se movía porque debía tener una herida de muerte producida por el toro; pero sin saber de quién salió la orden, los miqueletes de la provincia, demostrando no saber ni el arma que manejaban, empezaron a tiros con el tigre, haciendo fuego hasta lo menos 50 disparos, y esto fue lo que trajo peores conse-



Lucha de fieras.



Lucha del tigre *César* y el toro *Regatero*. Plaza de Toros de Madrid, 28 de noviembre de 1897.

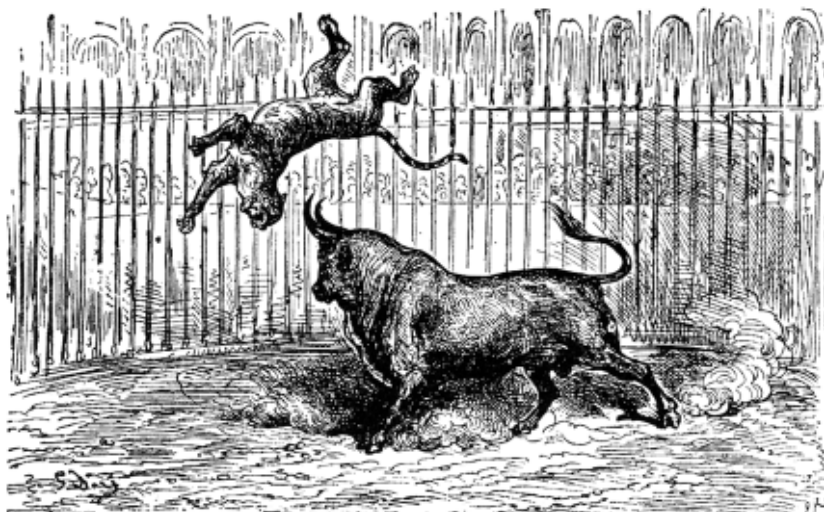
cuencias, pues las balas, unas de rebote y otras perdidas, fueron a dar en muchos espectadores, que quedaron gravemente heridos, siendo curadas en la enfermería de la plaza y en las Casas de Socorro.

El tiroteo duró algunos minutos, pues muchos paisanos sacaron sus revólveres y los dispararon en todas direcciones. El tigre murió del primer tiro que el oficial de la compañía le descargó.

Con diversa gravedad fueron atendidas 15 personas por impacto de bala y a consecuencia de caídas y atropellos infinidad de lesionados. El que desde el primer momento ofreció más gravedad fue el industrial Lizarraturry, que tenía una herida de bala en el bajo vientre y falleció en el hospital, donde fue trasladado, y M. Jean Puerre, con grave herida en el hipocondrio, que le llevaron en periodo agónico. El toro que luchó se llamaba *Hurón* y era de la vacada de López Plata y el tigre que había sido trasladado desde las selvas africanas —según el anuncio— (sabido es que los tigres solo se dan en Asia), tenía el nombre de *César*.

Un hecho similar ocurrió en la plaza de toros de Madrid el día 2 de enero de 1900; entonces se celebró la lucha de un novillo, de nombre *Carasucia*, de la ganadería de los herederos de López Navarro, con una leona africana, una osa de Siberia y una pantera india, a todas las cuales atemorizó y acorraló contra los barrotes de la jaula, por lo que el domador Malleu, para azuzarlos y excitar la ferocidad de dichos animales, descargó sobre éstos varios culatazos a través de los barrotes, con cuyos golpes se disparó el arma, y la carga, que era de postas, fue a dar de lleno sobre los espectadores del tendido 3. Veintitrés fueron heridos por tal imprudencia. *Carasucia* mató a cornadas a la osa y a la pantera y dejó mal herida a la leona.

Trece años pasaron desde el suceso de San Sebastián sin que se autorizaran luchas de fieras en España, por el rechazo general de estos espectáculos, que a nada conducían y por las campañas de prensa, que lo calificaba de «instintos crueles, inmorales y salvajes» y que no debían de consentirse. Pero la Empresa de Madrid, haciendo caso omiso y aprovechando la ausencia del titular de la Dirección General de Seguridad, señor La Barrera, solicitó el permiso, por haber un vacío legal, no pudiendo denegar lo pedido porque no había ninguna disposición que le sirviese de amparo ni



Lucha de fieras en la plaza de Aranjuez. G. Doré.

razón justificada para oponerse. Su sustituto, don Carlos Blanco, no tuvo más remedio que dar la venia. Con escaso eco, por ser fechas poco propicias, anuncia la Empresa de la plaza que el día 21 de enero de 1917 se celebrará una novillada y la lucha del toro *Papelero*, colorado, bien puesto y astifino, de la ganadería de Bañuelos, con el tigre *Babul*. La expectación fue mínima y el combate duró poco; después de dar tres investidas al felino, éste resultó herido de muerte quedando inmóvil con las patas al aire estremeciéndose de vez en vez con el sacudimiento de la agonía. Sacaron a *Papelero* de la jaula donde se había celebrado el combate, dejando muerto a su rival. Desde entonces no se tienen noticias en la que un toro intervenga en una lucha de fieras. Después del desliz y del vacío administrativo, las autoridades dictaron órdenes prohibiendo este tipo de espectáculos.

La fatalidad de los tres «pepetes»

El toreo ha sido, a través de la historia, no solo el espectáculo un tanto aséptico de hoy, sino un arte arriesgado, sangriento, lleno de cosas de difícil, aunque no de imposible, explicación. Consecuencia del clima angustioso en que, por lo general, se debate el torero antes de la corrida son las insuperables supersticiones. Al torero le asaltan las supersticiones de tipo general —entre los coletudos trae mala suerte hablar de culebras, derramar sal, poner el sombrero encima de la cama— y otras de tipo particular. Joselito «El Gallo» por ejemplo, que fue un torero de una extraordinaria seguridad, era muy supersticioso en cuanto se refería a sus zapatillas y no usaba ningún par dos veces. Pero al lado de las supersticiones está también la sincera devoción, exquisitamente sensible en estos hombres trágicos, acariciados por la muerte.

Existen fundados motivos para la superstición, porque en los toros suceden cosas que parecen regidas por una remota y misteriosa voluntad. Por ejemplo, un hecho misterioso es el trágico mes de mayo. En este mes tan claro y alegre, se han producido las muertes de los grandes toreros, y otros constatados son las de las fechas fatídicas y algunos apodos toreros. Los toreros y aficionados tienen creencia o superstición de que hay apelativos que tienen «mal fario». Y entre los alias o apodos que más prevención se miran es el de «Pepete», pues tres de los matadores de toros que lo llevaron sucumbieron, en las astas de las reses, en los ruedos tau-rinos.



José Rodríguez y Rodríguez «Pepete».

El primero fue José Dámaso Rodríguez Rodríguez «Pepete», de una indomable temeridad. Había nacido en Córdoba el 11 de diciembre de 1824. Se empeñó en ser torero contra viento y marea, contrariando la voluntad de sus padres, sugestionado por el ambiente que se respiraba en aquel barrio de la Merced, de Córdoba, en que nació, en el que vivían las familias de todos los toreros

cordobeses, y donde no se hablaba más que de reses, lidias de toros, becerradas, tientas y acosos.

Estaba escrito que fuera torero y lo fue. Con pocos años de aprendizaje entró a las órdenes de su pariente, el matador Antonio Luque «El Camará», que se encargó de facilitarle medios de progresar agregándole a su cuadrilla como banderillero y medio espada en plazas de Andalucía de menor categoría. Forjado como aspirante, y creyendo José Dámaso Rodríguez «Pepete» en condiciones de ascender de categoría y estar preparado para ser matador, logró que Juan Lucas Blanco le doctorase en Sevilla, el 12 de agosto de 1850, cediéndole el toro *Gamito*, de Joaquín de la Concha y Sierra.

Interesándose por el novel espada José Redondo «El Chiclanero», y por complacer a éste fue incluido «Pepete» en el cartel de la corrida de Beneficencia madrileño, el 4 de julio de 1852. Alternó este día con «Cúchares», «El Chiclanero» y «El Cano», estoqueando en cuarto y octavo lugar los toros *Cabrillo*, de Juan José Fuentes y *Corzo*, de Elías Gómez, no mediando cesión de trastos, por haber ya alternado en provincias con el primer espada y por no ser costumbre, ni estar regulado, el confirmar la alternativa en Madrid.

No convenció a la afición de la Corte el basto y vulgar estilo del lidiador cordobés, pero su buena voluntad fue premiada con aplausos, más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte.

Un crítico de entonces decía: «Alto, desgarbado, frío y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se para y cita como el que quiere recibir toros, y los recibirá si diese las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipación».

Durante diez años recorrió las principales plazas españolas. Sus faenas, sobrias, carentes de habilidad y estilo, pero sobrantes de arrojo, entusiasmo a los públicos gustosos de fuertes emociones y el matador cordobés a estoconazo limpio, va cimentando gloria y fortuna, siendo solicitado por las Empresas.

Algo modificó su estilo en los últimos años de su labor en las plazas, defendiéndose mejor de los toros con el toreo de capa y muleta sin finura, pero algo vistoso y eficaz, y si había imperfección en lo artístico era suplido con tal cantidad de valor que dejaba absortos a los espectadores.

La suerte acabó por serle propicia en el año 1862. En la primera corrida de la temporada de Madrid, que tuvo lugar el día 20 de abril, se organizó una corrida con tres toros de Miura y tres de Salido y los espadas Cayetano Sanz y José Rodríguez «Pepete».

El segundo toro, llamado *Jocinero*, de la ganadería de Miura, que era berrendo en cárdeno, capirote, botinero y bien armado, salió con muchos «pies». Fue a ponerle una vara el picador Antonio Calderón, siendo derribado con el caballo que montaba, y en el cual se cebó *Jocinero* furiosamente.

«Pepete», que estaba hablando con unos aficionados del tendido, enterado por éstos de que Calderón estaba en grave peligro, echó a correr para llevarse el toro, pero éste, al mismo tiempo, y con una velocidad formidable emprendió la carrera hacia el matador, que lo encontró de frente y sin poder librar su acometida, ni intentarlo siquiera, sin darle tiempo a desplegar el capote, *Jocinero* enganchó a «Pepete» por la cadera derecha, lo levantó del suelo, lo volteó sin dejarlo caer, y de un fuerte derrote le clavó el cuerno en el costado destrozándole el pulmón. El infortunado «Pepete» se puso en pie con mucho trabajo y tambaleándose cayó de bruces contra la barrera, hiriéndose en la frente, y ya en la enfermería reaccionó un momento, preguntó al doctor González Aguinaga:

—¿Tengo *argo*?

No habló más. Se le dio la extremaunción y tres minutos después expiró en la misma enfermería de la plaza.

Con la muerte de José Dámaso Rodríguez «Pepete» se inaugura la leyenda trágica de la ganadería de Miura.

El segundo «Pepete» de la historia, coincidencias de la vida, también se llamaba de nombre y apellido como su antecesor en el alias, pero sin que mediara parentesco alguno: José Rodríguez Davie, al que podemos llamar «Pepete II», aunque usó el apodo sin añadir el adjetivo numeral ordinal, vino al mundo en la Isla de San Fernando (Cádiz) el 14 de mayo de 1867. Como todos los aspirantes a ser toreros luchó para abrirse paso. Fue con Joaquín Sanz «Punteret» a Montevideo como banderillero y medio espada, y a su regreso a España actuó de matador de novillos, con excelente éxito, en los años 1888 a 1890. En Madrid debutó el 5 de agosto de 1888, alternando con Tomás Parrondo «El Manchao» lidiando reses



José Rodríguez Davie «Pepete II».

de Miura. En 1891 decidió tomar la alternativa en el Puerto de Santa María, el 30 de agosto, otorgándosela Luis Mazzantini, con el toro *Bienvenido*, de Pérez de la Concha, y el 3 de septiembre, o sea, tres días después, la confirma en Madrid, con toros de Bañuelos de manos de Rafael Guerra «Guerrita», que le cedió el toro *Sevillano*.

Toreó algunas temporadas sin conseguir las metas propuestas, las de la fama y el dinero, y el 12 de septiembre de 1899, en Fitero, pueblo navarro, fue escriturado para estoquear cuatro toros de Zalduendo, llevando como sobresaliente al maño Joaquín Calero «Calerito». Salió al ruedo el tercero de la tarde, de nombre

*Cantiner*o; al realizar un quite al picador «Cerrajas», lanceando con dos medias verónicas, y al terminar dando una larga, el bicho le cortó el terreno, teniendo que saltar la barrera.

El toro saltó tras él, y como el callejón estaba lleno de espectadores, «Pepete II» no se pudo revolver, enganchándole el toro sin darle tiempo a trasponer la valla, tirándole por alto, cayendo José al redondel. Se puso de pie y a los pocos pasos cayó en brazos de sus compañeros, los cuales le llevaron a la enfermería.

Allí le reconocieron los médicos y le hicieron la cura. Del reconocimiento, resultó que «Pepete» tenía una herida de dieciocho centímetros de profundidad por seis de anchura, en la cara posterior del muslo izquierdo.

Hecha la primera cura, fue conducido con mucho cuidado a la casa de un amigo, el conocido comerciante Baldomero Pina, que es donde se hospedaba. A las cuatro de la tarde del día siguiente se le administraron los Santos Sacramentos, falleciendo momentos más tarde.

El tercero, José Gallego Mateo («Pepete III» llamémosle así), pero en los carteles siempre se anunció como primer apellido Claro, porque a toda su familia la llamaban los «Claros» y a su abuelo lo apodaban «El Claro» y a su padre también. Nació en Sevilla el 19 de marzo de 1883, en la barrida de la Puerta de la Carne.

Fue un muchacho valiente y arrojado, mejor dicho temerario, que salía casi, casi a cornada por corrida. Salió con una fuerza arrolladora, que hizo concebir a sus paisanos que era otro «Espartero» por su valor sereno. Su presentación en la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla, el 3 de julio de 1904, lidiando novillos de Anastasio Martín, alternando con «Corchaíto» y «Cantaritos», fue una apoteosis de valor y su presentación, ante sus paisanos, le condujo a la idolatría popular, que no fue otra cosa que un prólogo de una angustiosa tragedia. Toreó varias novilladas seguidas en su tierra y el 11 de mayo de 1905 debutó en Madrid con «Regaterín», Manuel Mejías «Bienvenida» y «Angelillo», siendo los novillos de Veragua. Como consiguió un gran renombre por su valor, el 28 de septiembre del mismo año, y en la feria sevillana de San Miguel, tomó la alternativa.

Para torear en la feria de Murcia el día 7 de septiembre de 1910 estaban contratados Ricardo Torres «Bombita» y Rafael González



José Gallego Mateo «Pepete III».

«Machaquito», que se las entenderían con seis toros de Parladé, pero por lesión reciente, «Bombita» no pudo actuar y fue sustituido por José Gallego o Claro «Pepete III».

En el primer toro, de nombre *Estudiante*, cayó al descubierto el picador «Majito» y «Pepete III» le hizo un quite del que salió arrollado, resultando con un cornadón seco al salir el toro suelto de varas, recibiendo una herida penetrante en la ingle derecha con rotura de la femoral. Entró a la enfermería tras un rastro de sangre y a los pocos minutos falleció.

Desde la muerte de este tercer «Pepete», por las tristes desgracias de estos toreros, el apodo «Pepete» se recuerda entre los tau-

rinós como emblema de tragedia y, las imaginaciones exaltadas a dejarse sugestionar, ven maleficios y supersticiones.

Una tiniebla de fatalidad, una especie de predestinación siniestra, pareció envolver a los matadores de toros que con ese alias han existido, como si de una fuerza ciega les arrastrara a morir en las astas de un toro, o que, esta vez, la maldición gitana se hizo condena: ¡Permita un *divé*, que *zea* torero y que te apodes «Pepete»! Desde entonces, ningún torero con este apodo ha tomado la alternativa.



Perros al toro

El espectáculo taurino ha tenido en algunos tiempos una fase atípica que a veces ha tocado en los linderos de la barbarie; como la de sacar a la plaza los perros de presa en las corridas de toros. Y quizá se dio en épocas en que la inteligencia de los diestros no descubrió la perfección de sus instrumentos del arte y los recursos de los lidiadores eran limitadísimos, y por la necesidad de sujetar a los toros para desjarretarlos²⁸ o para acuchillarles de manera alevosa, precisaba de la intervención de los perros.

Antiquísimas son las referencias gráficas que tenemos de toros en lucha con perros, como antiquísimas también son las referencias literarias de estas luchas. Pero, ¿cuándo comenzaron a utilizarse los perros como necesidad tauromáquica? El origen de esta repugnante suerte, así se puede llamar, no se sabe con certeza. De los perros ya habla el barón León de Rosmithal de Blanta, que vino a España, en 1466, desde Praga para estudiar la disciplina militar que se practicaba en los distintos reinos de nuestra península en tiempos de Juan II y, al pasar por Burgos, asistió a una fiesta de toros, que nos explica:

«También vimos en esta ciudad una fiesta de toros bravos, a los cuales acosaban y sujetaban alanos. (...) cuando el toro está ya muy fatigado y lleno de saetas —tipo de banderilla—, sueltan tres perros,

²⁸ Acto de cortar los tendones de las patas traseras con utensilio en forma de media luna de acero cortante en su borde cóncavo unido a un palo igual que las varas de detener.

que muerden al toro en las orejas y lo sujetan con gran fuerza; los perros aprietan tan recio que no sueltan bocado si no les abren la boca con un hierro».

Se habla, asimismo, en el *Discurso de la Montería*, de Argote Molina, que data de 1582: «Y últimamente sueltan alanos, que, haciendo presa en ellos, los cansan y rinden».

En los gastos de la corrida celebrada el día 2 de junio de 1636 en la Plaza Mayor de Madrid, con motivo de las fiestas de San Isidro, hay una nota de gastos²⁹: «Francisco López, maestro de carpintería, digo que, por orden de V. S. yo hice en la Plaza Mayor desta Villa un aposento para que estuviesen los perros que por orden de S.M. se metieron en él para echar a los toros de la fiesta del Sr. San Isidro deste año de mil y setecientos treinta y seis, en los cual gasté más de trescientos cincuenta reales, y para que conste...»

Pero fue en los juegos de novillos, que en un principio eran fiestas cómicas de mojigangas o pantomimas, donde echar perros a los toros era parte del programa y una diversión más, formando un componente del espectáculo.

El perro alano o perro de presa nace de la unión del dogo con la mastina. Son corpulentos y musculosos, de cabeza grande, orejas caídas, nariz chata, cola larga, de morro extremadamente arremangado, de tal manera que el labio inferior no le cabe en la boca plegándose de forma tal que, en relajación, deja escapar por la comisura de los labios abundante secreción salival. Son verdaderas fieras cuando se les excita, y su mordedura, por la presa que hacen, temible en exceso, debido a los largos colmillos que poseen en ambas quijadas, con los cuales, una vez que han mordido a su satisfacción, sujetan de tal modo a lo que muerden, que no se logra desprendérselo, sino después de mucho trabajo.

Antiguamente, si un toro no entraba a ninguna vara, le echaban los alanos, preparados para el efecto. Con los años la intervención de los perros de presa estaba debidamente reglamentada, y el artículo 41 del Reglamento de la Plaza de Toros de Madrid, de febrero de 1880 (que sirvió de base para todos los existentes en

²⁹ Francisco López Izquierdo. *Los toros en la Plaza Mayor de Madrid — Documentos—*. Unión de Bibliófilos Taurinos. Madrid, 1993, página 74.



Podían echarse los perros al toro cuando este no llagaba a tomar una sola vara. Litografía de Pharamond Blanchard. Museo Municipal de Madrid.

España), se consigna en el capítulo 6.º: «Para el caso de que un toro sea tan malo que tome menos de tres varas, habrá una jauría de perros de presa que alternarán con las banderillas de fuego». Trata, además, en varios artículos de los perros de presa, disponiéndose, que el presidente mandará echar perros (que, según el artículo 31, estarán divididos en cinco grupos: dos de a tres y tres de a dos, siendo aquellos los primeros que deben entrar en la lid), «cuando un toro sea tan cobarde que no tome ni una sola vara en suerte, o esté tan completamente huido que no acuda a los cites de los lidiadores de a pie; cuando se rompa una pata o se descepe de un asta, y también si se rompiera la contrabarrera para subir al tendido, o se hubiese colocado, por cualquier incidente, en el espacio comprendido entre las contrapuertas u otro punto del callejón, de donde sea imposible hacerle salir con los capotes, y demás casos imprevistos».

En el inciso tercero de dicho artículo, se consigna que las banderillas de fuego se pondrán a la res que no reciba en toda regla más de tres puyazos (es decir, que se castigará con perros a los que no reciban ni una sola vara, y con banderillas de fuego a los menos mansos, a los que no reciban más de tres, o sea cuatro); y en

el artículo 42 se dispone que «Para que salgan los perros, el Presidente flameará un pañuelo verde», que es también el que se saca actualmente cuando los toros son inútiles para la lidia.

Desde los principios del siglo XIX se tuvo la intención de suprimir el empleo de los perros de presa y fueron varias las advertencias para erradicar la costumbre. En los carteles de Madrid del año 1832 se advierte: «en lugar de perros de presa se usarán banderillas de fuego a arbitrio del Magistrado». Otro de 1850, dice, tajantemente: «en lugar de perros de presa se usarán banderillas de fuego». El 28 de marzo de 1869³⁰ aparece una nota de prensa en que la Empresa de la plaza de toros de Madrid anuncia que: «ha resuelto suprimir los perros de presa; en su lugar se pondrán banderillas de fuego a los toros que no entren a varas, como antiguamente se usaba y que se destierre la repugnante y alevosa muerte que se daba a los toros después de que en lucha desigual le sujetaban los perros».

El papel del perro siempre fue el de sujetar a la res. Lo inmovilizaban, no sin un combate encarnizado, asiéndose cada uno en una parte y se hacen dueños de él. Cuando han conseguido sujetarlo el matador, con el estoque le hería de muerte y el puntillero, y por detrás del toro, le remataba con la puntilla.

Un caso excepcional ocurrió en la plaza de toros de Madrid el día el 9 de septiembre 1849. En quinto lugar salió el toro *Brocho* o *Naranjero*, de la ganadería de Aleas, según la prensa huía de su misma sombra y mereció por ello la infamante pena de ser muerto a dentelladas: «Salieron tres perros como tres luceros, y *Naranjero* (que así se llamaba el bicho) tuvo la suerte de matar a uno, herir a otro y hacer huir al tercero. Animado éste con el refuerzo de otros dos nuevos compañeros acometieron de refresco, más tan buena maña se dio el condenado toro que en menos de un verbo se deshizo de todos. Seis veces se repartió la operación de echarle tandas de dos, tres y aún cuatro perros y otras tantas tuvo *Naranjero* la destreza de acabar con ellos. De los 18 o 20 que salieron a la arena quedaron muertos siete, muy mal heridos tres y los restantes acongojados de estangurria o mudos del susto

³⁰ *Boletín de loterías y de toros*, n.º 997, 4 de julio de 1870.



Reproducción de la litografía publicada en *La Lidia*, en el núm. 13, el Año II, el día 4 de junio de 1883.

—y solo seis quedaron con fuerza para ladrar—. Aniquilando completamente el depósito de canes, el pueblo se mostró clemente por segunda vez pidiendo el perdón del vencedor, y *Naranjero* pasó al corral (...). Más desgraciado éste, fue, sin embargo, asesinado en medio del silencio de la noche³¹.

El cartel de la siguiente corrida de toros para el 17 de septiembre, anuncia que: «Habiendo muerto en dos próximas corridas un número considerable de perros de presa, y no hallando otros que puedan sustituirles, haciendo el servicio de sujetar los toros se hace saber al público, de orden de la autoridad, que en lugar de perros se pondrán banderillas de fuego a los toros que no entren a varas, según se estuvo practicando por espacio de muchos años³²».

³¹ *Clamor público*. Madrid, 11 de septiembre de 1849.

³² *Diario oficial de avisos de Madrid*. Madrid, 16 de septiembre de 1849.



Patio de caballos de la antigua plaza de toros de Madrid, de Manuel Castellano. Museo del Prado (Casón del Buen Retiro). Madrid.

Del servicio de los perros se encargaba el correspondiente contratista de la plaza de toros, teniendo su ajuste distintas características y variando el importe que percibían. Cuando la norma de sacar perros a los toros mansos estaba vigente, los propietarios de los canes cobraban por el servicio acordado para toda la temporada. En otras ocasiones, cuando por órdenes gubernativas se habían prohibido y de nuevo se autorizaba, la fórmula era por cada vez que era necesario su comparecencia en la plaza, concertando la cantidad por unidad que tenían que salir, y si resultaba alguno muerto o herido de gravedad la cuantía se multiplicaba por cuatro e indistintamente también se podía pactar por cada tarde.

Suprimido en 1883 el empleo de los perros de presa, por la generación de las banderillas de fuego que jubilaron los canes para siempre y obligando a los picadores a buscar la suerte en cualquier parte de la plaza, su reaparición en los ruedos sólo tiene carácter anecdótico. Tal ocurrió en la plaza de toros de Valencia el año 1903, donde se organizó una mascarada con pretensión de

reconstrucción de la fiesta de toros en sus distintas épocas. En tal función, que resultó más de burla que de exaltación, se alanceó un toro, y en vista de que no murió de las lanzadas, se le soltaron perros de presa. Los animales al ver al toro, en actitud de ataque, terminaron huyendo enzarzándose entre ellos, costando no poco trabajo separarlos.

Otra excepción ocurrió en el año 1892, en una novillada, con astados de la ganadería de Alaiza, en Somorrostro (Guipúzcoa). Uno de los novillos no pudo ser muerto por los toreros. Soltaron siete perros de presa, y, a cambio del rabo del cornúpeto, que uno de aquellos le arrancó, el bicho despanzurró a todos sus fieros acometedores.

Han sido famosos algunos criadores de perros de presa. En Sevilla destacaron por fieros, los de José Vallejo, Manuel Paredes, José Rues y Antonio Nieves. En Madrid el más conocido fue Isidro Burgos, vecino de Chamartín. Otro de los más renombrados criadores de perros de presa fue Luis García «Chavillo», de la calle del Tinte, en Albacete, de profesión calderero, y sus canes tuvieron una



Cartel titulado *Perros al toro*, de Luis Ferrant.

gran notoriedad, porque «Chavillo» era un experto criador de la raza de alanos. Su buena elección en los cruces dio un resultado inmejorable. Sus productos, atrevidos por el arrojo y duros en la pelea hasta quedar extenuados, fueron su principal cualidad, y su «marca» era conocida y demandada por los criadores, empresarios y espectadores.

Poco después pasa a la historia, y sólo permanece su recuerdo en los dibujos de alguna lámina de la antigua *La Lidia*, que el excelente dibujante Daniel Perea plasma en la revista, y también el genial aragonés Francisco de Goya compuso una lámina, la número 25 de su *Tauromaquia*, que retrata una escena que tituló *Perros al toro*.



El periodismo taurino

La primera crónica taurina
se publicó el 20 de junio de 1793

La crítica taurina es un género periodístico genuinamente hispano, diferenciado de cualquier otro por las características propias de los elementos que intervienen en la fiesta, la naturaleza del mismo espectáculo y el grado de pasión que alcanza. Porque los toros —la fiesta de los toros— puede considerarse, a través de su espectáculo público y popular, pionero absoluto del género —el periodístico— del que podríamos decir con firmeza y sin riesgo de escandalizar a plumas doctas, que nació en las plazas de toros, que en su particular especialidad inventó, en un afán por dar a los lectores exacta cuenta de lo acaecido, el periodismo gráfico a través de las ilustraciones y grabados cuando la fotografía todavía era un sueño de un siglo después.

De las miles de cabeceras, solo en Madrid hasta el año 1899 correspondían 107 periódicos de aquella naturaleza, casos rarísimos son que una publicación taurina alcanzara el año cuarenta de su publicación sin que a lo largo del espacio de tiempo de su difusión haya dejado de comunicarse con sus lectores y a su vez que hayan alcanzado popularidad dejando huella.

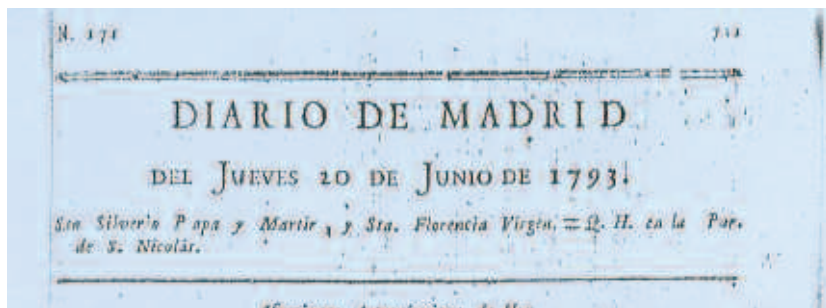
La crítica puede orientar, sin imponer la vanidad irresistible de los que creen que siempre llevan razón y conocimiento de todo cuanto sucede en la lidia, porque cada espectador tiene la orientación de sus gustos y sus diferencias. Tampoco puede complacer a todos, aunar sus opiniones y voluntades, porque esto no está en función del periodista. No queda más postura lícita y honesta que decir la verdad, según su real saber y entender, sin contagiarse

de la muchedumbre, que en ocasiones juzgan a los toreros por lo que hicieron en otras tardes o temporadas. La misión de un periodista debe ser informar, nunca discutir o usar sus páginas para que discutan los demás. Esta debe ser —a mi entender— su cualidad más sobresaliente. En la crítica, cada maestrillo tiene su librillo.

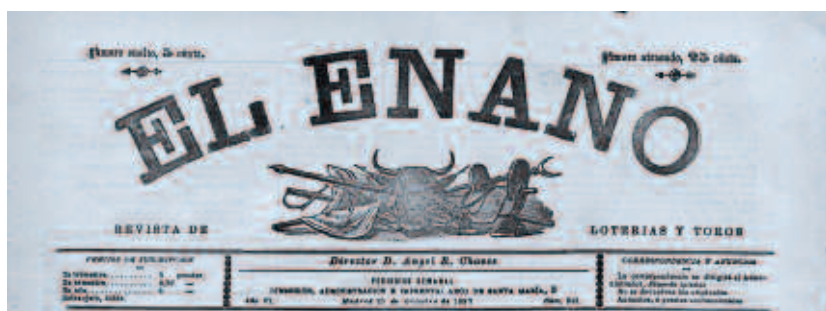
En los primeros tiempos del periodismo taurino se le denominaba «revistero» a quien elaboraba la narración y a la crónica se la conocía con el nombre de «revista», que era una reseña más o menos escueta, que periodistas y escritores aficionados escribían sobre diversas corridas de toros que tenían lugar durante la temporada taurina. Leyendo muchas críticas de antaño nos quedamos a oscuras, sin conocer las condiciones de la lidia o sin saber si el torero está por encima o debajo de las condiciones e inconvenientes del toro.

La primicia de alusiones dando información de las corridas de toros —aunque solo reproduce un detallado resumen de los gastos e ingresos de las corridas celebradas en Madrid— aparecen en 1791 en el periódico *Memorial Literario y Curioso de la Corte de Madrid*. Sin duda había interés del público por saber los ingresos que percibían los Hospitales, al ser éstos propietarios de la plaza de toros. Desde el primer año de su nacimiento, informa de los precios de los asientos de la plaza de Madrid y se interesaba por los honorarios de los diestros.

Pero la primera «revista» de toros, hecha con tal propósito, aparece el jueves 20 de junio de 1793 en el popular *Diario de Madrid*, y relataba la corrida de dieciséis toros muertos —seis por la mañana y diez por la tarde—, a manos de los hermanos Pedro, José y Antonio Romero, en la cuarta corrida que se celebró el lunes día 17. Firmaba aquella «Un curioso», y anunciaba que continuaría en su ejercicio si el favor del público le acompañaba; era un aficionado minucioso y detallista en sus informaciones. «Un curioso» propone a los «diaristas» —a modo de justificación— «que así como cuentan el argumento de las comedias nuevas y hacen la descripción de funciones extrañas “como las ha habido de los globos de Lunardi”, deberían hablar de los festejos taurinos, lo que sería posiblemente del agrado del público».



Cabecera de la revista *Diario de Madrid* donde aparece la primera crónica taurina.



Cabecera de la revista de loterías y toros *El Enano*.



Cabecera de la revista taurina *La Lidia*.



Cabecera del periódico taurino *El Toreo Zaragozano*.



Cabecera de *Boletín de Loterías y de Toros*.



Cabecera de la revista taurina *El Arte de la Lidia*.

Relacionaba de una forma estadística todas las suertes realizadas, numerando los puyazos, banderillas, pinchazos y estocadas de los espadas, además de los caballos muertos en la lidia de cada toro; asimismo, las incidencias de la lidia, tanto de mañana como de tarde. La revista de «Un curioso» es extensa y detallada, aunque sin excesivas florituras procura contar las cosas como sucedieron y como las ha visto, sin omitir ningún detalle.

Detalla asimismo, por ejemplo, el traje de los toreros Pedro Romero y de sus hermanos José y Antonio.

Enjuiciaba el comportamiento de cada toro y la labor del torero de la forma siguiente: «Picaron los seis toros de la mañana Juan López y Alfonso García Colmillo. El primer toro fue de la vacada de don José Gijón, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana: entró 14 [veces] a varas y 10 [veces] a banderillas, no hirió caballos, y lo mató Pedro Romero a la primera estocada».

Por la tarde: «Picaron a los cinco primeros toros Manuel Cañete y Miguel Pérez... El segundo [toro] fue de Colmenar Viejo: entró a 18 varas y a 10 banderillas; mató dos caballos a la segunda y duodécima vara: hirió otros dos; lo mató José Romero a la primera estocada; saltó este toro la barrera cuatro veces».

Despide la crónica de la siguiente manera: «Si agrada al público esta relación que he hecho con el mayor cuidado, la repetiré en las funciones que faltan de este año, con más anticipación. De v.v. su constante suscriptor y apasionado. «Un curioso»».

Que agradó la revista al público es evidente, puesto que en los *Diarios* de 9 y 10 de julio se insertó la reseña de la quinta corrida. Pero no falta entonces quien encuentra demasiado prolijas las reseñas y un aficionado que se llama —o por lo menos firma con ese nombre— Juan de Marras se dirige al citado *Diario de Madrid*, señalando que no es preciso dedicar dos números del diario para contar lo sucedido en una corrida, adjuntando una referencia mucho más escueta. En ella se limita a consignar numéricamente las varas que reciben cada toro, las banderillas que se le ponen y las estocadas que propina el matador. Se trata, en realidad de una especie de estadillo al que no se ponen aditamentos de ninguna clase, dejando que los números hablen con su fría elocuencia. El *Diario* publica este cuadro numérico en lugar de la reseña de «Un curioso». En el *Diario de Madrid* correspondiente al 30 de julio de

1793 aparece la referida reseña firmada por Juan de Marras, con la advertencia: «por si gustan preferirlo a la relación del señor Curioso, por lo breve». Debió entender el *Diario* y el público que eran mejores las reseñas de «Un curioso», ya que todas las demás revistas de la temporada las volvió a firmar, hasta que una enfermedad transitoria le postró en la cama; durante este tiempo, otro aficionado se hizo cargo de las crónicas firmando como «Un aficionado amigo suyo». Esta nueva modalidad no tarda en extenderse a otros periódicos que de esta manera informan de lo que ocurre en las principales corridas de las poblaciones en que se publican.

La primera publicación dedicada exclusivamente a los toros aparece en Madrid en 1816 bajo el título de *Estado que manifiesta las particularidades de esta corrida*. Es un folleto de dos hojas en 4.º mayor, que es un resumen de todos los festejos celebrados en la plaza de toros de Madrid durante la temporada. Con este mismo título salió a la luz en 1819 —solo salieron doce números, según el bibliófilo Luis Carmena—, con el mismo tamaño y hojas. Se publicaba al día siguiente de la celebración de la corrida y se limitaba a relacionar de forma estadística todas las suertes, siendo precursora de una lista indeterminada de revistas especializadas.

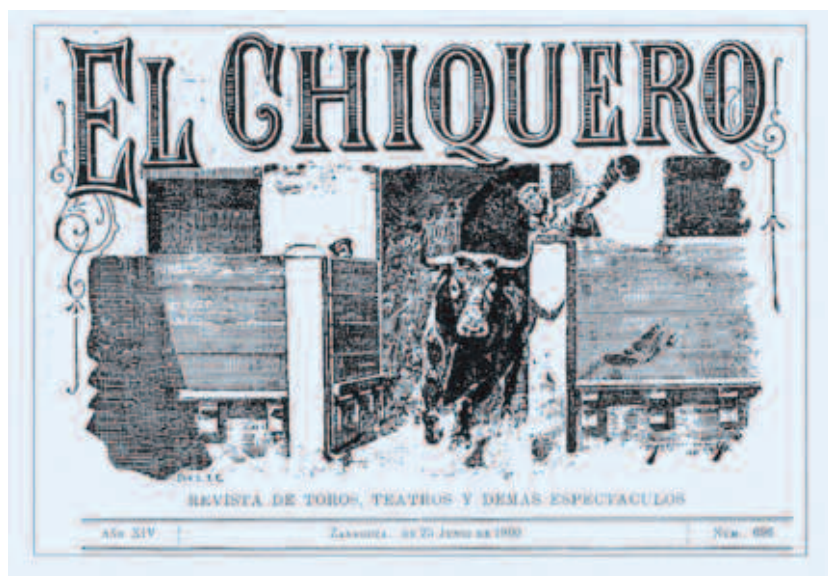
Por el interés de los coleccionistas la revista *El Enano* que empieza a publicarse en 1851, a partir de 1858 cambia el título por *Boletín de Loterías y de Toros*, y de nuevo vuelve al encabezamiento original en 1883 hasta el año 1910, que deja de publicarse. *El Toreo* es la publicación más longeva de cuantas han existido; su primer número apareció el 6 de abril de 1874 y se mantuvo sin interrupción hasta el año 1927, total cincuenta y cuatro años. *La Lidia* tuvo dos épocas, la primera abarca de 1882 a 1900 y la segunda de 1914 a 1930. Esta fue de excepcional importancia por la calidad de sus dibujos policromados de destacados dibujantes y una pléyade de excelentes periodistas y colaboradores, gozando desde su aparición con el máximo favor popular. Y *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado que aparece en Madrid en 1897 publicándose ininterrumpidamente hasta 1926 y representa la superación de la fotografía y el fotografo. La popularidad y difusión de la nueva revista aumenta con el



Cabecera de la revista taurina *La Puya*.



Cabecera de la revista taurina *Sol y Sombra*.



Cabecera de la revista de toros, teatros y demás espectáculos *El Chiquero*.



Cabecera del semanario taurino *El Cencerro*.

nuevo ritmo que la perfección de las cámaras y la pericia de los fotógrafos permiten captar con mayor precisión todas las suertes de la lidia. Pero además de la parte gráfica *Sol y Sombra* cuenta como redactores y colaboradores con magníficos escritores y periodistas. Tuvo una segunda época que salió en 1941 y se mantuvo hasta 1946. Estos títulos son los cuatro primeros clasificados de la Liga periodística taurina. Sus colecciones resultan difícilísimo de encontrar completas para engalanar como preciada joya bibliográfica la mejor hemeroteca taurina que pudiera formarse.

Otros semanarios que han alcanzado gran prestigio fueron: *El Chiquero* (Zaragoza 1887-1927); *El Eco Taurino* (Madrid 1910-1935 y 1946); *Torerías* (Madrid 1919-1936; 1952-1956 y 1972); *Dígame* (Madrid 1940-1971); *El Ruedo* (Madrid 1944-1977); *El Mundo de los toros* (Palma de Mallorca 1962-1995). En la actualidad tienen difusión nacional semanal *Aplausos*, que comenzó su publicación en 1976, y *6Toros6*. Esta última, desde que vio la luz, en 1991, se ha convertido en una de las más prestigiosas de cuantas se han publicado. Su cuidado esmero en la elaboración —sin escatimar medios—, los profundos y curiosos trabajos de investigación de temas históricos —son piezas para saber todo lo que ha acontecido en la historia del toreo—, por la calidad de sus fotografías —desde su inicio en color—, por la naturaleza de sus firmas —que desde su fundación ha contado con el elenco de profesionales de pluma ágil y de bastos conocimientos de la Fiesta— y sus números extraordinarios con los resúmenes de cuanto ha acontecido en la temporada, han hecho una de las publicaciones dignas de estar en el grupo de las más destacadas, siendo en la actualidad la más divulgada de cuantas existen.

Diferente publicación de tirada nacional y que tiene como objetivo la defensa y difusión de la Fiesta, es la revista *Los Sabios del Toreo*, donde cuidan con detalle los grandes acontecimientos y homenajes a figuras del toreo y de la cultura taurina. Su tirada es trimestral y en sus ensayos aparecen temas de lo más variado; reportajes de opinión, filosofía, historial ganadero y plazas de toros, anecdotarios, la música y los toros, el arte, la poesía, el cine taurino, etc.



Cabecera del periódico taurino *El Clarín*.

A través de los siglos la prensa taurina ha sido el medio y sostén indiscutible para fomentar la afición a la fiesta de España, actuando como el mejor vehículo de su propaganda.

Pero no debemos olvidar los orígenes de la difusión de la Fiesta en el periodismo taurino y considerar a «Un curioso» el pionero de las crónicas taurinas y al *Diario de Madrid*, la primera publicación periódica en reseñar una corrida de toros.

Los reglamentos taurinos

Se puede acreditar que en los primeros balbuceos de reglamentación de los espectáculos taurinos las órdenes y prohibiciones las dictaba, primero el Consejo de Castilla, y después los ayuntamientos respectivos de cada localidad, así como otras disposiciones por las que las autoridades previenen y disponen no sólo lo que se refiere al orden público, sino también a ciertos aspectos de índole técnica y que figuran estampadas en los programas que anunciaban cada función, o eran dadas a conocer antes de comenzar ésta por la voz del pregonero, mediante lectura del pertinente bando. Pero todas estas instrucciones, aunque tenían cierta uniformidad, abarcaban muy pocos aspectos del espectáculo.

Muchos siglos transcurren sin que se dicten unas normas para regular la ordenación del espectáculo. El famoso lidiador Francisco Montes «Paquiro», publica en 1836 su *Tauromaquia completa, o sea el arte de torear en la plaza, tanto a pie como a caballo*. En la tercera parte de la obra trata extensamente de la Reforma del Espectáculo de manera original, lo que puede considerarse como primer conjunto de preceptos sobre la organización del espectáculo y que sirvió posteriormente a las futuras reglamentaciones.

En el citado capítulo «Reforma del Espectáculo», aconseja que... «las plazas de toros deben construirse al abrigo de los vientos que con más fuerza reinan en la localidad; deberá también haber calzada y buen piso para las gentes que vayan a pie a la función. Las plazas deberán estar construidas con la mayor solidez y el gusto más exquisito. Igualmente —apunta— sería sumamente bueno

para el público que todos los asientos se numerasen» (más de veinte años pasaron hasta que las plazas de toros adoptaron la medida de vender las localidades numeradas y dejar en desuso «la entrada general», que tanto caos creaba en los tendidos y que en muchas ocasiones desembocaba en altercados al pretender instalarse en el mejor sitio). Más adelante puede leerse: «en cuanto al redondel sería de desear que fuese el piso muy igual, ni duro ni blando, sin hoyos ni piedras ni clase alguna de estorbo».

En lo que se refiere al reconocimiento de los toros antes de ser lidiados, propone el actual cargo de asesor veterinario y que él lo denominó «fiel de las corridas». En lo que se refiere a la misión que a este personaje le competía, opinaba «Paquiro» que: «debería de reconocer el ganado antes de traerlo a la plaza para ver si tienen los hierros y marcas de la ganadería a que dice el asentista a que pertenecen; deberá también examinar si los toros tienen edad y fuerza suficiente y, por último, si la vista y demás requisitos necesarios se hallan como se desea, para desechar los que carezcan de las proporciones oportunas para la lidia; asimismo asistirá a las pruebas de caballos y examen de puyas».

En cuanto a los espadas establece muchas reglas, recalcando la costumbre de que los matadores cedieran toros a sus banderilleros o a otras personas (los conocidos antiguamente como «medio espada»), costumbre que aconsejaba desterrar. El «medio espada» era un peón o banderillero aventajado de la cuadrilla, con aspiraciones a ser matador. Era costumbre que su maestro le cediera el último toro de su turno, y de esta forma cogía oficio. Todas las grandes figuras del siglo XIX fueron «medio espada» antes de tomar la alternativa. A excepción de Luis Mazzantini, que nunca llegó a actuar como «medio espada».

Después de la obra de «Paquiro», que se considera como «base de la reglamentación taurina que en gran parte llega hasta nuestros días», se publica, diez años después —exactamente de 1847—, el que podemos considerar como primer ensayo de legislación tauromáquica y que fue realizado por el jefe político de Málaga, don Melchor Ordóñez, quien en 1 de junio de dicho año, firma un documento en el que se establecen las «Condiciones bajo las cuales se concede el permiso para las corridas de toros que tendrán lugar el día 1 y 13 del corriente».

Este esbozo de reglamentación sirve de base para el primer Reglamento que se publica en España y que es autorizado por el propio don Melchor Ordóñez, cinco años después, con ocasión de ser Gobernador Civil de Madrid y que promulga para su coso taurino. Es decir, que el primer Reglamento para las corridas de toros fue publicado el 30 de junio de 1852. Consta de 41 artículos, casi todos ellos eran advertencias para el cumplimiento de las normas y multas a los infractores, y estaban divididos en estos cuatro títulos: Del dueño de la plaza, De los lidiadores a caballo, De los lidiadores a pie y Disposiciones generales. Es el que ha servido de modelo para todos los que se han promulgado después en las diversas capitales de provincias que dictaron otros Reglamentos. Como prioridad el artículo primero aborda uno de los problemas más urgentes; las entradas y el aforo de la plaza, que levantaba quebraderos de cabeza al empresario y mucho más al Gobernador y a los agentes del orden. Dicho artículo indica: «No se venderán más entradas que para el número de personas que cómodamente puedan caber en la plaza; a los que no quepan y presenten sus billetes, se les devolverá el valor de ellos, y si el número fuera tan excesivo que indujere a conocer intención del abuso, será, además,



Plaza Mayor de Madrid, 20 de julio de 1803. A través de un bando extraordinario se dictaron normas de comportamiento durante la lidia.

penado con multa. Los guardias civiles, empleados de vigilancia, municipales y alguaciles nombrados de servicio, tendrán la entrada franca».

En otras plazas se promulgaron Reglamentos, basándose en el elaborado para la plaza de toros de Madrid. Sevilla, que fue la segunda plaza en tener uno propio, lo dictó en 1858; el de Guadajajara y El Puerto de Santa María, en 1862; en Logroño, en 1863;



Melchor Ordóñez, autor del primer ensayo de reglamento para las fiestas de toros, en 1847.

Jaén, 1867; Cádiz, 1872. En las poblaciones que no tenían uno propio aplicaban, generalmente, el de Madrid. El Reglamento madrileño de don Melchor Ordóñez fue sustituido en 1868 por el que autorizó el Corregidor de la Villa, marqués de Villamagna.

Posteriormente, el 14 de febrero de 1880 se sustituye por otro redactado por el Gobernador Civil, conde de Heredia Spinola, y que contiene como modificaciones más importantes: la devolución del importe de las localidades a las personas que lo soliciten cuando no pudiesen tomar parte algún espada de los anunciados o se sustituye uno o dos toros. Se sigue manteniendo el reservar dos asientos de grada para los curas que hayan de prestar auxilios espirituales, en el caso de ocurrir algún accidente desgraciado, y aunque en desuso total los perros de presa están vigentes en el Reglamento. El artículo 31 indica: «Los perros de presa estarán divididos en cinco grupos: dos de a tres y tres de a dos, siendo aquellos los primeros que deben entrar a la lid». La novedad del Reglamento es el dar avisos a los banderilleros que tarden en poner los rehiletes, no teniendo en cuenta las veces que pasan sin prender las banderillas. Lo recoge el artículo 81: «Todo banderillero que no haya clavado los rehiletes en los tres minutos que fija el art. 66, contados desde que hagan la señal los clarines o su compañero haya puesto el par anterior, perderá turno, sustituyéndole otro».

Muchos años tardaron en hacer un Reglamento General para todas las plazas de España, hasta que en 1917 el entonces Ministro de la Gobernación, don Joaquín Ruiz Giménez, promulgó un nuevo Reglamento para las corridas de toros, novillos y becerros y que introduce la novedad que obliga a su cumplimiento íntegro para las plazas de Madrid y Vista Alegre (Carabanchel), Barcelona, plaza Monumental y Las Arenas, Bilbao, San Sebastián, Sevilla, Valencia y Zaragoza, pues en las demás capitales y provincias los Gobernadores Civiles quedan autorizados para aplicarlo o no.

En los preceptos legales de 1917 encontramos las siguientes novedades: declaración del ganadero en la que conste el nombre, pelo y fecha de nacimiento de todas y cada una de las reses que hayan que lidiarse; fijación del peso de éstos, estableciéndose el de 525 kilos en los meses de junio, julio, agosto y septiembre y de 550 kilos en los demás meses del año. Fracciona los avisos en tres (en vez de dar uno solo a los quince minutos, contados desde que

se coloque el matador ante el toro, como estipulaban los anteriores); el primero a los diez minutos, tres minutos después el segundo, y el tercero al cumplirse los quince minutos desde el cambio de tercio. Norma que ha llegado hasta nuestros días.

El interés era hacer uno general para todas las plazas de España, y por orden del duque de Almodóvar del Valle, Ministro de la Gobernación a la sazón, se aprueba el Reglamento de agosto de 1923 que ha de ser ya obligatorio en su integridad para todo el territorio español, pero es reformado por Real Orden firmada por el señor Martínez Anido en 9 de febrero de 1924, determinando que sus preceptos no sean de observancia forzosa nada más que para las plazas de primera categoría. Siete años hubo que esperar para hacer realidad general para todas las plazas de España.

En el Reglamento reformado de 1924, encontramos las siguientes novedades: la edad mínima de los toros se rebaja de cinco a cuatro años y la comprobación por medio de básculas de los pesos de los toros (anteriormente se calculaba el peso a la canal). Se modifican los pesos de los toros, siendo el mínimo de 545 kilogramos en los meses de octubre a abril, y de 570 en los restantes del año.

Se pretende humanizar la Fiesta y sacar todo lo que conlleve, de alguna forma, el dañar la sensibilidad del espectador, minimizando, en lo posible, el pobre espectáculo de ver caballos muertos por diferentes puntos de la plaza. El artículo 70 recoge la curiosidad de que los caballos que mueran en el ruedo serán cubiertos con telas de arpillera en forma rectangular y tamaño necesario, de color parecido al piso del suelo y con ocho plomos en las esquinas y centros de los lados. El público les puso el sobrenombre de «gabardinas». Posteriormente, en 1928, se publica una disposición, que al parecer no tenía trascendencia y que había que cambiar profundamente el concepto de la lidia, significando una línea divisoria que marcaba una honda transformación para la fiesta taurina. Me refiero a la implantación de peto protector para los caballos de los varilargueros.

El Reglamento de 1924 como novedad recoge, por primera vez, que los avisos de los espadas se darán por toque de clarín, aunque era habitual hacerlo, pero no estaba escrito como precepto. En la plaza de toros de Madrid la innovación se hizo en la corri-

da de toros de 2 de mayo de 1916, en la que actuaron Rodolfo Gaona, Paco Madrid y Florentino Ballesteros. Hasta entonces la costumbre era que una vez que el presidente sacaba el pañuelo el alguacil se acercaba al punto más cercano donde estaba el matador y con el dedo tieso le indicaba los avisos. Lo que sembraba confusión y picaresca por parte de los matadores, que seguían, muchas veces, descabellando al toro, argumentando que no habían visto el tercer aviso.



Portada de la primera edición del Reglamento para Madrid, 1868.



Al tercer aviso. Litografía publicada en *La Lidia*.

Y llegamos al Reglamento de 1930 y que firmó el Ministro de la Gobernación, General Marzo, de cumplimiento forzoso para toda España. Notas distintivas para este cuerpo legal son entre otras: la división de las plazas de toros en tres categorías, y se dispone que en caso de que un espada sea herido, los toros que le correspondieran estoquear sean repartidos entre sus compañeros y no corran a cargo exclusivo del primer matador, como ocurría antes de la promulgación de este Reglamento. Con posterioridad se han promulgado dos más: uno en 1962 y el vigente, de 1992.

Hoy, a diferencia de los antiguos Reglamentos que cada plaza tenía el suyo propio, algunas Comunidades Autónomas han optado por reglamentar uno particular correspondiente, creando, a juicio de los profesionales y espectadores que asisten a muchas ferias de España, alguna confusión a la hora de entender determinados aspectos en el desarrollo de la corrida. No nos imaginamos que otro espectáculo de masas —digamos el fútbol— pretendiesen que en cada País o Comunidad tener normas diferentes a la hora de normalizar y reglamentar el juego. Me apunto a los que afirman que: la Fiesta de los toros, uno de los espectáculos más cultos del mundo, está dirigida por gente menos preparada y culta.